

ET
TICA
A

87.







Don L. Esequiel Arizumendi -

Silverio Domínguez

Revolución

y

Retazos de

Gramática Parda

del

maestro Ciruela

Hd usum Scholasticorum
y Médicos en agraz



A mi paciente y distinguido
amigo Sr. Leopoldo Anismedi
Reverendo del autor

Silvano Dominguez

Barcelona 12 Mayo - 1911.

REVOLUCIÓN

y

Retazos de Gramática Parda del maestro Ciruela

OBRAS DEL AUTOR

CIENTÍFICAS

- Tratamiento de la Difteria.*
Aparatos de zinc laminado para el tratamiento de las fracturas (Conferencia).
Vacunación anticolérica del Dr. Ferrán (Conferencia).
El Médico de Campaña.
Apuntes de Bacteriología.
Extraña evolución del bacilo Coma.
El Médico práctico doméstico (Colaboración).
Lección inaugural de Bacteriología.
Lecciones de Bacteriología.
La Bugia de Chamberland.
Bacterias del Pan.
Bacterias del Hielo.
Examen bacteriológico de las Aguas.
Cólera experimental.
Curabilidad de la Tuberculosis.
Preservación de la Tuberculosis.
Aereación en la Tuberculosis.
Inverosimilitudes Bacteriológicas.
La Tuberculosis ó Confidencias Microbianas.
El Auditor Microbiano ó Indiscreciones Bacteriológicas sobre la Tuberculosis.

LITERARIAS

- Recuerdos de la niñez.*
Perfiles de una llaga social.
Las Confesiones de un Médico.
Perfiles y Medallones.
Palomas y Gavilanes.
Recuerdos de Buenos Aires.
La Virgen del Cortijo.
Ecos de un rincón de España.
Apuntes para la biografía de D. Juan Esteban de Elias.
Breves apuntes para la biografía de D. Francisco Elias.

SILVERIO DOMÍNGUEZ

REVOLUCIÓN

y

Retazos de Gramática Parda
del maestro Ciruela

Ad usum Scholasticorum
y Médicos en agraz



BARCELONA

TIPOGRAFÍA DE CARBONELL Y ESTEVA

RAMBLA DE CATALUÑA, 118

1911

**RESERVADOS TODOS
LOS DERECHOS**

DEDICATORIA

¿A quién dedicaría yo estos retazos de Gramática Parda, y esta revolución que quisiera aceptarlos?

Y dado el supuesto remoto de una aceptación de compromiso, ¿qué se conseguiría con ello?

Nada entre dos platos, lirismo puro.

Pues entonces, quieto el corcho, metamos violín en bolsa, y quédense estas cuartillas sin padrino, pues para ir á donde con seguridad irán no pasando mucho tiempo, no necesitan que nadie las acompañe, mayormente cuando puedo salir del paso, adjudicando todo el lote de retazos y revolución á la clase escolar, á quien creo yo que más di-

rectamente interesa, y allá se las haya para hacer lo que más le agrade.

Así pues, Señora Clase Escolar, tenga Vusarcé la bondad de cargar con el mochuelo, y que buen provecho le haga: más barato no es posible el darlo.

El autor, al decir cuatro verdades al natural, usa por lo general, de un prudente antifaz que le preserva de malos ratos y coscorriones, pues las verdades al amargar estimulan la bilis que es un contento.

Dejo á un lado el antifaz, y venga lo que viniere: los estudiantes me defenderán si merezco defensa, y si llueven palos, bien dados estarán por meterme en camisa de once varas.

Aclaración

á manera de prólogo

Desde que salí empollado de las aulas, hace ya muchos años, hasta ser abuelo, para lo que ustedes gusten mandar, he venido sintiendo, á temporadas, un estímulo tenaz y porfiado para poner de manifiesto algo de lo que se me ocurría sobre la carrera médica, no muy en armonía con lo que se practicaba, y se sigue practicando.

Algo di á conocer en un libro, que nadie se tomó el trabajo de leer, sobre la enseñanza en las facultades, y á medida de transcurrir el tiempo, cada día se robustecen más y más mis ideas, viendo prevalecer las prácticas que se usaban en la Edad Media, sin haber casi avan-

zado un paso, en plena cristalización de procedimientos rutinarios, reñidos con la lógica y que no reportan más utilidad que la obtenida con el encasquetamiento del birrete y la muçeta, que tan orondos ostentan algunos con una formalidad digna de mejor suerte.

Al sufrir yo los golpes y encontronazos que ocasiona el andar á tientas ó casi á oscuras por el intrincado laberinto de la práctica médica, tenía lástima de los jóvenes que al salir de la Universidad, sin que nadie les advirtiera de los peligros y tropiezos que habían de encontrar, les es forzoso hacer el aprendizaje en cabeza propia á fuerza de chichones y descalabraduras; me dolía de la suerte que les estaba reservada, y formaba el propósito de hacer conocer los más principales escollos, á fin de facilitarles el camino y hacerles más suave la iniciación.

He ido acallando estos deseos de echar mi cuarto á espadas en esta cuestión, porque carecía de autoridad para meterme en estos berengenas, porque en esta nuestra bendita tierra es raro encontrar un ciudadano pacífico que sepa y quiera leer más que politiquerías y

procacidades, y porque consideraba que sería ladrar á la luna eso de meterse á redondor, y convencido que iba yo á predicar, sino en el desierto, á un conjunto de sordos ó tenientes de oído.

Sigo creyendo lo mismo, afirmando cada día mis creencias; pero, á pesar de todos los pesares, la incitación á escribir es tanta, que no puedo sustraerme, y aquí estoy dispuesto á matar el tedio y el aburrimiento llenando cuartillas, no solamente sobre la enseñanza, sino que también sobre asuntos profesionales, de lo que resultará indefectiblemente un conglomerado ó pisto manchego que, en último término, sólo sirva para acallar los impulsos de mi conciencia, ó grafomania, que de todo puede haber en la viña del Señor, y tal vez para que alumnos, profesores y compañeros me pongan como chupa de dómine, si estas líneas tuviesen la suerte de llegar á sus manos, que no llegarán seguramente.

La cobardía individual y colectiva, por más que nos pese, es una de nuestras características, que, unida á la envidia y á la ignorancia, constituyen el trípode en que se apoya y des-

cansa nuestro atraso y nuestra insignificancia; si cada uno, en particular, reaccionara contra esta trinidad tan nociva y tan enervante, es casi seguro que se conseguiría encarrilar nuestra patria, para que siguiera las corrientes del adelanto y del progreso universal.

Vengan, pues, críticas y palos de ciego si los merezco; yo creo cumplir un deber de humanidad y hasta de patriotismo escribiendo esta quisicosa, y que cada cual trate de cumplir con el suyo si le viniera en gana.

Contemplaba yo, no hace muchos días, á nuestros jóvenes estudiantes de medicina, llenos de vigor y de entusiasmo, repletos de energías y sobrados de aptitudes, discurrir por los claustros de la facultad, y no podía por menos de pensar en el porvenir de esta dorada juventud, que tan solícita acude para adquirir el título de aptitud y lanzarse á los azares de la vida profesional, llena de precipicios y de encrucijadas.

¿Sabe esta juventud á dónde va? ¿Ha pensado seriamente en su porvenir? ¿Conoce la conveniencia de esa carrera? ¿Ha sentido vocación, ó siquiera inclinación, para el ejercicio

profesional? ¿Sabe, por ventura, lo que es la profesión?

Si casi todos desconocen esto, que debiera ser lo más elemental, van á dar un salto en el abismo, y por casualidad encajará la profesión entre sus aptitudes.

¡Cuántos de estos muchachos tan simpáticos harían prodigios en las artes!... ¡Cuántos dedicados al comercio levantarían pingües fortunas y serían verdaderas palancas de la prosperidad de la patria!...

Poniendo á prueba sus aptitudes y energías habían de conseguir más logro con menos esfuerzo que con la carrera médica.

¿Van á sacar de estas aulas de la facultad todo lo indispensable, todo lo preciso para ejercer después su profesión con provecho y con conciencia?

De ninguna manera; no sólo van á salir casi ayunos de conocimientos científicos en la inmensa mayoría de casos, sino que se van á encontrar solos y aislados delante de la fiera, que es el público, sin que nadie se la haya mostrado, ni menos dado á conocer, ni por el forro, ni siquiera disecada.

Van á ejercer una profesión que desconocen en absoluto, porque no han adquirido en los libros la cuquería ni la perspicacia que son necesarias para tratar al público (no es nada lo del ojo), para manejar y defenderse de esta fiera humana, siempre dispuesta á clavarle sus garras y despedazar sus carnes.

Es una crueldad en dejar así indefenso á un sér inocente en poder de una tal alimaña, sin que antes, caritativamente se le hayan dado los elementos de defensa, ni aun siquiera el célebre estilo con que armaban los romanos á las víctimas del circo.

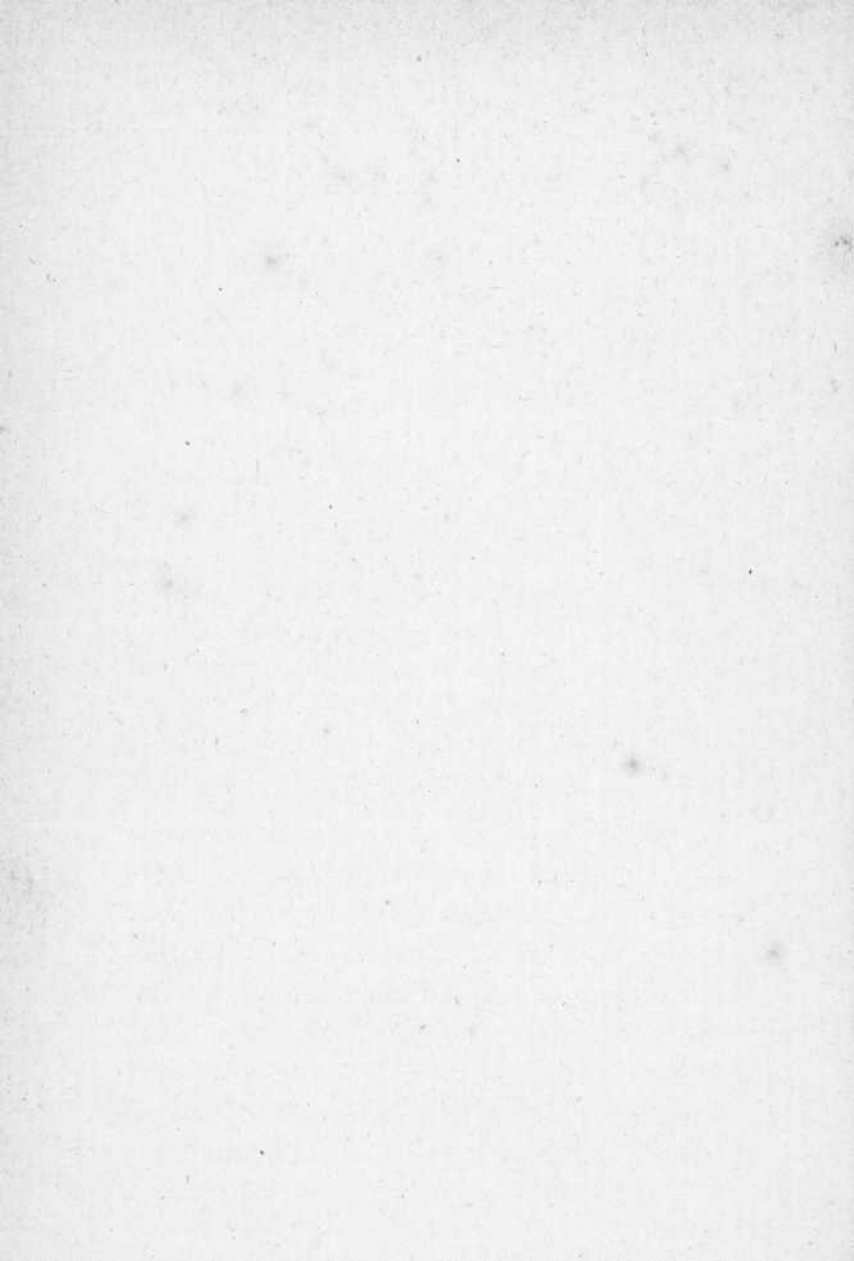
Es una crueldad entregar á un sér, que por su edad sólo irradia generosidad y bondad, á ser estropeado á mansalva, iniciando tan despiadadamente el viacrucis que ha de conducirle al término final de su calvario.

Ya que no se tenga la iniciación de la profesión como debiera tenerse, ya que el desdichado no haya alcanzado una asignatura especial, ya que penetra en el laberinto con los ojos cerrados, justo y caritativo me parece que tratemos de darle á conocer algunos de los escollos de nuestra profesión, y pongamos de ma-

nifiesto, aunque sea con lente de aumento, algunas rutinas y prejuicios que se oponen para que el ejercicio profesional no le sea tan penoso, y en la parte revolucionaria de la enseñanza, para que la clase médica llegase á merecer la consideración é importancia que reclama la misión que le está encomendada.

Si de algo pudieran servir estas divagaciones ó anhelos míos, se verían colmados mis deseos, pues no busco ni honra ni provecho, y de desear fuera que personas de peso y de autoridad levantasen bandera, y llevarsen á buen término la revolución ó transformación que necesita la profesión y la carrera médica en España, para dejar de ser la cenicienta de la casa.

Para decir cuatro verdades ó vaciedades, no creo necesario el atildamiento literario, ni las galas retóricas, ni los floreos poéticos, basta y sobra con llamar pan al pan y al vino vino, y santas pascuas buen año, y quiera Dios que alguna semilla caiga en terreno fértil, y la pobre cilla pueda y la dejen fructificar, á pesar de los vendavales que de continuo azotan á esta nuestra tierra.



CAPÍTULO PRIMERO

CLASE ESCOLAR. — VIDA DEL ESTUDIANTE. — LIMITACIÓN DE EDAD. — INTERNADOS NECESARIOS. — RECTORES Y MINISTROS. — AUTONOMÍA UNIVERSITARIA. — CATEDRÁTICOS. — UNIÓN UNIVERSITARIA ESCOLAR. — ELIMINACIÓN DE PROFESORES Y DE TEXTOS. — CLÍNICAS, LABORATORIOS É INSTITUTOS DE INVESTIGACIÓN. — REVOLUCIÓN EN LA ENSEÑANZA. — SUPRESIÓN DE LOS EXÁMENES.

Una de las cosas que llaman la atención del que cansado de rodar por el mundo vuelve con sus huesos molidos á la patria, es el estudiante; así como en otras partes la clase escolar es granadita y barbuda que da gusto verla, aquí en la gran mayoría está constituída por jovencitos imberbes, que responden perfectamente á la inverosimil edad en que inician sus estudios de segunda enseñanza, estudios que para que fueran debidamente apro-

vechados, no podrían, en ley de Dios, principiarse hasta los 14 ó 15 años lo más pronto, dejándolos quietecitos hasta entonces, para que jugaran á los soldados, saltaran alegremente á la comba, y trajeran á mal andar con sus travesuras á los pobres maestros de escuela.

Van todavía criaturas á las facultades, y sin cerebro apto para los estudios especiales de suyo áridos y pesados, sin organización completada para resistirlos, ocasionan una elaboración cerebral penosa, que instintivamente rechaza el organismo, como se rechaza todo lo que supone esfuerzo y fatiga, dolor ó quebranto, pues es ley constante de nuestra naturaleza.

A más está de por medio lo más fundamental; no es esa edad para que se tenga el discernimiento bastante para saber elegir por cuenta propia la profesión que más convenga, ó más atraiga, y así se inician estudios, ordenados por quien quiere y puede, sin tener en cuenta que tal vez no puedan adaptarse á nuestra inteligencia, y no encajen en el molde cerebral que se nos ha dado al venir á este mundo, y que al no disponer como los zapateros de hormas apropiadas, no podemos ensancharlo si por acaso nos viniera algo estrecho.

Los estudios médicos pueden ser tal vez difícilmente apropiados para un cerebro apto y dispuesto para las matemáticas, ó para la poesía, y como por lo general ni se mide ni es posible medir la aptitud, ni se toma en cuenta la cerebración todavía casi en embrión del joven, ni podemos apreciar debidamente las tendencias naturales conscientes, de las imitativas ó sugestivas en esa edad tan frecuentes, pocas veces damos en el clavo, y así nos resulta ello después.

La clase escolar revolotea en facultades, y sobre todo en las de medicina, no con el afán de ponerse en condiciones de surgir y elevarse, crearse un nombre, y destacar en su profesión, que serían los nobles estímulos que se debieran sentir; la inmensa mayoría acude á las aulas para que en el menos tiempo posible le larguen un título, que lo habilite para ejercer la profesión, repartir recetas, despachar enfermos, y pescar un partidito titular lo mejor rentado y descansado que sea posible; éste es el programa trillado que casi siempre confecciona la familia, sin que al verdadero interesado, al estudiante le importe un pito en aquella época; él, por su cuenta, trata de aprobar cursos y más cursos como Dios le de á entender, pues la

cuestión es el salir del paso, supuesto que para estudiar siempre hay tiempo, como en todas ocasiones opina la indolencia y la haraganería.

Esta es la razón de encontrar al estudiante desviado de su camino en cafés, cines, teatros y paseos, disfrutando lo mejor que pueda de la vida, que para él se presenta de un bello color de rosa; dueño de sus acciones, y campando por sus respetos en casa de una patrona, y en íntima conjunción con diversos hijos de varias madres de todo pelaje y condición, resulta lo que necesariamente tiene que suceder entre gente joven é irreflexiva, jarana, francachela, diversión y aturdimiento, y dispuesto á correr tras de las golosinas que escitan su apetito, como si ésta fuese su única misión; y ya tenemos el nuevo Tenorio liado con una media docena de hijas de Eva, dispuesto á darles canilla y rienda suelta á los dineros del pobre padre, que si bien concibe y acepta las travesuras propias de la edad, ni por asomos sospecha lo que se trae y lo que se lleva el señorito.

Muy contados serán los que no piensen y obren así, muy raros los que no sigan este camino ya tan trillado desde antiguo, que ya por imitación, ya por la tradicional costumbre, forzoso es el reco-

rrer, y en realidad de verdad no por culpa suya no, no por culpa del estudiante como vamos á ver enseguida; el estudiante está en una edad inconsciente que precisa dirección para moderar sus tendencias, y ésta le falta; librado á sus solos instintos y caprichos es una desdicha, y es una lástima; tan pronto quiere celebrar á san Rafael por ser el santo del célebre torero Guerrita, para no entrar en clase, como solicita como una cosa corriente y admitida la aprobación de real orden con ocasión de algún fausto suceso, ó un pretesto cualquiera que nunca falta.

El huye de la facultad como de una mala sombra, y en el caso de entrar en clase, ó se distrae, ó duerme, para compensar la noche pasada en vela, ó hace cualquier cosa menos atender á la explicación.

No ahondemos más el punto, que tela cortada tendríamos para rato, no descarnemos á estos simpáticos jóvenes, esperanza de la patria, contra los cuales no me levanto airado, ni los censuro siquiera, al contrario los disculpo, no por una estúpida adulación, que no vendría al caso, sino porque es de justicia, porque en realidad no merecen la censura que gratuitamente les cuelgan, y así

por ellos, y para ellos, trazo estos renglones, y en su defensa, y en busca de su bien, voy á atreverme á invadir el terreno de la pedagogía, aunque por desconocerlo tenga por necesidad que quedarme en los umbrales, y contentarme con eso, que no es poco para el que tiene que tocar este instrumento de oído, como quien dice.

La ley, al igual de lo que ocurre en otros países adelantados, debiera ya limitar la edad de entrada á los estudios superiores, y así se cortarí de raíz la causa primordial del desbarajuste y de la inconsciencia al abordar estudios serios, que precisan ineludiblemente una cerebración apropiada.

Ya que por ahora por falta de ambiente y de preparación, no es posible hacer la revolución que necesita la carrera médica, pero que tal vez, y sin tal vez, el tiempo será el encargado de hacerla por evolución, y por necesidad, ya que no caben radicalismos en esto de legislar para la enseñanza, fuerza es hacer algo en provecho de la juventud, y hay que empezar por sustraerla á las continuas y variadas incitaciones que le atraen por todas partes, sin que pueda tener por sí solo la fuerza de resistencia, para no dejarse arrastrar por ellas; el teatro barato con su descocamiento y sicalipsis,

la exhibición del cine casi de balde, la atracción irresistible del café y del billar, las excursiones, el mariposeo de gente atrayente y por demás llamativa de calles y paseos, todo esto, y lo demás que de intento me guardo en el tintero, se evitará con los internados especiales, ya que no tenemos como en Inglaterra y Alemania los centros más célebres de enseñanza arrinconados en poblaciones pequeñas, en las que el estudio es el soberano recurso, sin nada que venga á turbarlo, ni nada que pueda distraer al estudiante de su objeto principal.

Estos internados, que vendrían á ser un término de transición, ya se encargaría quien pudiese y quisiera hacerlo técnicamente (que no había de faltar) de organizarlo de una manera cumplida, y habríamos dado un gran paso adelante para el porvenir de la ciencia y del bienestar de la profesión; al trazar estas líneas llega á mi noticia la grata nueva de que ya se ha lanzado la idea de los internados por profesores de prestigio y de autoridad, que deja prever la pronta realización de ellos, sino se abandona el pensamiento por desidia ó desilusión, que de todo puede haber, á pesar de todos los pesares, y ande en el asunto quien andare, porque se dan casos.

Hay que atar de corto á los niños, y no es que el estudiante español sea indisciplinado é incorregible *per se*, como se declama en todos los tonos y se grita por ahí, no señor, ni mucho menos; el estudiante de medicina tiene la misma masa, la misma materia prima, y es absolutamente igual que el que ingresa en las academias militares, donde al hacerse cumplir con todo rigor la disciplina, evita las incorrecciones y escándalos de la anarquía, y puede presentarse, como se presenta el alumno de las academias como modelo de corrección y de orden; si el estudiante se subleva y grita, y por un quítame allá esas pajas arma la de San Quintín, no hay que culparle en justicia y ley de Dios; como los decanos por lo general no tienen autoridad, es preciso ir al rector con el cuento, que éste por ser el responsable tiene la culpa de todo este desbarajuste, de toda esta perturbación que todos lamentamos.

El señor rector, muy señor mío y respetable maestro, por lo general es un señor muy bondadoso, á quien la edad está reblandeciendo sus células nerviosas cerebrales, y esta alteración anatómica por sí sola, basta y sobra para que no pueda apretar los tornillos, ni tener aquello, que

en ocasión muy célebre contestó el general Castaños á su majestad católica el rey nuestro señor Fernando VII, de que no podía pasar por agua.

Sucede á veces, que este señor sin ser viejo, ha escalado por sorpresa el sillón rectoral, y está obligado á condescender hasta con la bula de Me-co, y carece de la independencia necesaria que exige y requiere el delicado puesto.

Otro, que en tiempos normales haría un buen rector, como tiene (como es natural que las tenga) aspiraciones legítimas al consejo de instrucción pública, y hasta al ministerio le ha puesto los puntos, tiene que ser dúctil y complaciente con los que mandan, y con los que no mandan, y una higa se le da á él de eso de la clase escolar, ni un ardite porque prevalezca ó no tal ó cual ordenanza, ó si se desautoriza ó no se desautoriza la disposición rectoral.

Otro, recto y pundonoroso, independiente y justo, que gracias á Dios todavía no se ha extinguido la raza en esta tierra, celoso de la disciplina, reprime con mano de hierro cual debiera el alboroto y el desorden, y castiga sin ensañamiento, pero con justicia la falta y el delito; este rector no tarda en verse desautorizado por el Minis-

tro, y tiene que abandonar el cargo, que otro ya está esperando como agua de Mayo.

La rectoría que en pasados tiempos llevaba aparejado un prestigio semi-religioso y una autoridad *nemine discrepante*, ante la que era forzoso el inclinarse *velis nolis*, era ocupada por las más salientes personalidades, que reunían las dotes necesarias, y sobre todo una independencia absoluta que garantizaba el puesto.

En la actualidad, con muy raras excepciones, es ocupado por los prestigios profesionales ya pasados de moda, fósiles de la ciencia, que cual los pendones de antiguas cofradías, sólo sirven para sacarlos en las procesiones solemnes, pues para otra cosa no sirven, y cuando esto no sucede, se llena el cargo, mas que por la autoridad y prestigio científico, por individuos de arraigos políticos, que se cambian con el turno de los partidos, sin que nadie les preste aquel antiguo acatamiento que en realidad de verdad no merecen actualmente; no están á la altura de su misión, y la falta de autoridad que tanto se echa de menos en todos los especímen rectorales, en su mayor parte radica en la usurpación que le hace el señor Ministro de Instrucción Pública, que ordena, manda y se entro-

mete en todo, sin miramiento ni consideración al rector.

Ya hemos subido al parecer el último peldaño de la escalera de tropiezos y de obstáculos, *gracias á Cañete* que hemos dado con el malhechor, ya podemos exigirle todas las responsabilidades, que no son flojas, y cantarle las cuarenta sin ningún empacho.

Lástima grande que no sea verdad tanta belleza, no es aquí donde radica en absoluto el mal, no se encuentra aquí la causa de tanto atraso y de tanta vergüenza; el Sr. Ministro, es el Ministro que todo el mundo conoce, más ó menos meritorio, más ó menos dotado de generosas y nobles aspiraciones, más ó menos indolente, más ó menos preparado, porque un Ministro sirve lo mismo para un barrido como para un fregado, pues entra con todos como la romana del diablo; este personaje ministerial está supeditado al Ministro de Hacienda, al Presidente del Consejo de Ministros, á los santones del partido en que milita, y tiene que bailar, en la cuerda floja, y hacer increíbles equilibrios para sostenerse en el Gobierno.

¿Cómo es posible pedirle á este buen señor nada provechoso, y que atienda á los rectorados

cual corresponde, y prescindir de lo que no puede prescindir? Vive ministerialmente de la benevolencia del Jefe del Gabinete, sin voluntad propia, sin energías por lo regular, flexible y dúctil como consecuencia lógica y natural de llevar al Ministerio á un ciudadano adicto incondicionalmente al partido, sin tener la idoneidad, preparación y especialidad en la materia, que lo haría intangible, y que es lo indispensable para ser independiente, y obrar con conciencia y acierto, con pleno conocimiento del asunto que es preciso tratar.

Como acabamos de ver, así no es posible que la clase escolar tenga la disciplina indispensable, y á esta falta, á esto solamente es debida la diferencia tan radical que se observa con las academias militares, con ser iguales los elementos que las integran, juventud igual, ambiente el mismo, educación igual, y salida en las mismas condiciones.

Supuesto que la indisciplina es la consecuencia lógica de la falta de autoridad de rectores y Ministros, no es justo que los estudiantes carguen con el mochuelo indebidamente; supuesto que en el engranaje político es donde se encuentra la causa de este desorden y de esta vergüenza, hay que remover el obstáculo, hay que prescindir de

él, y procurar sustraer los centros docentes á su influjo y dependencia, y esto fácilmente se conseguiría con la autonomía de las universidades, como sucede en países adelantados y progresistas, donde las universidades vienen á ser el reflejo de la cultura de un pueblo, y el santuario de la ciencia, donde no osa profanarlo ni la política ni el valimiento; la ciencia está muy por encima de estas miserias.

Con la universidad autónoma, el rector no sería nombrado por la fuerza de la acción política, ni impuesto por caciques ni entidades *ad usum Hispanie*, sería elegido entre los más aptos, y siendo intangible, sus decisiones inapelables y su autoridad indiscutible, la indisciplina y el caos desaparecerían como por encanto (1), y el prestigio universitario se haría patente, con lo que la ciencia y la patria saldrían beneficiadas, que buena falta nos hace por cierto, aunque otra cosa piensen la petulancia y la botaratería.

La autonomía universitaria le quitaría el momio al señor Ministro de Hacienda, que siempre cuen-

(1) El compadrazco de decanos, y de rectores, sobre todo, quedaría anulado, y los hijitos, sobrinos y allegados de los ídem, no estarían comiendo la sopa boba ni chupando brevas.

ta de antemano con lo que estas universidades producen, como si fuesen rentas del Estado, y en cambio nada les concede para su vida y sostenimiento: siendo autónoma y como persona jurídica, se administraría sus bienes sin tutelas, y no le faltaría nunca para material y prácticas de enseñanza, como ahora vergonzosamente ocurre.

Veamos ahora de aclarar el secreto de las faltas á clase, y el por qué de no escucharse las explicaciones por la inmensa mayoría de los alumnos.

El estudiante, por muy aturdido y porrón que sea, no tarda en comprender que puede prescindir de entrar en clase, porque por lo general saca de ella lo que el negro del sermón, los pies fríos y la cabeza caliente. Caramba... Qué caramba ni carambo, la verdad es una, y no se debe andar con tapujos ni paños tibios.

¡Es que se trata de los catedráticos!... Sí, señor, de estos mismos se trata, de estos á quienes la prensa les confiere libre de gastos el título de sabios por un quítame allá esas pajas, y que ellos á fuerza de verlo escrito se lo creen muy cándidamente, y pontifican como tales.

Excepción hecha de algunos profesores dignísimos, con vocación para la enseñanza, con cien-

cia y erudición suficientes para desempeñar con altura y con provecho su clase, la inmensa mayoría, triste es decirlo, sin esceptuar los entrados por la puerta principal, ni los colados por la puerta falsa, son unos ciudadanos que andan tan guapamente en el machito, del que no se apean aunque se les caigan los huesos de puro viejos y desvencijados; al tropezar con un automóvil á gran velocidad lo miden con la vista de alto á bajo, y no pueden menos de exclamar como el Nisio de Pereda, Taday probeza...

Otros que toman á lo serio el cargo, se encasquetan su birrete, y con toda la formalidad del mundo endilgan una soflama de una hora sin respirar ni enjuagarse la boca, poniendo de manifiesto una verborrea con los trillados lugares comunes, y repetición de texto que es un contento; terminado el acto salen de la facultad garraspeando y satisfechos de sí mismos; por lo general la ciencia pasa por encima de sus cabezas, y no se enteran, y si llegan á enterarse lo mismo da, ó no comprenden, ó no quieren comprender, porque como dije en otro lugar no hace muchos años, vienen á constituir el obstáculo al progreso, y á toda innovación científica, no quieren desprenderse de sus

antiguos conocimientos ó sus trasnochadas nociones, para tener que sustituirlas por las nuevas verdades, que exigen un estudio penoso, para el que ya tal vez se encuentran imposibilitados.

Con su rutina por lastre, mantienen su globo flotando con admiración de tontos y de inconscientes, y si lo tiran de la barquilla, ¡adiós con la colorada!..., el globo hinchado desaparece, y colorín colorado.

Bien se están las cosas como están, forman legión entre los incrédulos y opositores de todo adelanto, y con su estudiada intransigencia tratan de ocultar su ignorancia.

Otros profesores pontifican de señores de horca y cuchillo, pequeños tiranuelos que alardean de independencia y de saber, y por lo general son unos pobres diablos engreídos, y con el apéndice de tener manía persecutoria; no toleran ni pueden tolerar la menor falta de atención á sus explicaciones, y acometen como los perros rabiosos.

Contra esta clase de profesores, que no son tan escasos en mi tierra, donde reza el refrán, de que *si quieres saber lo que es Juanito dale mandito*, no puede admitirse bajo ningún concepto ni pretexto, no es posible tolerar el empleo de la

fuerza bruta, que no es otra cosa hablando en castellano, que una patente cobardía; el garrote y el atropello, que han rebajado muchos bríos, y calmado muchas crispaturas de nervios, sólo viene á probar el estado de barbarie en que nos encontramos, como dignos primos carnales de nuestros amigos los Bereberes.

Contra la acción de estos profesores atrabilia-rios y pendencieros, autoritarios, y por lo general de mala entraña, en lugar de extremar con ellos los sombrerazos y saludos (y para qué no decirlo) las adulaciones, que tratan de propiciar á quien los prodiga, sólo puede y debe ponerse en práctica la acción colectiva razonada y serena, que trate de adquirir derechos que lo salvaguarden de estos atropellos de los señores del margen.

El estudiante, en lugar de constituir sociedades lírico-dramáticas, y formar tunas de carnaval, podría crear una Unión escolar, para que con la fuerza que puede darle su cohesión y número, vaya adquiriendo poco á poco la reforma de la ley, hasta que adquiriera con tesón y empeño el grado de independencia que le es necesario, para llegar hasta eliminar al profesor que se extralimita

en sus atribuciones, ó al que manifiesta ineptitud para la clase que desempeña.

¿Que esto es utópico? ¿que es irrealizable?...

Nada de esto; paréceme la cosa más natural del mundo, y como aquel gallego del cuento, que barruntaba que iba haber palos después de haber recibido dos en la riñonada, así yo, lo creo hacedero, porque en otros países más adelantados que el nuestro, el estudiante ha adquirido estas atribuciones y derechos á fuerza de muñeca y de incesante luchar, y de ellos hace uso teniendo, más que un moderador, un auxiliar en el Consejo universitario, que está constituido por los decanos, secretarios y un miembro de cada facultad presididos por el rector, pero Consejo verdad.

Una queja del cuerpo ó Unión escolar debidamente documentada, es lo bastante para después de rapidísimos trámites, separar al profesor del puesto que ocupa, y mandarlo á su casa como la cosa más corriente del mundo; quien esto escribe ha visto separar á un catedrático de su puesto, por probársele la ineptitud en la materia que explicaba, ineptitud que perjudicaba directamente al estudiante; este caso de ineptitud fué debido á haber estado el profesor alejado de la enseñanza

por unos años, durante los cuales el movimiento científico había sido tan rápido, que no había podido darse cuenta de él.

Todo esto podría llegar á conseguirse con un propósito firme y decidido, con la unión del cuerpo escolar, que en su agrupación incesante llegaría á constituir una fuerza poderosa, á la que no hay más remedio que conceder lo que en razón y justicia pide y necesita.

Con esta pujante fuerza desaparecerían muchas irregularidades, muchas injusticias, muchos vicios y rémoras de la enseñanza, y los profesores de horca y cuchillo habría necesidad de colocarlos en las vitrinas de algún museo arqueológico.

Abunda entre los profesores el género de los bonachones y campechanos que es un contento, reina la jarana y el jolgorio en su clase, porque tienen para la juventud condescendencias y tolerancias dignas de mejor suerte: *La juventud es la juventud*, dicen como Pero Grullo, y *todos hemos sido jóvenes*, exclaman estos catedráticos, y entre chistes y chascarrillos, no del mejor gusto, se pasan las horas de clase entretenidos con sandeces y necedades que excuso mencionar, por ser

demasiado conocidas, y dignas de ocultarse por consideración y decoro de la clase.

Divagando sobre materias por completo extrañas muchas veces á la asignatura que debieran explicar, llega el fin, no del mundo, sino del curso, y los buenos señores reparten cada sobresaliente que es una bendición de Dios.

El profesor celoso de sus deberes, que los hay por fortuna entre esta turbamulta, por más que se esfuerce por cumplir su misión con provecho de la enseñanza y con altura y dignidad, se ve imposibilitado, porque disponiendo la facultad de una asignación irrisoria y vergonzante con destino al material de enseñanza, no llegan hasta él más que algunas miserables piltrafas, y tiene que acomodarse al medio, si bien protestando y pidiendo lo que nunca alcanza, lo que nunca consigue.

Con tales elementos dígaseme en conciencia y ley de Dios, si no están en parte dispensados los alumnos de entrar en clase; cuando más, van á oír repetir lo que pueden leer con más provecho en los libros de texto, pues se evitan el que por algunos se trate de imponer ideas y opiniones propias (vamos al decir), muchas veces estrafalarias, que constituyen dogma, quiera que no quiera el estudiante.

Llegados á este punto, no podemos ni debemos salirnos de aquí; ó sobra el profesor conferenciante, ó sobra el libro de texto; y la verdad sea dicha, y sin ánimo de ofender á nadie, y salvando muy contadas excepciones, creo en conciencia, que el libro de texto y el profesor sobran, y que de unos y de otro se debiera prescindir. ¡Qué atrocidad! ¡qué disparate!... Pues, señor, no encuentro la atrocidad ni el disparate por más que los busco; es la cosa más justa y prudente que debiera hacerse en la actualidad.

¿Qué va á sacar de las lecciones orales el alumno, oyendo por espacio de una hora el rum rum pesado y molesto, ó la frase almibarada y empalagosa, ó el concepto retórico ó retumbante, ó el giro literario rebuscado ó ramplón, si por lo general nada nuevo se le va á decir, si nada va á retener, si nada consigue con tomar apuntes?

¡El libro de texto!... ¡por vida de bríos *Baco y tabaco!*... que para uno que haya de positivo mérito y valer, como recopilación de todo lo mejor dicho y hecho en la asignatura, anda en poder del estudiante cada libracó y cada mamotreto, que no tienen otro mérito que el de llenarle el presupuesto de gastos al catedrático, constituyendo una

viñita que hay que conservar contra viento y marea, y el que venga atrás que arree, porque estas cosas no se han hecho para bobos. De los libros de texto se ha dicho y se ha escrito tanto de sabroso y substancioso acerca de ellos, que me ahorra el trabajo enojoso de disecar el asunto, hay que tapanlo y apretarse las narices para no oler.

Pues, señor, sin libros, sin profesores y sin cátedras, ¿cómo es posible que haya médicos? (1) ¿de dónde van á salir los galenos necesarios para el arreglo de casa, y para la exportación americana?

Pues de donde debieran salir, de los verdaderos centros de enseñanza, de donde pueden adquirir los conocimientos necesarios, de donde pueden con provecho cultivar la ciencia; de los hospitales, de las clínicas, de los laboratorios é institutos de investigación; de aquí es de donde debieran salir, sin pisar para nada las aulas, que sólo debieran figurar en las exposiciones de arte retrospectivo.

Hombre, ¿qué me cuenta V.?

(1) Entiéndase bien la supresión sólo alcanza al profesor expone, pero no al técnico ni al clínico como es natural; y respecto á los libros, que el alumno busque aquel que tenga más méritos y sea de actualidad, pero bajo ningún concepto impuesto por el profesor.

Lo que V. acaba de oír; dejaría yo de ser español si no tuviera en el bolsillo fórmulas, no digo para arreglar ésto, sino para arreglar el mundo entero y verdadero.

En toda reunión, en el corro de la plaza ó paseo, en la mesa del café, en las poltronas (si las hay) del casino, en el banco de la taberna, y allí donde se encuentren reunidos dos ó más españoles, se arregla todo cotarro con la mayor facilidad del mundo; me río yo del arreglo de los negocios municipales ni políticos de la localidad; no hay que pararse en barras; la política se arreglaría en 24 horas si pusiesen al ciudadano preopinante en el sillón ministerial; la cuestión social es la cosa más sencilla del mundo, á este quiero, á este no quiero, *zás*, en un par de días quedaba resuelta, si dejan á nuestro paisano mangonear á su gusto; el mundo quedaría convertido en una balsa de aceite, si le dejasen hacer á este otro catecúmeno, que no piensa sino en cortar cabezas, hasta dejar decapitada á la humanidad; claro está que con este general despotricamiento, en esta incesante elaboración de despropósitos y de atrocidades, salta á la vista el descontento y la necesidad de arreglo, se patentiza el afán de la renovación.

Pues yo que no quiero renegar de la casta, á fuer de español confieso, y de ello no me arrepiento, que desde que fuí estudiante me pareció muy mal la enseñanza médica; en medio de mi ignorancia y de mi inconsciencia, como muchos otros anhelábamos una renovación que corrigiera todo lo mucho que había de corregir, todo lo mucho que había de eliminar, y claro está que cada cual debemos tener una receta favorita, ó una fórmula más ó menos estrafalaria que venga al caso, y allá va la mía, porque no quiero tenerla en el bolsillo por más tiempo.

Prescindiendo de la enseñanza general de los institutos y barriendo bien el edificio, se podría instalar en ellos lo que ustedes quieran, por eso no vamos á reñir, aunque sea una fábrica de fideos, todo, menos la llamada segunda enseñanza.

Las carreras especiales necesitan preparación especial también, y por lo que toca á la carrera médica, pediríamos conocimientos que directamente tengan contacto y relación con ella, prescindiendo de lo que le sea extraño.

Los estudios médicos no llevan más objeto ni más finalidad, que preparar al médico para que alivie y cure al enfermo, y para que preserve á la

humanidad, y por consecuencia al individuo de las causas que de continuo le asedian y combaten. Hay, pues, necesidad de conocer al enfermo, hay que conocer las llamadas enfermedades, que aunque no existan, y que como fantasmas se nos presentan bien catalogadas en los libros, no siendo más que las exterioridades de la lucha que sostiene el organismo con un sér ó agente extraño á él, y para este conocimiento íntimo, hay que sorprender *in anima vili* todos los pormenores de estas luchas, hay que convivir con el paciente, y sólo en las clínicas, sólo estudiando al enfermo se consigue el objeto que nos proponemos.

El buscar en los libros esas *kilométricas* ó *longacinescas* lecciones clínicas, que de tanto predicamento han disfrutado hasta ahora, pura palabrería, y pura deducción hipotética, pareceme igual que salir á cazar codornices con la célebre carabina de Ambrosio.

En la clínica es donde hay que estudiar y aprender, y en el anfiteatro donde hay que completar ó rectificar el juicio que hayamos formado, teniendo por delante la alteración anatómica; y en el laboratorio poniendo de manifiesto los agentes

productores, á quienes hay que conocer y tratar, para evitar y neutralizar sus efectos.

Para apreciar cual se debe al enfermo, claro está que necesitamos conocer á fondo su organización, y en los anfiteatros anatómicos encontraremos superabundantemente esos conocimientos, sin piezas de yeso ni de cera, y como nos es forzoso saber cómo funciona el sér, y conocer el mecanismo natural de este funcionamiento, buscaremos estos conocimientos en los laboratorios de fisiología experimental, y con otro laboratorio de higiene, y otro de bacteriología, y sin más que esto, tendríamos lo bastante para ejercer con ciencia y conciencia nuestra profesión, un poco mejor de lo que actualmente hacemos.

Con esto habríamos llevado al desván de los trastos viejos á la tan célebre lección oral más ó menos ilustrada, y en anfiteatros, clínicas y laboratorios se trabajaría prácticamente con más provecho del que se obtiene hoy día.

Como el examen y estudio del enfermo no puede ni debe hacerse en montón y en tropel como ahora y antes se practicaba, apiñándose en derredor de una cama el profesor y una incontable piña de alumnos, que ni oyen, ni ven, ni entien-

den lo que allí se está pasando, y que aunque vean y oigan, de nada puede servirles, habría necesidad de limitar la matrícula, y sólo se inscribirían los que pudieran estar de alumnos internos en los hospitales y clínicas, ya de la nación ó provinciales, ó clínicos, ó particulares, lo indispensable es vivir en el hospital ó clínica al lado del enfermo, y sólo salir para los laboratorios ó institutos experimentales.

Cada clínica servida por un médico competente, serviría de guía y de ayuda al alumno, y como es consiguiente, eliminados los estudiantes externos, traería aparejado, no sólo la mayor facilidad del estudio por el menos número de alumnos, sino que también á más de la competencia y de la ilustración científica que adquiriesen de una manera tan práctica, la clase médica no tardaría en gozar de un gran prestigio, y otro muy distinto del de ahora sería el estado y el porvenir del médico.

Un detallista ó un *semilicupitoso* tiene aquí tela cortada para organizar servicios, y reglamentar el nuevo organismo según mejor convenga, y *secundum artem*, y allá de los técnicos que se las compongan como quieran y puedan, yo me li-

mito solamente á indicar el punto según mi leal saber y entender, y como dije antes, como buen español arreglador de asuntos por intrincados y difíciles que sean.

No me dejaré en el tintero antes de terminar este asunto, que en la cuestión de exámenes sería muy radical ó muy energúmeno, una de estas dos cosas, ó las dos á la vez; en lugar de exigir un solo examen de competencia cual en la actualidad debiera haber, prescindiría lo mismo de los exámenes parciales ó de curso, que de los de reválida que nada significan, ni nada valen, y exigiría solamente certificados de permanencia por tal número de años en los hospitales, y asistencia á los laboratorios é institutos experimentales.

Con esto tendría lo suficiente, para que se pudiera ejercer la profesión, y con más garantías de las que se tienen en la actualidad.

Este punto de los exámenes es un punto, y no filipino, que no quiero tratar, porque huele á aquello que notaba en sus narices el príncipe de Dinamarca. Suprímense los exámenes, y se habrá terminado todo un rosario de compromisos, debilidades; injusticias y exigencias, que meten miedo, al pesar y medir sus consecuencias; déjense

las cartas y tarjetas, las visitas de madres lacrimosas, y las órdenes de arriba y de abajo, para que constituyan todo el proceso de una época nefasta para la ciencia y para la profesión.

CAPÍTULO II

INICIACIÓN EN LA PROFESIÓN MÉDICA.—DIFERENCIA ENTRE EL ENFERMO DE LA ASISTENCIA PRIVADA Y EL DEL HOSPITAL.—FALTA DE ALTERACIONES COMUNES EN LOS HOSPITALES.—NECESIDAD DE UN CURSO DE SOCIOLOGÍA MÉDICA.—SUPRESIÓN DE OPOSICIONES.—NOMBRAMIENTO POR INDICACIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA.—UN MÉDICO EXPERIMENTANDO EN PARTIDOS TITULARES PARA DIRIGIR LAS PRÁCTICAS MÉDICAS DE INICIACIÓN.

La iniciación en la práctica médica que poco á poco va efectuándose en los hospitales y clínicas con el trato del enfermo, y con el estudio práctico de la enfermedad, no es la iniciación que fuera de desear, no es la que se requiere, y que tanto precisa el médico joven, por ser completamente diverso el medio ambiente en que tiene lugar, y di-

ferentes las condiciones en que se actúa, y muy particularmente al tratarse de pueblos rurales.

En las clínicas de los hospitales sólo se tratan los grandes procesos morbosos, enfermedades graves, y ya en períodos avanzados, y algunos crónicos de los usuales y corrientes en todas partes; en el hospital como hay rigor en el tratamiento y en el régimen propuesto, como el enfermo tiene que amoldarse á la disciplina del establecimiento, no tiene más remedio que seguir sumiso el tratamiento y plan propuesto, y así de esta manera, el curso de la enfermedad aunque vario, como es consiguiente que lo sea en todos los casos, sigue una marcha regular de acuerdo con todas las circunstancias que deben concurrir en su presentación, y sin que se vea sorprendido por la chorrera de trastornos y complicaciones, que originan las intrusiones de aficionados y curanderos, de ignorantes y de atrevidos, que con el pretexto de un mentido interés, y con el beneplácito de la familia y del enfermo, hacen y deshacen á espaldas del médico lo que buenamente les da la real gana.

Como esto sucede casi siempre, cuando la enfermedad se prolonga algo, que siempre es mucho para la impaciencia, aunque aparentamos ignorarlo

todo, tenemos que darnos por entendidos de estos manejos, y contar de antemano con los trastornos y perturbaciones, que son bien ajenas al curso regular de la afección que estamos tratando.

En las clínicas no es posible estudiar prácticamente esa multitud y esa diversidad de alteraciones y padecimientos, que corrientes en la práctica diaria, como son compatibles con el desempeño de deberes y obligaciones, no acuden al hospital para su tratamiento, ni en ellos tampoco serían admitidas.

Estas que podríamos clasificar de pequeñeces, ó minucias patológicas, son tan varias, tan numerosas é indeterminadas en su gran mayoría, que respondiendo unas veces á reacciones exageradas del sistema nervioso (pícaro sistema á quien se le hace cargar con todas las culpas de nuestra ignorancia), ó á manifestaciones ó estigmas histéricos, ó ligeros fenómenos funcionales, ó bien á alteraciones ocultas que se manifiestan de una manera lenta é insidiosa, es lo cierto, que estos estados no dejan de poner en un brete al médico joven, que por sí y ante sí tiene que hacer el aprendizaje entre dudas y cavilaciones, y porque no tarda en comprender la importancia que tiene el que pueda

en el acto conseguirse el alivio del enfermo, ó que sean infructuosos los medios que empleemos; esto es en realidad importante para la reputación del médico, que puede sin grande esfuerzo rodearse de una atmósfera de popularidad y de prestigio, que son sus únicos afiances y sostenes profesionales.

El enfermo de las clínicas es un paciente sumiso y obediente, que puesta su confianza en el médico, espera su curación con cara sonriente y expresión amable, para hacerse atrayente y simpático, á fin de que no le falte la atención y el cuidado esmerado de todos los del establecimiento, y á este objeto concurren parientes y amigos llenos de zalamerías y de atenciones, para que el enfermo sea persona grata al médico, y esto no es lo que vemos en el ejercicio de la práctica privada, donde no solamente hay que tratar al enfermo, sino que también á todos los que lo rodean, que son los más difíciles y exigentes; el pobre enfermo por su parte, como todo sér que sufre, lo que quiere es que le alivien y calmen sus dolores y quebrantos en el acto si es posible, lo que una vez conseguido, se le ve contento y satisfecho, mostrando alegre semblante, y agradecido al médico que lo asiste,

prodigando esas pequeñas atenciones y demostraciones con una finura y cortesía que encanta, hasta en personas ordinarias; pero al prolongarse el padecimiento, al proseguir los dolores, aunque del momento podamos calmarlos, entonces no hay alegrías, ni benevolencias, ni agradecimiento, ni resignación, ni nada; el ceño adusto y agresivo del paciente, las secas contestaciones, los bruscos ademanes, nos están indicando con toda claridad el enfado y el enojo, como protesta elocuente de la poca estimación que se concede al médico.

Los parientes que rodean al enfermo de igual manera exteriorizan sus sentimientos nada caritativos, si el enfermo no cura, ó no mejora; hay que ver (no á don Tancredo subido en su pedestal) sino á la persona que nos recibe cuando el enfermo no mejora, ó ha empeorado, á duras penas contesta á secas nuestro saludo, en su brusquedad ya adivinamos el estado del paciente, no hay ya aquello tan típico de los momentos de atención y benevolencia: *Cuidado con ese escalón, no vaya á tropezar, señor Doctor; agache la cabeza, no se dé en esa viga, espere que abra el ventanillo que esto está muy oscuro*; ahora calla como un muerto deseando que nos demos una costalada ó

nos rompamos la crisma, ya que no sabemos curar al padre, al primo ó al hermano.

El medicamento no sirve para nada; no ha seguido haciendo uso de tal ó cual cosa, porque era inútil; el dolor seguía lo mismo, había necesidad de emplear otras cosas mejores; y todo esto y mucho más que viene ó no viene al caso, dicho y hecho en tono de desprecio é inculpación, que subleva el ánimo.

Ante groserías y desaires de pacientes y allegados, la situación del médico no es que digamos muy airosa, y como no es posible retirarnos por estar contratados nuestros servicios, el pobre médico tiene que cargarse de paciencia, y desarrollar una táctica que sólo los años y el roce del mundo con sus miserias y maldades, con sus injusticias y atropellos pueden enseñar.

Estas y otras mil contingencias que son usuales, y como si dijéramos corrientes en el ejercicio de la profesión, exigen un estudio previo, para ya estar preparados, y adoptar con seguridad y aplomo la conducta que debemos seguir en estas circunstancias.

La familia y los allegados del enfermo exagerando el interés muchas veces en provecho propio,

más que del que sufre, exigen del médico explicaciones y juicios, pronósticos, y datos terminantes y precisos, que lo comprometen, no solamente por lo perentorio y ejecutivo del imperativo de suyo tan aventurado y escabroso, cuanto que sus palabras y sus explicaciones por sencillas y claras que ellas hayan sido pronunciadas y emitidas, siempre se ha de tergiversar el sentido, inclinándolas al lado del deseo de quien las recibe, y cambiando lastimosamente el fundamento, propalando con la mayor frescura desatinos y atrocidades, que nos ponen en berlina, y comprometen nuestra autoridad y prestigio sin el menor escrúpulo.

Hay que conocer á fondo todo este mundo de pequeñeces y miserias, todas estas triquiñuelas, que no son otra cosa que las eflorescencias de nuestro atraso y de nuestra incultura, la especie de sumidades del marrullerismo que chocan y dejan suspenso al que no está acostumbrado á mirar estas cosas cara á cara

Los médicos jóvenes, aunque sean nacidos en uno de tantos pueblos, como no han tenido ni trato ni roce suficientes con sus vecinos y paisanos, desconocen todas estas peculiaridades *rusticanas*, no están al tanto de los golpes de gracia

de esas gentes; y así no es de extrañar que á los nacidos en ciudades ó grandes poblaciones, las primeras descargas, lanzadas á quema ropa, lo dejen suspenso y turulato, sin saber qué partido tomar, ni qué hacer, ni qué decir; hay que estar prevenido para todas estas eventualidades, y es necesario que el médico joven, al salir de la facultad con su título en el bolsillo, haya aprendido al dedillo todo esto, y lo muchísimo más que ni siquiera puedo mencionar, porque sería interminable si fuéramos á puntualizar casos sobre este punto concreto.

Se hace necesaria la enseñanza de esta especie de sociología médico-profesional, que fuera un resumen práctico del ejercicio en sus múltiples aspectos y facetas, compendio de actuación médica por el lado positivo, práctico y humano con que se nos presenta, y como es consiguiente, teniendo por base un estudio especial y profundo conocimiento del corazón humano; tendría que abarcar un estudio de observación para comprender con exquisito tacto la psicología de las multitudes, y todo esto como fruto exclusivo de una labor paciente y constante, de un espíritu sutil y repleto de aptitudes y conocimientos, y bien equi-

librados para no caer en la sensiblería, ni dejarse arrastrar por un materialismo grosero, que igual al *sanchopancismo* deprime el espíritu, abultando el lado positivo y práctico de las cosas, sin tener en cuenta que se necesita un algo elevado, que si no guarda la debida ponderación, resultará sectario el juicio que se forme.

Si yo fuera el encargado de emitir informe sobre si se debe ó no se debe enseñar esta asignatura en las facultades, y quién había de ser el encargado de dictarla, yo, á fuer de buen español, componedor de mundos y de cotarros, opinaría que debe implantarse incontinenti, supuesto que se siente la falta como indispensable á la iniciación del ejercicio, como la salvaguarda del médico y como una imperiosa necesidad que todos hemos sentido al iniciar el ejercicio de nuestra profesión.

Para la explicación de esta cátedra, no caería, como un inocente tortolito, en la tontería de sacar á oposición la plaza, para que me la birlaran, con más ó menos descaro, los hijos, parientes, allegados y paniaguados de ministros, caciques y figurones de todas castas, habidos y por haber, y se llenara el hueco colocando á un *chupóptero*, que divagaría de lo lindo, publicaría su librito de

texto, como es cosa corriente é indispensable, pontificaría de sabio en seguidita, y á esto quedaría reducida su misión. No, señor; nada de esto es lo que yo propondría; echaría á un lado, por inútil y perjudicial, y la llevaría al desván de los trastos viejos é inservibles, la tan zarandeada oposición, y cerraría con llave y cerrojo, para que no pudiera salir jamás del sitio que, en justicia y ley de Dios, le pertenece (y perdonen la encerrona los pocos que en oposición leal han adquirido su cátedra; estos dignos compañeros, con oposición y sin ella se hubiesen elevado con toda seguridad, y son los primeros que han de lamentar la conjunción con los intrusos y desaprensivos).

Pues, señor, volviendo á mi cuento, que no es cuento, yo propondría que el profesor encargado fuese designado por la opinión pública, como sucede en otras tierras; iría á buscar al médico prestigioso y apto, lo sacaría del pueblo, y con todos los miramientos que se merece, lo sentaría en el sillón, para que allí la juventud aprendiera la sociología real y efectiva, sin divagaciones ni fantasmagorías. Que sea la voz pública la que lo indique; que sea la clase médico-rural la que lo designe, me es indiferente; la cuestión primordial es que

sea un médico distinguido, con muchos años de ejercicio profesional, el encargado de iniciar á la juventud en los secretos de la profesión médica, y esto es cuánto puede desearse; si no es orador, tanto mejor, miel sobre hojuelas, que para decir verdades y emitir juicios prácticos, más bien estorba que ayuda la oratoria con tropos y figuras, hojarasca y rimbombancia; dígame si hay paciencia para escuchar en el día las trilladas frases rebuscadas de *la exploración por los intrincados laberintos de la idea y del pensamiento*, para decir el cerebro, y aquello del *misterio augusto que se opera en las interioridades del claustro materno*; esto ya es algo más que pasado de moda y que ridículo, es sencillamente mamarrachesco, y como tal debemos llevarlo también, sin naftalina, al desván de los trastos inservibles.

Quédese, enhorabuena, la oratoria como grandiosa expresión de bellas artes, para las ocasiones solemnes y ceremoniosas, en que haya que hacer gala de imaginación y de lenguaje; quede, como liga, para cazar incautos en el campo de la política, y para pescar gangas y ministerios y que con su pan se lo coma, y quédese para la exposición de principios científicos y conocimientos prácti-

cos aquello de llamar á las cosas por sus nombres, sin tener la fea costumbre de ponerles motes.

Si la idea de la clase de Sociología no les parece á ustedes bien por utópica ó estrafalaria ú otra causa que escapa á mi criterio, no hay que reñir por tan pocas cosas, que, sin alborotar el cotarro, tal vez podamos entendernos, pues aun nos queda otro medio para conseguir lo que nos proponemos, un medio que puedé resultar más sencillo y práctico que el indicado y más en armonía con mis ideas.

Así como con muy buen acuerdo, los oficiales militares, que después de haber cursado en la escuela de Estado Mayor ó de Guerra aquellas materias necesarias para su especialidad, no pueden darse por ingresados en el cuerpo, ni recibir sus nombramientos, sin hacer las prácticas necesarias en los cuerpos de las distintas armas por determinado tiempo, según ordena y dispone la ley y las ordenanzas militares, pues así, de igual manera, y copiando este procedimiento, podríamos nosotros adoptarlo en este caso, y por cierto que saldríamos ganando lo que no es decible.

Un alumno que ha terminado su carrera, y antes de recibir el título, que lo habilite para ejercer

la profesión, tiene que hacer sus ejercicios prácticos al lado de un compañero titular, que ejerza, ya sea en los puestos rurales, ó en poblaciones crecidas, ó en grandes centros, según opte el postulante, y así, con pleno conocimiento de causa, adquirir la iniciación cual corresponde, que equivale á estar en condición de ejercicio en tal ó cual sitio, para el que haya sido iniciado.

Para la seguridad de estas prácticas, ya se procuraría, por los encargados de reglamentar el cotarro, de ajustarles bien las clavijas á los caballetes del margen, aunque, en último término, á quien interesa de verdad es al médico joven, que, por la cuenta que le tendría, acudiría, solícito y gustoso, á ellas.

En esos ejercicios prácticos llegaría á tomarle bien la embocadura al público; sabría llevarle el machito al agua á los pueblos; aprendería á telear al compañero, porque hay algunos que tienen más de cinco octavas, sin contar pedales; y con todo esto, quedaría aplomadito y en disposición de hacerle frente á la fiera, para mirarla cara á cara sin pestañear, y saber burlar sus instintos y su fiereza de la manera más sencilla posible.

Al lado de un compañero encanecido en la pro-

fesión, y por el solo hecho de conservar prestigio y nombre, hay la seguridad de que en él se ha de encontrar la austeridad de principios y la acrisolada honradez que tanto tiene que resplandecer en el médico que se estime; allí puede templar su espíritu, para poderse poner después á prueba sin peligro alguno frente al relumbrón, y frente á las incitaciones pecaminosas que le han de atajar el paso con seguridad.

Pertrechado con la iniciación que afecta á su honor, que es el de la clase, ya puede lanzarse seguro de sí mismo, pues no habrá para él más que el camino recto que conduce á la dignidad, sin que se extravíe por atajos ni encrucijadas, por muy floridas que á su vista se presenten.

CAPÍTULO III

EL APOSTOLADO PASADO YA DE MODA.—PROFESIÓN QUE DEBE PROPORCIONAR LOS ELEMENTOS DE VIDA.—NO ES TAN SOCORRIDA COMO SE CREE.—RUTINA Y MISERIA.—LA PROFESIÓN MÉDICA DEBE SER DEL ESTADO, Á QUIEN COMPETE FORMAR UN ESCALAFÓN COMO EN LA MILITAR.—EN BUSCA DE UNA PERSONALIDAD QUE LEVANTE EL BANDERÍN DE ENGANCHE PARA HACER DESAPARECER LOS PARTIDOS MÉDICOS.—ÚLTIMO RECURSO DE UNA ACCIÓN COLECTIVA.—ADVERTENCIA POR LO QUE PUEDA SUCEDER.

En todas las épocas creo yo que se ha considerado el médico, como si al salir de la facultad, le hubiesen confiado una misión apostólica, y aquí en España particularmente como apóstoles se han tenido estos buenos señores, y con el apostolado han ido á cuestas por vericuetos y precipicios,

rompiéndose la crisma por esos caminos de Dios, sin que el público, ni la masa social, ni los pueblos, ni nadie, hayan creído nunca en eso del apostolado tan carareado por la clase médica de prosopopeya y relumbrón cursilero.

Profesión de abnegación sublime en muchas circunstancias, ejercicio altruista y cristiano, tenía que ser prescindente; no podía empañar su brillante actuación el lucro demasiado prosaico de una contrata, ó el estipendio á toca teja de la visita; precisaba que hubiese llevado aparejado el desinterés, que no en todos los casos, ni en todas las condiciones se ha sabido, ni podido prescindir de él.

Anda por esos mundos de Dios cada apóstol, que canta el credo, y si bien consuela el contemplar la noble figura de un médico digno y elevado, saturado de amor al prójimo, y que hace de su profesión un culto religioso, irradiando bondad, y produciendo á su paso respeto, veneración y cariño, por regla general, el apostolado no se cotiza ya por estos pagos, y se ejerce lo más prácticamente posible *pro pane lucrando*, que no lo encuentro fuera de lugar, dadas las condiciones y necesidades de la vida en la época actual, y en

todas las épocas en que haya habido la obligación del pan y del puchero en la casa del médico.

El sacerdocio, que indudablemente nos debieron legar los médicos Egipcios (y que ya ha llovido desde entonces), al igual de lo que pasó con aquellos soberbios templos, con aquellos suntuosos monumentos, en que la inclemencia del tiempo, el paso de generaciones y el soplo de los años, han ido poco á poco destruyéndolos y mutilándonos sin piedad, no quedando más que el recuerdo, y alguno que otro capitel mutilado, ó trozo de columna corroída, esparcidos por los campos, pues así de igual manera ha desaparecido, no quedando ya más que el recuerdo en los desolados campos de la leyenda, de aquel apostolado sacerdotal de los Ramsis y Faraones médicos.

Raro es ya encontrar en las elucubraciones y expansiones profesionales el hacer gala de sacerdotes ni de apóstoles, ha quedado reducido el dirítambo, á *la noble profesión á nuestra sagrada misión, cuando más, y sit transit gloria.*

La ardua labor, la lucha incesante, la dedicación absoluta en busca de la verdad científica tiene sus objetivos utilitarios y prácticos, á pesar de los cuales, la humanidad no deja de ser directa-

mente beneficiada con este esfuerzo, con esta labor, y con esta dedicación, y esto es lo lógico, y esto es lo humano, sin que nos vayamos por los cerros de Ubeda, ni salgamos por peteneras, encubriendo hipócritamente nuestras intenciones humanas (claro está), con los trajes talaes, ni ornamentos sacerdotales ya pasados de moda.

El médico creo yo que debe ser un caballero particular, muy celoso de sus obligaciones, encariñado con su profesión, y que tiene la misión, como todo hijo de vecino, de cuidar de su prole, y de su hogar, y proporcionarse, si es que no lo tiene (que no lo tiene seguramente) el porvenir que demanda la vejez con todas sus tristezas y dolores, abandonos y desvíos.

Y aquí de los nobles estímulos del estudio y de la dedicación, para hacer más fácil y asequible la aspiración legítima del médico, y aquí la lucha desigual con la realidad, en la que el antiguo sacerdote el apóstol sale casi siempre mal parado, como el antiguo caballero retirado del torneo, quebrada la lanza, roto el broquel, hecho añicos el escudo, y el cuerpo como una criba, aunque fuese muy santa y muy justa la causa que defendía.

Si la profesión médica tiene que proporcionarle

los elementos indispensables para llenar sus necesidades, y las aspiraciones más modestas, ya tiene que cargarse de paciencia, y emprender con fe una lucha tenaz é incesante, para llegar á formar entre los contados médicos que se bastan y sobran á sí mismos, siempre que tenga condiciones adecuadas, que no todos por desgracia poseen, y siempre que desarrolle sus aptitudes en un medio ambiente propicio y adecuado, porque no hay que pedirle peras al olmo ni tampoco cotufas al golfo.

Todo esto traducido en romance, quiere decir que no es todo oro lo que reluce, porque las apariencias engañan, y la profesión médica aunque generalmente se la clasifique de socorrida (valiente socorro), no creo yo que sea la más apropiada para labrarse un porvenir en España; así que puede decirse que como negocio es fallido.

Es muy cierto que se levantan algunas modestas fortunas y se adquiere un nombre envidiable, cuando en lugar apropiado se desarrollan excepcionales aptitudes, y hay lugar de mostrar una potente cerebración, todo esto es cierto, y todo el mundo conoce algunos casos que se podrían citar en su apoyo; pero el médico mediocre, el que no

llega á reunir estas dotes, tiene que permanecer en la impotencia, á no ser que supla las aptitudes que le faltan, con una audacia insolente y una charlatanería ilustrada, que con toda seguridad le ha de proporcionar pingües resultados, no sólo en esta tierra, sino en todas las tierras del mundo habidas y por haber.

Nada hay más socorrido que la cuquería ó falta de condiciones nobles con que luchar, y tan repartido anda por el mundo, que si cautelosamente levantáramos el manto de blanco armiño que cubre á muchas celebridades, á muchos nombres retumbantes, la pondríamos de manifiesto y en carnes vivas con gran escándalo de los pudibundos y de la gente recta y honrada, que por fortuna todavía queda algún ejemplar en la tierra de Don Quijote, los que ni por sueños sospechan esta suplantación, ni pueden creer existan seres de tal ralea, que hayan podido encumbrarse sin que les haya acompañado el verdadero mérito.

Si el médico de gran cerebro y escepcionales condiciones puede labrarse una fortuna y adquirir un nombre célebre, en cambio el escaso de molleza y de conocimientos, si algún talento le queda, no tiene más recurso, si quiere medrar, que ha-

cerse poco escrupuloso, para no quedar reducido á la nada, como la inmensa mayoría de los profesionales, víctimas de alcaldes y de caciques, llenos de necesidades en medio de la tacañería general, y de la ruindad que se tiene para con los médicos; sin porvenir, sin estabilidad, siempre con suerte incierta, á merced de políticos y de ignorantes, de perversos y de envidiosos, el desdichado médico se lamenta de su suerte, y si no tiene alientos y agallas para la lucha, se acobarda, se amilana, y ya sin estímulos queda abandonado en poder de vicios y de rutina, hasta llegar á ser nada más que un pobre lugareño, ó ciudadano forrado con hojas de gramática parda, para que no le falte á su prole el pan nuestro de cada día, aunque él sea amargo y negro como su desventura.

Ecco il heroe; éste es el apóstol y el sacerdote; dígaseme si es posible tomarlo en serio...

Este pobre señor es un desgraciado, que todos lo traen y lo llevan á pesar de su marrullería, es un desviado del camino práctico de la vida, que se ha metido en un callejón sin salida, que siguiendo una senda al parecer llana y vistosa, sólo encuentra zarzas y matorrales entre las que ha dejado toda la lana del vellón.

Que la ciencia adelanta que es una barbaridad, que el progreso origina una verdadera revolución, abriendo nuevas y amplias vías para la resolución de los más arduos y palpitantes problemas, tras los que la humanidad espera impaciente el grito del Eureka; que las nuevas conquistas no sólo invalidan los conocimientos que antes se tenían sobre tal ó cual punto importante, sino que ponen de manifiesto el error y la falsa interpretación de los hechos, reconociéndose la verdad demostrativa de estos transcendentales estudios... á este señor, con muy contadísimas excepciones, le tiene esto muy sin cuidado, y si no se tapa las orejas para ni siquiera oír el rum rum de las novedades, lo oye como quien oye llover, se encoje de hombros, y da paso franco á lo que gráficamente llama nuevas teorías de la moda.

Esto es vituperable, exclamarán los más, si acaso leen estos renglones, esto es criminal dirán muchos, esto es el valladar insuperable de todo adelante, el obstáculo invencible del progreso científico.

Así es efectivamente, pero al pobre médico no le queda más recurso que hacerse el sueco; ¡qué va él á meterse en libros de caballerías con los

modernos estudios que exigen preparación especial técnica, cuando los escasos conocimientos que sacó de la facultad se han ido esfumando poco á poco, hasta quedar reducidos á una confusa neblina, á un vago conglomerado sin detalle, ni color, sin condensación alguna!...

Queda en poder de la rutina y de la ignorancia, y así va caminando tan campante en su machito, sin tomar nada en consideración, pues hay que tener en cuenta, que los que alardean de entusiasmarse con las ideas nuevas, con los progresos científicos, la mayor parte no entienden una palabra de lo que se trata, y se limitan á obtener la geringuita de último modelo, ó á emplear el nuevo medicamento A ó B.

Cuando han desaparecido los estímulos no puede ni debe obrarse de otra manera, seamos justos con estos infelices dignos de mejor suerte; el exigirle á uno de estos médicos en esta tierra el oro y el moro es una monstruosidad y una crueldad; quien no tiene lo preciso para sí y los suyos, no puede ni debe hacer milagros, lo que necesita es redención, lo que precisa es ayuda para salir del estado lastimoso en que se encuentra; más que por culpa suya, por la injusticia del cuerpo social,

por el abandono del Estado, y por la falta de unión y caridad entre la familia médica.

Sería verdaderamente hermoso (vaya si lo sería) que el médico dedicado á sus nobles tareas, entregado al estudio para seguir la incesante marcha del movimiento científico, turnase su labor para derramar el alivio y el consuelo, para difundir el consejo que evita la enfermedad, dando ánimo al sér que sufre, esperanza al pobre atribulado, devolviendo la vida al que la creía perdida, fuera siempre el espíritu benéfico que se cerniera sobre la mansión del dolor, irradiando consuelo y tranquilidad.

Este sí que sería el verdadero sacerdote y el apóstol de la ciencia; este sí que sería respetado y querido, y esto es lo que tenemos que procurar, y esto lo que debemos tratar de conseguir á todo trance, y éste es el ideal que se tiene que perseguir cueste lo que cueste, mayormente cuando puede llegarse á la realización, dignificando la clase y elevando su nivel, y con esto alcanzar lo que voy á proponer como cosa hacedera y valedera.

Tenemos aquí en esta nuestra tierra la materia prima excelente, que nada tiene que envidiar á los

extrangis, porque ellos no la tienen mejor; masa de primera calidad de donde salen, lo mismo que los médicos, el pundonoroso militar y el virtuoso sacerdote, porque hay sacerdotes virtuosos todavía, no todo es escoria y lodo, aun quedan espíritus nobles, que dignifican la especie humana en esta nuestra tierra, sin que nadie pueda tacharnos de botaratería.

La masa social, la Nación, el Estado, ó como quiera llamarse, precisan tener á su servicio á quienes le defiendan y sostengan, quien conserve el ideal de su conciencia y de su religión, quien difunda la instrucción y educación del organismo nacional, y por eso que los necesita, por eso que los paga y retribuye, como es justo que lo haga, y aun cuando los retribuya tan mezquina y miserablemente, ello es que les permite llenar sus necesidades y cumplir su misión con dignidad y con altura y con verdadero desinterés, excepción hecha del pobre maestro de escuela, el paria y el desheredado de la Nación, el que precisa más ayuda y atención, el que debiera ser el más atendido y remunerado, el más fiel coadjutor del bienestar y progreso de la Nación, y el que para vergüenza de todos se consume en un miserable estado de

pobreza y de abandono, que patentiza nuestro atraso y nuestra barbarie, y nuestra injusticia, que no tiene perdón de Dios.

La misión del médico no es menos importante, los servicios médicos indispensables é ineludibles al estado social, y siendo esto así como lo es, ¿por qué no es la profesión del Estado? ¿por qué no se paga al médico por la Nación, lo mismo que paga á sus demás empleados? Así, de la misma manera que el militar y el sacerdote podría dispensar gratuitamente sus servicios profesionales á quien los solicitare, ó se entregaría á la labor científica, sin temor al porvenir, y podría llenar su misión con altura y honradez, y lo que es importante, con verdadero desinterés, con gran provecho de todos, como debiera ser en justicia, y el seguro camino para llegar á la suspirada meta de que tanto ha menester el pobre médico, que yace olvidado en un oscuro rincón de alguna aldea, como en general precisa también toda la profesión médica.

Desaparecido el interés retributivo, queda la acción noble del servicio médico dignificando á quien lo presta, sin que nadie pueda torcer la intención ni los móviles, cuando estos servicios se hacen

con más frecuencia de lo acostumbrado, por así exigirlo el curso de la dolencia, y la expectativa de algo que puede sorprendernos; no se ultrajará más al médico digno que, con un celo previsor, examina varias veces al día al enfermo, para atestiguar el estacionamiento ó la propagación de algún foco, para acudir en el acto á exterminar el incendio con todo el material que pueda disponer; este celo y esta previsión han sido, en muchas ocasiones, causa de descrédito, ó cuando menos de nublar con una sombra el honor acrisolado de algún compañero, puesta en tela de juicio por un quidam, que no ha llegado á comprender hasta donde llega el cuidado y la atención, y el alerta de un médico digno y altruísta, que al cuidar á un enfermo le dedica todos sus afanes y todas sus previsiones y desvelos.

Hace falta un escalafón de categorías y de ascensos, que yo no puedo ni debo mencionar en sus minuciosidades, porque muy fácilmente lo planearían los especialistas en la materia, coronando así la obra, y la ciencia se desarrollaría entre nosotros como se desarrolla en el resto del mundo sin trabas ni cortapisas, y los actuales parias de la profesión, los más dignos de ser atendidos, se

transformarían como por encanto, al ver alborear la esperanza de un porvenir y bienestar más grato del que actualmente tiene en España, y creo que en algunas partes de Europa también.

Esto sería lo justo, lo oportuno y conveniente, pero por lo mismo tengo no ya el temor, sino la seguridad de que tal como está el ejercicio profesional, *seguirá viviendo Don Juan*, y ya que estamos condenados por ahora á tal desdicha, se hace necesario poner sobre aviso á nuestra juventud médica, llamarle la atención siquiera sea sobre algunos puntos importantes, que puedan evitarles tropiezos y contratiempos siempre perjudiciales y sensibles, para quien precisa tener el espíritu sosegado y el ánimo tranquilo, para ejercer su profesión con serenidad y altura.

Pensar en una acción mancomunada para alcanzar por sí mismos este ideal, es pensar por ahora en una tontería, como aquella de los colegios médicos, y otras garrambainas por el estilo; la clase médica no está preparada para campañas de esta índole, precisaría que la idea sirviera de pretexto político, algo así como un banderín de enganche que levantara una personalidad para el logro de sus fines particulares, entonces sí que sería factible la

idea, y tal vez prosperase si el pandero caía como vulgarmente se dice en buenas manos.

Hay que brindar la suerte á algún político de empuje, y que la suerte le sea propicia, hay que procurar salir del estado ruin y precario en que la profesión se encuentra, hay que elevar la clase, y ayudar al pobre víctima de la ingratitud social.

Los partidos médicos tal como están constituidos, son las amarras que sujetan al médico al yugo y á la impotencia, son la explotación más infcua, y el contrato más leonino que puede concebirse... ¡Que toda una numerosa familia tenga asegurada su asistencia médica por ocho ó diez pesetas al año, es una de las mayores monstruosidades que pueden verse entre cristianos, es una judiada que no tiene precedentes, y una explotación que no puede clasificarse!...

¿Es posible que se siga tolerando que en lugar de los regalos y agasajos que deben ser propios, y se ofrecen á quien sirve con solicitud y con esmero, al que dispense un servicio valioso que no llega á remunerarse cual se debe, es posible que en lugar de estos regalos, que no hay para él, se tolere pagar al médico su asignación en trigo? ¿Es posible que se consienta que el trigo sea el de

peor calidad, y más averiado que pueda encontrarse, lleno de piedras y de porquerías que da vergüenza el consignarlo?...

No, y mil veces no; no es posible tolerar tal estado de cosas, hay que hacer cesar esa explotación á la necesidad, y este abuso que dudo que en parte alguna del globo pueda presenciarse por pobre y miserable que ella sea.

Sube de categoría el médico, y con algo de holgura se establece en una ciudad, y todo su afán consiste en encontrar familias que se ajusten con él, pues sólo en las grandes capitales hay clientes de visita pagada; hay que buscar familias y más familias, que cual verdadero tesoro se persigue con fe y tenacidad; en ciudades de poca importancia es el ajuste de diez pesetas, y los más rumbosos que pagan veinticinco; por esta retribución al año hay que asistir hasta al gato, y acudir presuroso sudando ó tiritando para aliviar un dolor de cabeza, ó de muelas, ó para intervenir en aprensiones y soponcios más ó menos auténticos. ¿Es esto justo? Que venga Dios y lo vea.

Cese la injusticia, y cesen rencores y rencillas entre la familia médica; den tregua á la guerra que sorda ó descaradamente sostiene sin motivo ni ra-

zón desde los más humildes hasta los más copetudos, y por espíritu de conservación agrúpanse, unifíquense aspiraciones y deseos, y luchen sin descanso, con tenacidad y empeño, hasta conseguir la supresión de los partidos, que desaparezca esa vergüenza, y sea el Estado el encargado de sostener á la clase médica como sostiene al clero y al ejército; remunerése debidamente la labor profesional, y así se dignificará una clase digna de todo respeto y consideración.

Un escalafón en que la edad y los méritos fueran los peldaños del ascenso, servirían de noble estímulo para adelantar en la carrera, y este estímulo se acrecentaría considerablemente, si se creasen instituciones de investigación gratuita, y de comprobación científica, para que los médicos previa licencia de uno ó dos meses, pudieran acudir á ellos, y así seguir el desarrollo y movimiento científico, con lo que la ciencia entraría en una fase de actividad y de progreso que tan necesarios nos son.

En realidad no sé si esto es ó no es divagar, si estoy ó no estoy tocando el violón, porque se dan casos, como dijo el otro; pero aun á pesar de esta posibilidad, encuentro yo tan fácil y hacedero esto

que propongo, lo encuentro tan sencillo y tan lógico, que me sorprende sobremanera como no ha caído en la cuenta la clase médica española, y no ha dirigido sus tiros y sus energías por este lado.

Una institución de esta índole no creo yo que sea cosa del otro jueves; está en el tapete de actualidad la cuestión de la supresión de consumos y de su sustitución, cosas tan hacederas y viables, que hace mucho tiempo que en algunos pueblos y ciudades se ha llevado á cabo, y creo que con gran provecho y contentamiento de todos, ¿por qué no ha de poderse hacer lo mismo en la cuestión médica, sin gravamen para el Estado? Todo es cuestión de competencia y capacidad económica, supuesto que el Estado sacará de la masa común los elementos indispensables para llenar los servicios médicos, sin que el mundo se conmueva, ni se nos venga encima parte de la bóveda celeste.

Lo que sí puede asegurarse sin temor de equivocarnos, es que así á la buena de Dios no ha de conseguirse; á la clase médica no le va á llover del cielo esta transformación, no se la han de brindar de florcita; es preciso que se ingenien para obtenerla, ó emplear su fuerza común, su

acción colectiva para realizar actos solidarios, que tal vez fueran los únicos medios prácticos y de eficacia para conseguirlo.

No hay que asustarse, ni tocar el cielo con las manos; lo que hacen los obreros y los artesanos sin salirse de la ley, creo yo que bien pueden hacerlo los médicos, y una enérgica acción colectiva sostenida con tesón daría el resultado que se busca, porque hay que desengañarse, hay cosas que ni pueden ni deben pedirse, hay que tomarlas por sorpresa ó por la fuerza; para esto es preciso preparar á la clase poco á poco, y aquí de los propagandistas y de los hombres de acción, para disponer la masa y arreglar el horno de donde pueden salir los pasteles.

Nada de logias ni de conciliábulos secretos, nada de misterio, la causa es justa y necesaria para bien de todos, las aspiraciones no pueden ser más nobles ni elevadas, no hay pues que esconderse para tratar de realizarlas, cara á cara, y frente á frente hay que abordar el asunto, ó mucho me engaño, ó creo yo que en poco tiempo se conseguiría el logro de tan escelentes propósitos (y no es porque yo esté delante).

Que esto es un despropósito... Que es una ac-

ción descabellada... Que sólo al que asó la manteca podría ocurrírsele idea tan peregrina y fuera de tiesto...

Todo sea por Dios... vamos á ver si podemos entendernos desenredando esta madeja al parecer tan enmarañada.

Se daría el primer aviso á los poderes públicos y al respetable con un manifiesto, en que se hiciera pública la solidaridad de la clase médica, dispuesta á conseguir á todo trance sus justas aspiraciones, y el cese del actual estado de cosas, y es de creer que la fuerza moral de la unión por sí sola bastaría para alcanzar el fin propuesto.

En el caso de no surtir efecto, se mandaría el segundo aviso, para acelerar la faena, y equivaldría á declinar las responsabilidades que la acción común podría producir; los poderes públicos, los sociólogos, los políticos y el pueblo soberano serían los verdaderos reponsables del fregado que podría armarse.

Al tercer aviso habría que sacar los mansos como es de reglamento, y entonces los tales procederían sin mansedumbre á la rescisión de contratos, igualas y ajustes, y al corral con la fiera.

La clase médica necesitaría en estas circuns-

tancias energía y sangre fría para afrontar la situación con entereza y virilidad, acallando los dictados de la conmiseración y de la humanidad, como supremo esfuerzo para alcanzar lo que sin humanidad ni conmiseración alguna se hace con el médico.

Ya tenemos planteado el paro, ó la huelga médica, ó como ustedes quieran llamarlo... Qué atrocidad... espere un poco, y no se precipite, compañero.

No sería esta acción una huelga vulgar obrera, hasta con sus coacciones inclusive, sus grupos volantes y sus pasquines rojos correspondientes, con sus mitins y reuniones indispensables de comisiones y demás zarandajas, no señor; el médico sin meter ruido, ni llamando siquiera á Cachan con dos tejas, rescinde y abandona contratos é igualas, y se queda suelto de cuerpo, *en disponibilidad* como los cómicos sin contrata, para prestar como un conde sus servicios profesionales, siempre que sean debidamente remunerados, como manda nuestra madre Iglesia.

Al pobre y al necesitado, eternos favorecidos del médico en sus malandanzas, se le seguirían prestando los servicios como manda la ley de Dios y de los hombres honrados y caritativos.

Como se ve, con esto no habría de trastornarse la mecánica celeste, lo único que sucedería es que el ciudadano y el lugareño y todo hijo de vecino que precisase y demandara asistencia médica, tendría que pagarla á *toca teja*, como es equitativo y justo, y no seguir recibéndola de *guagua* ó de *pipi* como hasta aquí; al que no tuviera las pesetejas disponibles, le diríamos lo que el lego aquel que al quedarse con las manos vacías al decirle perdone por Dios, respondía muy fresco: *Trigo es limosna y orejas de lechón también.*

Nada más elocuente y nada que más convenza que un ataque al bolsillo; el dolor que produce al ciudadano la extracción de unos cuantos duros, á cambio de recetas es mucho más fuerte, que el que sentiría con la extracción de media docena de molares, y un par de colmillos, con la agravante del temor incesante que mi hombre tendría de nuevos males y enfermedades, pues por mucho que quisiera *contener la orina*, no tendría más remedio que recurrir al médico, y entonces sin que se cobrasen las crudas y maduras hasta con intereses, y con sólo abonar las cinco pesetillas por visita, pongo por caso, se armaría una algarabía de trescientos de á caballo, pidiendo por Dios y por

todos los santos del repertorio zaragozano, que les librarán de la calamidad que se les había venido encima, que ni la del año del hambre, y para sacudirse las pulgas buscarían prontamente fácil salida, y si no podían colgarle el encarguito al Estado, que si se lo habían de colgar seguramente, convirtiendo al médico en empleado de la Nación, rentado para que dispensara gratuitamente su asistencia, tratarían de convenirse en otras condiciones muy diferentes de las actuales, pues al que le sacan los cuartos contra su voluntad, con tal de que no se repita la suerte se siente capaz de todo lo imposible.

El pueblo en masa, que está acostumbrado á producir una alteración de orden público por una perra que se intente el cobrarle más de lo establecido, que arma la gorda al solo intento de elevarle alguna cosa; cuando palpe la realidad de tener que soltar unas pesetejas para pagar lo que antes no pagaba sino con una ruindad y cicatería inverosímiles; cuando vea que con lo que ha gastado en una corta enfermedad, tenía de sobra para pagar la asistencia de toda la familia por toda la vida; cuando llegase ese caso, para quitarse la pesadilla de encima, le daría el gran disgusto á los

gobernantes, y hasta al nuncio si fuera necesario, y no habría más remedio que atender á la clase médica, que ha sido víctima de la más inicua explotación que han presenciado los nacidos.

Estudien los poderes públicos la forma de dignificar y de mejorar las condiciones de la clase, porque en verdad puede decirse, que la huelga ó paro tiene que efectuarse en fecha más ó menos próxima, irremisiblemente tiene que producirse, porque ha sonado la hora que marca el summum de necesidades, que no están de acuerdo con la extrema estrechez y vergonzante miseria en que se encuentra la clase médica entre nosotros.

Animo, valor y miedo, como dijo el otro, compañeros, mediten el punto y preparen las alforjas, porque ó yo estoy soñando, ó tocando el violón sin saber tomar el arco, ó es claro como la luz, que éste es el camino practicable más fácil y cómodo para conseguir la transformación tan deseada, sin que nadie pudiera tacharnos de crueles ni inhumanos por el procedimiento expuesto, y *colorín colorado*, este cuento se ha acabado.

Y antes de pasar adelante, bueno será hacer constar con el fin de evitar suspicacias y recelos, que quien esto escribe no es un desgraciado á

quien los vendavales y borrascas de la vida hayan arrinconado como hoja seca desprendida de la profesión médica; no es tampoco un fracasado ni un escéptico que se complace en hacer labor de crítica con protestas y refunfuños frecuentes en la edad avanzada, no; felizmente no me encuentro en esos casos, soy un médico retirado del ejercicio de la profesión, para procurarme en el descanso el alivio que tanto necesitaba; he llegado á viejo conservando ilusiones y deseos, sintiendo todavía entusiasmos, y dispuesto, con las energías que conservo, á luchar por el bien, sea cual fuere y venga de donde viniere.

No soy ningún fracasado, felizmente no he sentido los efectos de esa desgracia tan frecuente en los intelectuales, he sido favorecido por la suerte, la fortuna me ha acompañado, colocándome en una situación, que sin modestia alguna, comprendo que no la merecía, ocupando puestos tal vez superiores á mis aptitudes y merecimientos.

Hago constar todo esto, para que se me permita, en honor á la independendencia, opinar bien ó mal sin que miramientos egoístas ó interesados guíen mis juicios; no busco ni honra ni provecho, sólo deseo el bienestar de mis compañeros, y sobre

todo de los titulares (yo no lo he sido); ansío el legítimo prestigio de la clase y el adelanto de la ciencia; conste así de una vez por todas, porque como decía un pariente mío, hay cada microbio como merluzas, y gentes que se echan encima la piel del cordero y, sin embargo, aullan que es un gusto.

Y san se acabó por la parte que á mí me toca.

CAPÍTULO IV

¿QUIÉN ES EL PÚBLICO?—PÚBLICO RURAL.—MÉDICOS ARROGANTES Y DESMEDRADOS.—EL HÁBITO HACE AL MONJE.—EL MONISMO COMO RODILLO DE NIVELACIÓN.—FORMALIDAD DEL MÉDICO.—Ó PURITANO Ó CHARLATÁN.—PRONÓSTICOS SALVADORES.—NO ES POSIBLE DESAHUCIAR Á UN ENFERMO.—DIAGNÓSTICOS.—MEDICINA CASERA.—COOPERACIÓN CURATIVA.

Si el célebre Fígaro volviera por estos mundos á preguntar quién es el público, no faltaría quien con toda desenvoltura le contestara: Pues un conjunto ó conglomerado de imbéciles y perversos, de idiotas y de vivos, de envidiosos y de impulsivos, que amasados con una levadura de refinada malicia han de atentar siempre á la tranquilidad del sér pacífico y honrado.

Así, sin más ni más creo yo que puede definirse á esta entidad tan temida.

Las afinidades y mutuas tendencias condensan en grupos á los seres, y de aquí nacen tertulias, conciliábulos, reuniones, grupos y peñas de las que podemos asegurar que el prójimo no ha de salir bien parado.

Toda agrupación humana presenta estos núcleos de condensación, y así los tontos se reúnen que es un contento; los perversos en seguida, por su gran fuerza de atracción, se encuentran en pelotones; los vivos se husmean ya á la distancia, y los impulsivos, aunque se tanteen algo, concluyen por agruparse también para mejor dar con los imbéciles y desprevenidos; y todos, en puridad, buscan en la conjunción una ayuda y un apoyo, siempre con perjuicio de alguien, siempre saldrá lesionado un tercero ó un cuarto.

Mientras estos grupos ó cantones están bien definidos, en las localidades hay un relativo equilibrio; se respetan y temen unos á otros y se aprovechan unos de otros, siempre, como es consiguiente, á expensas de tontos y de imbéciles; pero cuando un gallo penetra en el gallinero y se yerque y gallea por sí solo, ya está armado el cotarro, resulta la algarabía para expulsar ú obligar á someterse ó agruparse al intruso; así el público no

tolera ni puede tolerar que nadie campe por sus respetos, ni menos que sobresalga del nivel establecido para todos, y quieras que no quieras tienes que encogerte y hacerte el chiquito, no muy cómodo que digamos, pero necesario para no sufrir el apabullamiento que nos quiebre la cabeza.

Las ventajas del encogimiento ó de ocultar la leche, como la vaca del cuento, pueden preguntárselo á un tal *Sixto V*, y con esto sobra, que al buen entendedor con pocas palabras le basta.

Para lo que interesa al médico rural, el público viene á constituirlo la tertulia del alcalde, la del cacique del pueblo, la reunión de profesionales y el coro de beatas ó devotas que revolotean al redor del señor Cura. Fuera de estos focos, lo mismo da fu que fa; son los ya viejos carneros de Panurgo, que siguen y piensan siempre como los que hacen punta, pero, aunque vayan detrás, forman en el montón.

Pues este publiquito, al parecer tan simple y tan reducido, ya tiene tres pares de bemoles, ya lo creo que los tiene, y medrado andará el médico que no sepa manejarlo ó presentarse delante de él según convenga á sus gustos y predilecciones.

Estos publiquitos, sin pararse en barras ni andar con muchos miramientos, sancionan en el acto y fallan con toda frescura por las primeras impresiones que reciben, y así resulta ello.

Un médico á quien la naturaleza haya prodigado sus dones, dándole buena estampa y buena estatura, sobre todo buena estatura, ya tiene ahorradas las dos terceras partes de la jornada; el hombre se impone por su fachenda, y ésta es cotizabile en todas las partes del mundo; y si á esto se agrega la condición de soltero, entonces la partida es suya por completo, irremisiblemente, pues con poco de esfuerzo será el amo del cotarro; la gente moza revoloteará á su alrededor con la esperanza de toda hija de Eva, ya sea de pueblo ó de ciudad, y la benevolencia de las familias estará de su parte.

Muy de otra manera se piensa, creyendo que el médico debe ser casado para obtener la confianza que se requiere en el ejercicio de la profesión; con esta falsa creencia, y en muchas ocasiones con este pretexto, nos apresuramos á entrar en la cofradía atolondradamente, y sin mucho esfuerzo podemos observar la baja de nuestros valores en la plaza del público, nuestra influencia ha desapa-

recido como humo, y como las desencantadas y las ilusionadas no perdonan jamás, ya tendremos enemigos ocultos que siempre que puedan nos han de tirar la zarpada.

Nada de casorio en los primeros años; hay que dejar el gallo que críe espolones, y viva la libertad, y aquí de los buenos mozos, porque de ellos es el reino de los pueblos, con poco que pongan de su parte.

No así de los desmedrados ó encanijados cuya primera impresión, al presentarse en el pueblo, no les sea favorable; á este médico algo se le disculpará si es soltero, y si alguna de influencia en estado de disponibilidad, le echa la vista encima y concibe esperanzas; de no ser así, tiene que valerse de muchos recursos y de muchas triquiñuelas, que no por viejas dejan de tener siempre su oportunidad y eficacia.

Aquel modo de vestir que tanto encomiaba el bueno de Don Quijote al gobernador *in partibus* de la ínsula barataria, viene aquí como anillo al dedo. Un palo vestido no parece palo; y es una verdad como un templo de grande, que destruye el proverbio de que el hábito no hace al monje, ¡vaya si lo hace!...

Un médico descuidado en su traje y con atavíos parecidos á los usados por los lugareños con quienes alterna, no infunde respeto, no hay para él gran consideración, porque se confunde con ellos, es uno de tantos, y nada más.

Un médico con apéndice de boina, por ejemplo, no será bien considerado en el pueblo, imposible que tenga la autoridad que requiere el cargo; y no es esto peculiar de los pueblos chicos ni grandes, no, señor; es una claudicación del espíritu humano que tiene una transcendencia sugestiva, en la que se apoya el andamiaje social.

A la brillante escolta de un Estado Mayor que á su paso rápido produce el deslumbramiento, con la multitud de entorchados, galonajes y uniformes de vistosos y llamativos colores, que tanta admiración y respeto infunden, como viva expresión de la fuerza que llevan consigo los cañones y bayonetas; á esta brillante y lucida escolta suprimámosle todo lo decorativo, todo lo que hiere y cautiva nuestra admiración; vistamos á estos bizarros y apuestos militares con el usual traje del paisano sin distintivo alguno, y sin llevar encima atavío que les cause relumbrón, y á pesar de sus condiciones militares, de valor y abnegación, de peri-

cia y patriotismo, los veremos pasar como quien oye llover, no nos infunden temor alguno, y no daremos una higa por presenciar su paso.

Si suprimimos el uniforme del ejército con todos sus colorines y ringun-rangos, ¡adiós, fuerza armada!, el prestigio que sugestiona á los pueblos habrá desaparecido, y sólo con el arma al brazo será respetado y temido.

El sacerdote, que con sus hábitos talares se destaca y distingue de los demás con una autoridad manifiesta, que al ejercer su ministerio ostenta ornamentos deslumbrantes y extraños, ejerce una enorme atracción y sugestión entre la masa, de donde proviene su gran fuerza y su prestigio, y así es respetado el ministro del Señor y es tenido por un sér superior, á quien se debe sumisión y acatamiento.

Quitadle esas vestimentas, y sin corona ni alzacuello ponedle el traje usual y corriente del hombre del pueblo, su faja y su boina, ó sombrero, una chaqueta y amplio tapabocas, y adiós prestigio, adiós autoridad, el sacerdote ha desaparecido, es uno de tantos, que no se destaca ni eleva un ápice entre los demás convecinos.

A esos mimados de la fortuna, con la ostenta-

ción de sus lujosos trenes, vistosos y atronadores automóviles, soberbios troncos de caballos que veis pasar llenos de cascabeles y zarandajas, que cuestan un dineral, que van deslumbrantes de joyas y pedrerías que valen una fortuna, que á su paso todo son reverencias y sombreroazos, saludos y sonrisas, que desde sus galoneados servidores hasta el más empingorotado de sus contertulios les causa respeto, miedo y consideración, porque tienen la palanca poderosa con la que se remueve este mundo de miserias; pues con todo este inmenso poderío, con todo este prestigio y adoración, á pesar de tanta farándula y de tanta fuerza como representa, quitadle todo ese cascabeleo, suprimidle trenes y zarandajas, vestidlos humildemente como el resto de los humildes mortales, y adiós clase social, el ídolo se vendrá al suelo, pero sin estrépito, nadie reparará en él, será una de tantas insignificancias, á la que no puede temerse, y por consecuencia no hay necesidad de humillarse ni inclinarse en su presencia.

No hace muchos años discurría por este Barcelona una persona cultísima, instruída y educada, á quien dieron en decir que le faltaba la rueda catalina ó poco menos, porque tenía una fórmula heroica é

infalible para curar de raíz los males sociales que desde muy atrás viene padeciendo la humanidad.

Disponía de un colosal rodillo, como aquel que andaba buscando Marcos Zapata cuando iba á nivelarlo todo, dejando al mundo llanito y liso, que sería una bendición el verlo así, como la palma de la mano, y todo se reducía á lo que él llamaba el Monismo, ó sea el vestir á todos los seres con un traje igual en forma, color y calidad, con lo que se conseguía borrar prestigios y jerarquías, clases y condiciones.

Explicaba su fórmula el hombre, y había que darle la razón, por más que se dijera que era un visionario. ¿Estaría loco aquel buen señor? Yo por mi parte opino que razonaba como un cuerdo con sus cabales.

Pues señor, como se ve, á este modo de ser y pensar no puede ni debe sustraerse el médico, tiene que presentar en su traje é indumentaria señales evidentes de su superioridad, que tiene que hacerla efectiva, pulcritud y aseo, que no debemos confundir con la afectación, que es sólo patrimonio de espíritus hueros y superficiales.

He insistido tanto en este punto, porque sin tener para nada presente el antiguo proverbio de

que quien con lobos anda á aullar aprende, he visto médicos estimables y de buenos conocimientos, estar poco ó nada considerados en el pueblo sólo por descuidar su traje, y usar prendas poco en consonancia con su persona y condición.

La juventud es alegre y bulliciosa, como que es la edad en que se desarrollan las ideas generosas y las ilusiones más floridas, es la edad de la espontaneidad de los afectos, que se exteriorizan sin trabas ni cortapisas, es la época de la vida en que la verdad surge por sí misma sin trabas que la contengan.

El médico joven tiene que estar prevenido con estas naturales tendencias, contra este modo de ser y sentir, porque la masa del público no concibe la risa y el bullicio, la jovialidad y la expansión, en quien tiene que atender al enfermo, en quien tiene que habérselas cuerpo á cuerpo con la muerte; acepta y admira la seriedad y la circunspección en acciones y modales, aunque desdigan de su edad, y hay que convenir en que un contingente grave y mesurado, no solamente viste bien, en un médico, sino que consigue desde el primer momento encajarlo en el sitio en que tiene que estar colocado.

Hay que reprimir impulsos é incitaciones, hay que esconder afectos y evitar expansiones, hay que mentirle al público para que nos tolere. La seriedad y severidad tiene que ser nuestra característica, pues la experiencia enseña que el médico que se deja llevar de los impulsos de su edad y de su carácter alegre y bullicioso, ni adquiere autoridad en el pueblo, ni consigue arraigarse en él por muchos conocimientos científicos que tenga.

Médico cazador y bailarín, con ser la caza y el baile diversiones que no están reñidas con los mandamientos, no harán muchos milagros en el pueblo, aunque á la gente moza no le desagrade eso del médico bailarín; el respetable público quisiera y pretende que el médico cuando no está al lado del enfermo, se ocupe en el estudio, que los enfermos sean su constante preocupación, que no distraiga su atención en vanalidades ni diversiones extrañas á su misión, que sea, en una palabra, un anacoreta de la profesión, para contentamiento de palurdos y de necios; y aquí tiene tela cortada el galeno para arreglar su conducta en consonancia con el común deseo, pero bien entendido, que bajo ningún motivo, ni en circunstancia alguna apele á la superchería de aparentar charlatanesamente

acciones, como un santón que yo conozco, que para hacer creer á los tontos que se dedica siempre por la noche al estudio sereno y tranquilo de la ciencia, deja encendida una luz en su despacho, hábilmente dispuesta para que sea vista y notada de todos, y, en realidad de verdad, que este detallcito, al parecer insignificante, le conquistó fama de estudioso primero y de sabio después, y le hizo entrar sendos duros en su faltriquera, y ahora riase usted de los peces de colores si quiere.

Y aquí encaja como anillo al dedo la cuestión capital que va á decidir de su porvenir profesional; tiene que seguir uno de estos dos caminos: ó consagrarse por entero á la ciencia y á la profesión con elevación de miras, y recto y honrado proceder, ó seguir la corriente del público violentando su conciencia y sus inclinaciones, haciéndose traición á sí mismo, en una palabra, por más que cueste decirlo, entrando de lleno en el charlatanismo ilustrado de la profesión. La mayor ó menor elasticidad de sus convicciones y de su sér moral le indicarán el camino que ha de seguir, él será su mejor línea de conducta y á él debe atenderse.

Si quiere antes de decidirse consultar á la experiencia y echar un vistazo á lo que ocurre por esos

mundos de Dios, entonces si toma por objetivo solamente el interés, sin tener en cuenta para nada la estimación propia, entonces... ¡adiós honradez y adiós nobleza!... los hechos prácticos nos enseñan, que todo charlatán crece y medra que es una bendición de Dios ó del diablo, que de los charlatanes es el reino de la profesión médica y éste es un hecho evidente y lógico como consecuencia del principio que la sustenta.

La honradez y la rectitud que con tanto esmero y cuidado trataron nuestros padres de inculcar en nuestro corazón, y que de igual manera hemos transmitido á nuestros hijos como la revelación de un culto sagrado, todo lo tiramos cruelmente por la borda si tratásemos de seguir los procedimientos charlatanescos.

El individuo desprovisto de escrúpulos y miramientos, el que no repara en pelo ni se para en barras, el desgraciado abúlico de honradez y de moral, sube hasta la cúspide con la mayor lisura del mundo, y ateniéndose al antiguo proverbio de que la murmuración pasa y el provecho queda en casa, se queda más fresco que una lechuga aunque por dentro le grite airada su conciencia.

La profesión médica, triste el confesarlo, pero

se presta á maravilla para el charlatanismo, y entra en los pueblos y ciudades de matute por supuesto, que es un contento.

A buen charlatán gran fortuna, y aunque á la larga se descubran sus artes, ya ha tenido tiempo de formarse un nombre y una fortuna, que si lo primero se evapora algunas veces, puede quedar lo segundo y esto satisface al vividor. Si dudas de tus conocimientos y aptitudes, sino te consideras fuerte para la lucha leal, y si tienes anchas tragaderas y ningún escrúpulo, para lograr un porvenir sienta plaza de charlatán, sal de los pueblos y vuela á las ciudades, que la suerte ha de acompañarte, como ha acompañado y acompaña á tantos y cuantos que pasan por sabios, y por ilustrados, y por respetables, y son los que chupan las gangas y los momios, como la cosa más natural del mundo; pero no olvide lo principal amiguito, que es lo indispensable para alcanzar las uvas, que necesitas tener un talento de primera para no descubrir las malas artes, pues visto el juego, te caes de bruces y te quedas sin crisma; sí, el charlatán precisa verdadero talento y especiales condiciones para ocultar tendencias y procedimientos, vendiendo el *doublé* de su industria por oro de buena

ley; créame usted, compañero, para ese viaje no se precisan muchas alforjas, pues con un recto proceder y con esas condiciones alcanzaría usted lo que se propone, aunque sea con mayor esfuerzo, y así la honradez de su conducta sería el inapreciable tesoro que anime y satisfaga su sér moral, y el que pueda usted transmitir á los suyos con la frente erguida, sin tener que avergonzarse, delante de los que son carne de su carne.

Esta es la fija, mi querido colega; no pare su atención en lo que se diga de la observación y del sentido cínico, de que para andar por los andurriales de la vida entre pedruscos, zarzas y matorrales, vallas y precipicios de que tan poblado está, no sea posible llevar mucha impedimenta de escrúpulos y de honradez, por estar probado que la inmensa mayoría de los caminantes se quedan exánimes y desfallecidos, siendo muy contados los que llegan á la meta, mientras el que prescinde de equipaje y se larga á cuerpo suelto, corre, salta y se desliza que es un contento, y llega mucho antes y sin tanto esfuerzo al final de su camino.

Alto allá... esto es desvergonzado y humillante... Sí, señor; esto es más; es inmoral y cínico todo lo que ustedes quieran y algo más, vuelvo á

repetirlo, todo es cuestión de tragaderas y de sentido moral; al que no conoce este último, hay que darle rienda suelta, pues con sermones no habíamos de conseguir nada.

¿Qué haría un médico con visibles tendencias al charlatanismo metido á puritano y ortodoxo? Pues, sencillamente, haría el mamarracho, enseñar las uñas y los dientes, y dejar la presa es muy tonto; el pobre hombre no podría pontificar de recto y honrado, por más esfuerzos que hiciera; tendría que estar siempre en lucha y en contradicción consigo mismo; y esto no puede ni debe ser: hay que ser honrado de verdad con todas las de la ley, recto y digno, celoso de sí mismo, como cumple á todo caballero y á todo médico digno de desempeñar la misión profesional; y el que no sea así, ya que no es posible el suprimirlo, hay que largarlo con patente de corso, y que haga su entrada triunfal en la charlatanería, y allá él con su honor y su conciencia, que de seguro, estarán en vocativo caret.

Estos charlatanes no son tan perjudiciales como parecen á simple vista, no, señor; sirven para hacer destacar en otros la altura y la importancia, la honradez y la delicadeza, y lo que no es de

despreciar, sirven para vengadores del público, que bien merece la plaga que le cae encima con tales angelitos; estos ciudadanos castigan al bobo y al que no es bobo, y bien se lo merecen, pues *el que bien deja y mal escoge, con su suerte no se enoje.*

Que el público aprenda á distinguir por la cuenta que le tiene, que busque y prefiera al verdadero mérito que nunca anda con relumbrones, y entonces la casta de los charlatanes tendrá que evolucionar con vistas á la decencia, ó desaparecerá por agotamiento, que sería lo mejor. Lo peor de todo es, que como dijo el otro *Stultorum infinitus est numerus*, y nunca podrá por este motivo desaparecer la especie, y á los tontos y á los me-mos es preciso ponerles tutela y defenderlos de malandrines y follones.

El médico es juzgado por el respetable público (que ya me río yo de esta respetabilidad tan manoseada) por las exterioridades solamente, pues no puede alcanzar ni medir la suma de sus conocimientos, ni su grado de ilustración; el resultado final que tenga con sus enfermos es lo que inclina la balanza de su criterio, y decide sin entrar en más averiguaciones; pero el publiquito, á pesar

de sus triquiñuelas y de sus tiesuras, tiene también sus claudicaciones y su lado flaco, y el maestro Ciruela supo encontrárselo con toda facilidad, sin grande esfuerzo, y buscándole su lado práctico pudo aprovecharse de él, con el fin de neutralizar el efecto que produzca una sucesión de resultados desgraciados en sus enfermos, por haber tropezado tal vez, ó tocado en suerte un lote averiado, que no tenía compostura ni aceptaba remiendo.

El público lo mismo que la familia que no transigen con que un enfermo se muera, sin que el médico tenga la culpa de ello, venga ó no venga á pelo, enjaretan *urbi et orbi* una sarta de apóstrofes é improperios, que están en razón directa con la importancia que el finado tenía, y el grado de dolor que sea preciso el demostrar, según las circunstancias de mayor ó menor cuantía, y como vemos todo á expensas del pobre médico, que ha puesto su dedicación, sus atenciones y todo su saber en el curso de la enfermedad, aguantando impertinencias y desazones como ocurre siempre en estos casos desgraciados; pues bien, todos los apóstrofes y la mala impresión se quedan en el tintero, cuando el médico cautelosa y juiciosamente anuncia con anticipación el resultado que puede

sobrevenir, va puntualizando, poniendo los puntos sobre las ies, y poco á poco la presentación de fenómenos visibles para el público, haciéndolos notar especialmente de la familia, que en vista de estos pronósticos repetidos y acertados, no tiene más remedio que rendirse, y tascar el freno quiera que no quiera, y comprender que el médico sabía lo que tenía entre manos, y de lo que se trataba; pero téngase muchísimo cuidado, tenga muy en cuenta, que bajo ningún motivo, bajo ningún pretexto puede ni debe desahuciar á un enfermo, eso jamás dice terminantemente el maestro, primero porque como de humanos es el equivocarse, el médico como todo hijo de vecino se equivoca, ó puede distraer su juicio, y una sentencia fatal dictada por él con todas las solemnidades del caso, si en lugar de cumplirse, la familia y el público ven que la intervención de algún santo ó la ayuda de algún curandero (que nunca falta), ó el cargamento de promesas que en parientes y allegados es cosa por demás corriente y puesta en uso, si alguna de estas cosas, ó todas reunidas traen una conmutación de pena, ó un amplio indulto -curándose el enfermo, adiós mi dinero... médico al agua, ya le cayó la lotería al pobre hombre; prepare el petate, y des-

aparezca del pueblo tan pronto como pueda, porque ya no hará buenas migas en esa sartén.

No puede ni debe desahuciar á un enfermo, porque en realidad de verdad no puede medir las resistencias y energías de aquella organización, como tampoco puede saber las reacciones evolutivas que pueden operarse, cuando la lucha empeñada continúa sin cesar entre nuestros elementos y la causa que provoca la enfermedad, y así desconociendo el secreto de este mecanismo, y no teniéndolo en cuenta, es por lo que sorprenden algunas resurrecciones ó milagros, que en realidad tal parecen, que el médico cauto debe advertir la posibilidad de que tal suceda á pesar de la gravedad y del peligro inminente.

Como se ve, lo mismo que el pez, el médico por la boca muere, cuando no está revestido de gran cautela y prudencia, y en esto de pronosticar que es el plano inclinado por donde se deslizan los principiantes, tenemos que aguzar fino el entendimiento, porque un pronóstico juicioso y oportuno que se confirma de una manera precisa y exacta equivale á un Jordán, en el que se lava y neutraliza un suceso desgraciado.

El predecir durante el curso de una enfermedad

la presentación de algunos fenómenos típicos, es un gran recurso para la reputación del médico, que no debe dejar de aprovecharlo en todas las ocasiones que pueda, pues en esto estriba como factor importante la autoridad científica que pueda conquistar.

Al formular el diagnóstico debe huir de la tan extendida pedantería de largarle á la familia, parientes y allegados un rosario de itis ó de algias que mete miedo; comunique cuando deba comunicar su opinión de una manera clara y sencilla, y si la imprudencia ó la imperiosa necesidad le obligaran á manifestarla sin haber tenido tiempo para corroborar sus juicios ó impresiones, el maestro Ciruela aconseja que se tenga muy presente el coro de doctores de *El Rey que rabió*, y con él estoy completamente de acuerdo, pues en corroboración de lo mismo, en cierta ocasión me decía con la mayor naturalidad, que así como un prudente cazador que se emplea en la caza mayor, siempre usa una escopeta de dos cañones, para después de disparar estar prevenido por lo que ocurrir pudiera; de igual manera el médico que tiene que dar su diagnóstico cuando no está muy seguro del juicio que haya formado, ya que no puede callar, que sería el mejor

camino á seguir, use escopeta de dos tiros, es decir, descargue, pero deje cargado por lo que pueda suceder, y creo también que es lo prudente, y Dios nos guarde á todos. Amén.

El médico que en los casos extremos rehusa emplear los inofensivos medios curativos de la terapéutica casera, que la rutina, el entrometimiento y la imprudencia le ofrecen como heroicos en casos similares, ya puede contar por seguro que los desairados no serán jamás santos de su devoción, que ha de tener en ellos enemigos ocultos que son de la peor casta de los enemigos; como podemos tener la seguridad de que á espaldas del médico se han de emplear, no tenemos más remedio que aceptarlos por estrambóticos que ellos sean, y transigir con la fiera, renunciando generosamente á la mano de Doña Leonor.

Un tropiezo y grande tiene el médico joven que inicia el ejercicio profesional, al encontrarse muy frecuentemente con la cooperación curativa, con la comandita de algún santo, ó virgen que á la cabecera de la cama, ó en sitio muy próximo se coloca con luces encendidas, en los casos de gravedad, para que interceda y ayude á la curación del enfermo.

No tome la sartén por donde quema, no es ofensa que se le dirige, pues tiene el pueblo el refrán de que *muchos amenes al cielo llegan*, y sin meternos á analizar el acto bajo ningún aspecto, tengamos presente que no debemos herir la susceptibilidad religiosa de nadie, que no debemos chocar con esas manifestaciones, y que no debemos darnos por entendidos. Respetemos estas costumbres, y no olvidemos que la sugestión religiosa ha operado muchos milagros, así como suena, milagros en toda la extensión de la palabra, pues enfermos que apáticos é insensibles á las excitaciones varias que la ciencia ha empleado con él sin resultado alguno, á pesar de la tenacidad y perseverancia, cuando ya se tenía el caso como uno de tantos contra los que se estrellan los recursos terapéuticos, con una fuerte sugestión religiosa, llámesela fe ó como se quiera, hacemos surgir una fuente de energías que han bastado para que el organismo reaccionase, y operase la curación con los elementos propios que todos conocemos.

Esto no es vana palabrería, esto es frecuentemente observado en Lourdes, y el más incrédulo tiene que inclinarse ante la evidencia de los hechos.

No hay que suprimir ni evitar aquello que pueda ser objeto de sugestión religiosa para el enfermo, la iluminación del santo y las promesas en nada lo perjudican, si por intercesión divina ayuda al médico aunque éste se quede sin su ración y participación en caso de curación, lo primordial era que el enfermo curase de su dolencia, ha sanado, pues misión cumplida; y á quien Dios se la de san Pedro se la bendiga, y no se meta en más líos, pues aparte de lo ridículo que resulta el irle á regatear á ninguna imagen su participación más ó menos directa en la curación, el médico debe estimarse lo bastante, y saber respetar estas debilidades ó lo que sea del pueblo, como se respeta y tolera mucho que está reñido con nuestras convicciones y modo de ser y pensar.

CAPÍTULO V

LOS PUEBLOS.—TIPOS Y PAISAJES.—LOS PAJARRA-
COS DE LA JAULA DORADA.—EL MÉDICO ANTE
UN CONTRATO.—Á DONDE DEBE ARRIMARSE.—
ADULACIÓN.—CACIQUES Y FIERECILLAS.—AL
SON QUE ME TOCAN, BAILO.

Siendo los pueblos á donde tienen que dirigirse la gran mayoría de los médicos jóvenes, debemos fijar nuestra atención en ellos, no para tratar de conocer la flora y fauna que les es peculiar, porque éste sería un estudio de vastas proporciones que no podemos abordar, sino aunque sea á la ligera, indicar someramente algo de aquello que pueda interesar al médico dispuesto á plantar sus reales en esas pequeñas poblaciones, sin saber de ellas *de la misa la media*.

Aquel que haya leído las bucólicas obras del inolvidable literato y gran novelista D. José María

de Pereda, no podrá por menos de recordar aquella manera de poetizar sus paisajes grandilocuentes con su elegante y castiza pluma, por nadie hasta ahora superada; el que se haya fijado en el ambiente de aquellos pueblos de la montaña, saturados de aquella placidez patriarcal, digna de los tiempos bíblicos; el que haya visto desfilar por las páginas de esas obras esos tipos originales, vivitos y coleando, los que á pesar de su marrullería, le habrá encantado ese fondo de honradez y bonachonería que los hace tan simpáticos y atrayentes, con aquel su modo de hablar, y con aquel su modo de conducirse; el que se haya fijado en todo esto, de seguro que ha formado un alto concepto de estas pequeñas agrupaciones, habrá envidiado más de cuatro veces esa vida patriarcal tan magistralmente descrita, esa especie de arcadia tan poética y tan soñadora, y de seguro que habrá borrado de su memoria aquello que tan corriente era en la ciudad donde se hizo la carrera *ó corte ó cortijo*.

Las antiguas obras dramáticas de mi tiempo como *A Madrid me vuelvo* y *La paz de la aldea*, donde se ponen en solfa á los aldeanos y las aldeanas para ensalzar la vida de las ciudades, pa-

recerán elucubraciones trasnochadas de un hijo de los barrios bajos de Madrid, que no ha salido más allá del Pardo á coger bellotas.

Los pueblos de Pereda tienen un encanto incomparable, tienen un atractivo sugestivo, como atrae y sugiestiona todo lo artístico y todo lo poético, y por eso hasta la senda estrecha y tortuosa, el barranco pedregoso, y el precipicio cortado á pico, y lo mismo el sonido de la campana chica, como el ladrido del perro madrugador, y de igual manera el canto del gallo vigilante, como el canoro ruiseñor del bosque, lo mismo que la placidez de una mañana de primavera, y el furioso vendaval de una otoñada, como la contemplación de la sábana de nieve que cual poético sudario recubre la comarca, mientras en derredor del hogar chisporrotea el fuego y hierve con su canto peculiar el sustancioso puchero; todos estos típicos detalles causan graíísima impresión, que predisponen el ánimo á liar el petate, y meterse de rondón en uno de tantos rinconcitos llenos de paz y de ventura, de poesía y placidez, reservado á los felices mortales que tengan la dicha de habitarlos.

Para el habitante de la ciudad nada más atrayente que uno de esos pueblecitos, donde ó pasa de

largo admirando el paisaje, si los tiene, ó veranea en ellos diez ó quince días envuelto en adulaciones y cumplimientos, agasajos y zalamerías, que lo dejan encantado, sin que hayan podido darse cuenta de su composición, ni menos de su psicología.

Pues á pesar de todo esto, á pesar de tanta hermosura, no es oro todo lo que reluce, no, señor; en estas especies de doradas jaulas con tanto adorno y ringurrangos, hay cada pajarraco que canta hasta las horas y los cuartos.

El pueblo en donde tiene el médico que actuar, ofrece una fisonomía muy distinta, un aspecto poco atrayente por lo general, la poesía se torna en triste realidad, y se ve envuelto en ruindad, malicia é ignorancia, que van á procurar volverlo tarumba por poco que se descuide.

Contemple el pueblo, y verá que en lugar de la tan ponderada paz y tranquilidad es un infierno donde toda agitación tiene su asiento, como que en él bullen las pasiones tan al descubierto y tan al natural, que es una gloria de Dios presenciar los ataques y defensas de tan pacíficos vecinos.

Pocos y mal avenidos, éstos son los vecinos; cuatro gatos que se arañan sin piedad, hasta des-

trozarse las carnes, y que ponen hecho un cirineo á quien de afuera se interpone en pro ó en contra.

El médico se dirige á estos pueblos, por lo general sin conocerlos siquiera, ve anunciada la vacante, envía la solicitud y papelotes adjuntos, y por bajo cuerda se buscan cuñas y recomendaciones como manda la doctrina cristiana, porque sino *necuacuan*; otras veces es requerido por uno de tantos vecinos prestigiosos, ó por el alcalde, ó el señor Cura, ó solicitado por uno de los bandos en que está dividido el pueblo.

En caso de probabilidad de ser agraciado con la plaza, el señor facultativo tiene que dirigirse al pueblo, y allá se las entiende visitando hasta al moro Muza, repartiendo apretones y sonrisas á toda la patulea, sombrereando hasta la sombra de un sacristán, haciéndose de jalea con los concejales y el alcalde, y tratando por todos modos de agradar á las gentes, y hacerse simpático á fuerza de condescendencias y aprobaciones á todo lo que se diga y haga; un postulante que sepa dónde le aprieta el zapato y cuántos son los mandamientos, no puede dejarse en el tintero aquello que es en extremo agradable á todo pueblo, porque todos claudican por ahí sin excepción alguna; les com-

place sobremanera ver y oír cómo se ponderan sus soberbios paisajes, dignos de ser trasladados al lienzo por artista de fuste y de renombre, sus aires purísimos que pocas localidades los tienen iguales, sus aguas exquisitas, sobre todo las aguas como no las ha visto en otro pueblo, á pesar de que la tía Baldemeja dice que las alubias tardan un siglo en cocerse; no se puede por menos de hacer notar la feracidad del suelo, pues aun en el caso de que él sea árido, los pastos y la hierba son de la más excelente calidad; como frutos no hay en toda la redondez quien le iguale, y ya sabía el postulante la fama que tenían las ciruelas y las lechugas sobre todo.

No es posible dejar de mencionar la arrogancia y bien plantados de los jóvenes, y lo garridas y hermosas de las mujeres, y el aire sano de los chicos del pueblo; todo esto tiene que irlo puntualizando el postulante hasta que se les caiga la baba de gusto á los vecinos, y sería lo más probable que de no seguir una conducta semejante (que sí se sigue muchas veces), se quede el partido para otro que sea más listo ó tenga más maña para tratar á las gentes.

Una vez que el Ayuntamiento lo haya aceptado,

ya tiene por delante el primer tropiezo, que debe salvar de una manera decidida, á pesar de las franquezas y confianzas que le echen encima; entre caras risueñas y bonachonas, y como si fuese por pura fórmula nada más, porque en realidad no haría falta entre unos y otros, se desliza el contrato, donde se tratará de atarlo de corto, verdadera *alcatrapa* donde queda aprisionado el pajarillo sin defensa alguna; hay que ponerse en guardia, compañero, y parar los golpes, porque de lo contrario no tardará vusarcé en sentir las consecuencias.

Sea el médico el que imponga condiciones, y en los deberes que sean clara y explícitamente determinados, y no olvide ni por un momento, que en cada lugareño se esconde un leguleyo y abogado de secano, con más escamas que un besugo.

El pueblo con toda seguridad ha de estar profundamente dividido en dos bandos, que se hacen incesante y cruda guerra, guerra sin cuartel, en que actúan los jefes con sus parientes, conocidos y allegados, dispuestos á llevar el rencor y el odio hasta el exterminio como la cosa más corriente y admitida; y ya con esto tenemos á *Periquito hecho fraile*; si ha sido llevado ó solicitado por uno de los bandos, con seguridad puede contar con la

hostilidad por lo menos de la mitad de la población, y ya le cayó buena encima de su alma.

Como de no recurrir á poner en juego influencias y apoyos eficaces no le darían el partido seguramente, aquí de la astucia y de la habilidad para sortear compromisos y conjunciones, y echarle el cuerpo fuera á estos centros de atracción peligrosa, que pueden acarrearle serios disgustos y graves contratiempos.

Los dos bandos en que el pueblo se encuentra dividido obedecen á viejos rencores de familia, que no han podido exterminar ni los años, ni los misioneros, ni los señores graves que officiosamente han intentado reconciliarlos; otras veces es originada la división por un entretejido de circunstancias en que juega un papel no del todo despreciable el vil interés, por aquello de si hay ó no hay aprovechamientos, y de si es ó no es cierto lo que dice el bando contrario de que *administrador que administra y enfermo que enjuaga algo traga*, vaya usted á saber lo cierto del refrán, ó lo que haya de cierto en estos enredos; en otras circunstancias el origen de la división radica en el empeño de ser el figurón amo y señor del cotarro, lo que hace que se profesen opiniones políticas opuestas,

que ni entienden, ni falta tampoco que les hace el entenderlas.

Aquí entran en juego todos los elementos del pueblo, unos á quienes les conviene recostarse del lado del señor alcalde, por aquello de que tiene autoridad y quien manda manda; otros que se inclinan más bien al concejal que cobra el barato en el Ayuntamiento, y que con sus buenos puños y sus pocos escrúpulos es capaz de amargarle el dulce al más pintado; otros que forman la corte del señor Cura que no es por lo general un manso cordero pascual, y que quiere tener á concejales, alcaldes y caciques metidos en la suela del zapato; valido de sus relaciones y afiances de fuera quiere gallear, y no le faltan algunos buenos vecinos que lo apoyan; otros que alardeando de independientes por no querer tascar el freno de los caudillitos, obedecen ciegamente á un personaje político de fuera, que recoge las mondaduras del pueblo, y con él pueden contar en caso necesario.

Y aquí tenemos á nuestro médico metido de rondón en este gallinero ó galimatías ó pandemonium, desprovisto de arraigos y de opinión política, ó cuando menos guardándose muy bien de exteriorizarla, porque entonces tendrá que soste-

ner una lucha muy desigual, en la que ha de llevar siempre la peor parte, y de la que nada entre dos platos ha de sacar, como no sea ver cómo se chupan la breva los que ni de cerca ni de lejos han visto la higuera.

En medio de este amasijo tiene que actuar, sin que pueda ni deba rechazar saludos y atenciones, agasajos y comedimientos, que no han de tardar en llegar para comprometerlo y ponerlo en berlina; sino es posible evadirse de estas incitaciones y compromisos, y ya puesto en la necesidad de alistarse, ó recostarse en uno de los bandos, si quiera sea para mejor defenderse; lo prudente y lo sensato es no analizar de parte de quién está la justicia, ni quién tiene ó debe tener la razón, déjese de garambainas, porque solamente debe procurarse los afiances que requiere su estabilidad; analice, sí, y estudie quién en realidad tiene la fuerza y dispone de la influencia, quién es el más viable, y cerrando los ojos y sin aparentar sometimiento ni cosa parecida, ofrezca sus benevolencias al más poderoso, al verdadero amo, que se relamerá de gusto si recibe alguna adulación oportuna.

¡Esto es indigno!... ¡esto no es propio de una

persona que se estime!... ¡Vaya hombre, no es la cosa para tanto! Toda persona que se estime no debe ignorar que la adulación es la más poderosa palanca de que dispone el sér humano para obtener sus fines particulares, ó no particulares; el hablar y hacerle ascos á la adulación, es una tontería como otra cualquiera ya pasada de moda; ¡pues bueno estaría el médico que no adulara al alcalde, á la señora del alcalde, á los hijos del alcalde! ¡bueno estaría el médico que no adulara al cacique y á todos los suyos!; tiene que adular, y adula, vaya si adula... desde la sonrisita forzada que no se siente, hasta la caricia que se prodiga al antipático chiquillo, y desde la aparente complacencia al escuchar majaderías y disparates, hasta el saludo ceremonioso á un pedazo de bruto que supone algo, todos convendrán conmigo, quieran que no quieran, en que adulación se llama esta figura, y basta de matemáticas como decía el tío del cuento para salirse de la suerte.

Todo lugareño que haya aportado su aquiescencia ó su voto para que el médico sea el agraciado con el partido, como muy gráficamente dicen estos tíos de sus sobrinos, se cree con derecho á sus predilecciones, á más solícitos cuidados que los

demás vecinos, y guay del galeno que desconozca esto.

El cacique por su parte, así como el alcalde que si no es el mismo es hechura suya, por derecho propio tiene que recibir pleito homenaje con las frecuentes visitas del médico, y al tener en la casa ó en la familia, no ya algún enfermo, sino una de tantas insignificantes molestias, es preciso que prodigue una visita diaria por lo menos, quiera que no quiera, para que sigan dispensándole su protección y ayuda.

No puede faltar en el pueblo uno de tantos vecinos á quien todos guardan consideraciones, á quien temen aunque no lo demuestren, porque el tío este hace buenamente lo que le da la gana, campa sólo por sus respetos, porque sólo quiere aprovechar la ganga ó la expoliación, que nunca falta en pueblos que tengan monte, pongo por caso.

Este ciudadano es un insignificante al parecer, viste bien pero con tendencias lugareñas, es modesto y humilde en su trato, con un pozo de marrullería dentro de su alma y una trastienda que mete miedo; es afable con todo el mundo y con todos quiere estar bien, para que nadie le moleste

ni le estorbe; no desafina nunca en ninguna cuestión, se limita á ser un satélite ejecutor de algún perillán político de la ciudad, con quien comparte utilidades, que no hay porque mencionar, por ser varios los momios que se le ofrecen y se le vienen á la mano, y todos los acepta tuertos ó cojos, porque tiene quien lo saque de apuros en caso necesario; este pacífico ciudadano no se mezcla en nada que signifique relumbrón ni cosa parecida, deja hacer á los caciques figurones, y él se queda en la sombra ó en la oscuridad, y hace muy bonitamente el caldo gordo sin que nadie se le tercié ni ponga de por medio.

En constante correspondencia no haya miedo que le extravíen ni le abran carta alguna, como se dan casos y cosas por esos pueblos de Dios; á éste no le husmean ni por un queso, porque en el acto se les presenta en el pueblo como llovido del cielo, quien trata de llevar á la cárcel á todo bicho viviente, por supuesto sin que él haya dado la cara de frente; á este vecino no hay quien le cite á juicio, ni le cobre apremios en caso necesario, tiene excelentes agarraderas, y constituye, finalmente, uno de esos tipos de cuidado, con los que el médico no puede ni debe chocar, sino por el contra-

rio, tenerlo muy adicto por lo que *potest contingere*, recordando el conocido refrán de que debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor.

En medio de la intriga general que domina en la localidad, como en toda agrupación, y en la que forzosamente se ha de encontrar envuelto cuando menos lo piense, y sin olerlo ni cocerlo, siempre destacan por su acometividad y virulencia un par de vecinos ó vecinas, que son del mayor cuidado, capaces de todo lo increíble, no se paran en barras, y á todo trance es preciso no presentarles blanco.

Estos desahogados lo mismo sirven para un fregado que para un barrido, manejan el anónimo por un quítame allá esas pajas, y son los que más directamente sostienen la chismografía y la maledicencia, empañando reputaciones, manoseando honras, y ensuciando á todo bicho viviente que se les ponga por delante.

Desocupados por lo general, pues viven ya de alguna pensión ó socorro, ó se mantienen del aire como los camaleones, distraen su tiempo atisbando por resquicios y ventanillos, lo que hace y dice el vecino ó la vecina, saben quien entra y sale y á qué horas, y el por qué sale y entra, le llevan la

cuenta hasta de los pasos que da, y como estas alhajas tienen gran fantasía, largan cada composición original que puede arder en un candil, y sale á la circulación del pueblo, causando casi siempre alguna sensación, aunque ya se sepa de antemano el nombre de los compositores; son los eternos enredadores, que al formarse el lío se lavan las manos como Pilatos, y se las restregan llenos de satisfacción, al contemplar el mal ajeno y el daño que hayan podido causar; son los eternos envidiosos de la dicha del prójimo, la roña de las pequeñas agrupaciones, y los que apartados de una manera prudente del bullir del pueblo, ó más bien, arrinconados por el vacío que les hacen los vecinos, andan solos y extraviados, siempre urdiendo la mentira y la calumnia.

Unas razonables concesiones que fácilmente se le ocurren al más negado, siquiera por instinto de conservación, y que no hacen mal á nadie, amansarán algo á la fiera, y se verá libre (relativamente) de esas alimañas, que nunca faltan en los pueblos y en toda agrupación humana.

No puede tampoco faltar en el pueblo un personaje que goza de gran predicamento, y dispone de verdadera influencia, aunque otra cosa parezca.

Suele ser por lo general una señora viuda ó solterona vieja, que á fuerza de rezar en alta voz el rosario de las tardes en la Iglesia, ó en la ermita tal ó cual, tiene ya por derecho propio, y sin que nadie se lo dispute, el monopolio del rezo en trisagios y novenarios, triduos y rogativas; viste y engalana á las imágenes, así como cuida esmeradamente de paños y cubre altares, que los tiene como ampo de nieve que da gloria verlos.

Confiesa y comulga, por lo general, los sábados, que es el día consagrado á la Virgen, así como en las vísperas de todas las festividades de la Iglesia, y en esta sucesión de prácticas religiosas y sacristanescas, ha ido adquiriendo poco á poco fama de rezadora primero, de beata después, y hasta de santa, que no falta en el pueblo quien de tal la considere, lo que no quita para que la buena señora tenga, como vulgarmente se dice, su alma en su almario, pues le canta las cuarenta al más pintado sin morderse la lengua, que la conserva fresquecita; profesando la doctrina de que la hipocresía es la herrumbre del corazón, prefiere la franqueza para cantar las verdades, aunque malas lenguas que no faltan en el pueblo, dicen y sostienen, que es de las que tiran la piedra y es-

conden la mano, pues más de cuatro lfos se deben á su influencia y actuación, aunque ella lo niegue como es natural.

Estimado colega, tenga usted muy en cuenta á esta señora, y procure ganarse sus simpatías á todo trance.

No es raro encontrar en los pequeños pueblos algún vecino de trato suave y melífluo que se destaca de sus convecinos por su traje mestizo de *extrangis*, sin dejar sus ribetes de lugareño; metódico y disciplinado, pasa su vida en el pueblo dándose unos feroces paseos por cerros y vericuetos, recorriendo ríos y barrancos con su caña de pescar si hay río, siempre solo.

Después de haber pasado su juventud en algún rincón de las Indias ó de la China, que lo mismo da para el caso, se encontró ya madurito con un pequeño capitalejo, y un feroz dolor de estómago, que le hizo acordarse de su pueblo, y en busca de sus aires salutíferos y de sus riquísimas aguas, sentó el hombre sus reales, donde se encuentra bien de salud, que era lo que él buscaba; y como no ha conocido necesidades sociales, permanece en su pueblo tan campante, recogiendo los desperdicios y mondaduras de la necesidad, sin hacer

caso de los vecinos, que no le tratan muy caritativamente que digamos.

Le olieron en seguida los cuartos, y con el pretexto, uno de que era pariente más ó menos lejano, otro porque lo había visto de chiquitín, otro porque lo había tenido en los brazos cuando empezaba á andar, quien más quien menos buscando el lado flaco por si alguno tenía el recién llegado, le largaron el inglés, y todo eran peticiones que el buen chino ó indiano, con muy buen acuerdo, supo atajar desde el primer momento, no soltando ni una perra siquiera.

Con este procedimiento, como es consiguiente, se creó tantas enemistades como peticiones, que vinieron á aumentar el número de los que no transigen en manera alguna con el cristiano que tenga un pedazo de pan, sin que por el momento tenga que sudarlo; concluyó por tener la malquerencia de todos, pues dió en la debilidad de largar con todo secreto algunos duros con un tanto por ciento moderado primero, duro y fuerte después y usurario más tarde, hasta llegar á ser un Matatías sin entraña, que se traga poco á poco las miserables piltrafas de los vecinos.

Lo motejan de beatón, porque el hombre sin na-

da que hacer para pasar el tiempo, va por la mañana á misa y por la tarde al rosario; alejado de todos, y solo por un hongo busca el arrimo del último que llega al pueblo, ya sea médico, maestro, veterinario ó farmacéutico, y á sus faldones se agarra, para tener con quien departir y comunicar.

El médico se ha de ver asediado por este vecinito, y aunque por él sabría en el acto de qué pie cojean los demás, la prudencia nos aconsejaría el guardar una oportuna reserva, con quien lleva la enemiga y rencor de todo el pueblo, y no tener conjunción con un don Matatías, que en nada puede favorecernos, y sí en parte perjudicarnos.

En el concierto universal, ya sea en grande ó en pequeño, tocamos aunque sea de oído algún pito ó alguna flauta sin remisión, pues no podemos eludir el compromiso que contraemos al venir al mundo en plena sinfonía, y así mucho es el cuidado que debemos poner en no desafinar en la orquesta de que formamos parte, teniendo siempre presente que es preciso saber vivir donde se está, y saber estar donde se vive.

Nada más vidrioso que el sentimiento religioso y la esteriorización de este sentimiento, y mayormente al tratarse de médicos, que con razón ó sin

ella hemos estado tachados de descreídos y materialistas, y hasta prescindentes del sentimiento religioso, y si bien es cierto que ha habido un algo y aun algos, porque esto llegó á vestir bien en una época, hoy día tenemos que rechazar el sambenito de irreligiosos, que no está de acuerdo con una buena cerebración, ni con un buen sentido práctico de la realidad de las cosas.

En los pueblos no existe ni puede existir la tolerancia de las ciudades por causas fáciles de comprender, y no bien mirado será el médico que haciendo tabla rasa de las prácticas religiosas se muestre descreído ó prescindente, y haga gala de irreligiosidad públicamente.

Quien día á día observa la vida y el funcionamiento del organismo como máquina compleja y maravillosa, donde todo se afirma y se sostiene con una precisión, que no es dado el prever más que á un sér superior al hombre; quien contempla un cerebro con sus redes infinitas y sus inverosímiles intrincamientos, de donde surge la idea y el pensamiento y la noción del sér; cuando se contempla esa red misteriosa del sistema nervioso que domina el organismo; cuando se contempla la muerte cara á cara; cuando se piensa en un algo

que forzosamente tiene que presidir y que animarlo todo, no hay más remedio, si está debidamente equilibrado, que inclinar la cabeza, no hay más remedio que humillarse y rendir pleito homenaje al Sér creador y omnipotente, á quien se deben las maravillas y los misterios de que estamos rodeados.

No se debe ni se puede ser prescindente en materia religiosa, á no ser que quiera echarse encima el médico la odiosidad de todo el pueblo, y no porque el pueblo sea en extremo religioso y celoso de sus cristianas ideas, que se le solivianta en lo más hondo de su conciencia, no, señor; el pueblo conserva, como puede, sus creencias, para mí respetables, y que por muchos años sea, pesando en su balanza más la fuerza de la rutina, y el automatismo con todas sus consecuencias, que es lo que mata el verdadero sentimiento religioso, y esto es todo en puridad.

En los pueblos reina la intolerancia, como resultado del atraso en que se encuentran, y no es posible consentir á un médico que no siga las costumbres y prácticas de los demás de la cofradía.

Muy frecuente es, en el caso de no haber casino en el pueblo, la formación de una ó más tertu-

lias, en las que con el pretexto de una partida de mus ó de tresillo, se tira de la oreja á Jorge, como igualmente se despelleja á todo bicho viviente, sacándole á relucir los trapitos de la colada, allí se comenta todo lo comentable, y constituye la logia del pueblo, por el secreteo que en ella reina.

Allí acuden los avasallados, los oprimidos del cacique y del alcalde; allí se reunen las personas de más peso y autoridad, los profesionales, y de allí suelen salir las pequeñas conjuras, que de vez en cuando estallan como débil protesta á la tiranía y á la opresión.

Mucho cuidado colega, mucho cuidado...; si usted no concurre á la tertulia se creerán desairados, y ya tiene usted enemigos nada despreciables, aunque nunca es despreciable un enemigo, por chico que sea, y éstos son los más granados del pueblo; hay que transigir con ellos, y recurrir al balancin como un Blondin, y así sin descontentar á nadie, echar una de cal y otra de arena, y vamos viviendo, compañero, que de menos nos hizo Dios; aprenda á querer un envido á pares, déjese dar un codillo, y así todo irá lo menos mal posible.

El estar lo más alejado que se pueda del trato

íntimo con los vecinos le será altamente provechoso, pues el alejamiento, que no debe constituir un apartamiento ni mucho menos, le hará conservar prestigio y autoridad, que se desgastan con el roce como los ejes por muy engrasados que los tengamos; á más creo yo, que no perderá un ardite con prescindir de lo que pueda aprender de sus convecinos.

Todo pueblo tiene en sus cercanías otros más ó menos poblados con los que casi siempre cultivan cordiales relaciones, que por si unas campanas suenan mejor que otras, por si los frutos son más ó menos sabrosos, y de mejor calidad, por si el pueblo tiene más ó menos importancia, andan á la greña, y sus mozos y los que no son mozos se reparten y sacuden unos garrotazos, que Dios nos libre, y á ustedes también de ellos.

En ferias y romerías, procesiones y fiestas, cuando se encuentran vecinos de diversos pueblos, allá se arma la gorda ó la flaca, y cada día se acentúa más la animosidad, que degenera en odio y encono ya tradicionales; este odio se acentúa más, y es más virulento con el pueblo A ó B, que le disputa palmo á palmo su importancia y guapeza, y en las luchas que sostienen no se da cuartel; debe guar-

darse muy bien el médico de meterse en estos pleitos, ni hacer causa común con el pueblo en que reside.

Guarda Pablo que es podenco, allá se las hayan los descendientes de los Bereberes, y que se repartan sendos linternazos si quieren, porque no debe tomar vela en este entierro, ni menos alumbrar por su cuenta.

Si la mala suerte le deparase un choque con algún vecino, si la fatalidad le pusiese en el duro trance de entablar cuestión ó litigio, nuestro señor le proteja y lo ampare, tenga presente, que en cada lugareño se esconde un leguleyo con más teclas que un órgano, y que con ese aspecto marrullero que aparenta no saber nada, puede darle cinco y raya, y jugar con usted á bola vista; tienen la propensión al altercado, y son pleitistas por atavismo y recreación; pierda de su derecho y transija en todo y por todo, y aunque pierda, puede tener la seguridad de que ha de salir ganando así; no olvide que no basta tener razón, sino que se la den en sitio y lugar oportuno, porque esto es lo que vale; hágale pues, la cruz como al diablo á todo lo que huelga á cuestión por mejor derecho, y para evitar roces y contratiempos, tenga la pre-

vención de documentarse, y aun así no estará del todo libre de que algún ciudadano de los de á libra, que no escasean, le busque el bulto si se descuida.

Pues señor, pongamos un calderón para hacer constar que en los pueblos á la par de los tipos indicados como tropiezos, se encuentran personas y familias dignísimas de esmerada educación, de posición y valía, dignas de toda nuestra consideración y respeto, que el médico estará muy honrado si puede cultivar su trato, y así se verá que en todas partes cuecen habas, y que donde menos se piensa salta la liebre; estas personas tan apreciables se mantienen prudencialmente á una respetable distancia del trato con sus convecinos, y si bien es verdad que tienen valimiento, y se las respeta porque no se mezclan en miserias ni pequeñeces, este respeto es expresión del miedo vergonzante que tienen á su influencia y acción social, porque en el fondo de su sér, el lugareño nato no puede tolerarlos, la envidia les corroe las entrañas, y si no fuera por el temor, ó más bien por el miedo que les tienen, les armarían un rosario de triquiñuelas y de infamias para hacerles abandonar el pueblo. Esta es la verdad desnuda, y éste es el evangelio de los pueblos chicos.

Antes de terminar este punto, no es posible dejar en el tintero lo que frecuentemente se oye á muchos de los médicos recién salidos de la facultad, y que hacen sus primeras armas en un pueblo chico, y constituye una obsesión, pues lo repiten hasta el cansancio y el aburrimiento.

Esta incesante letanía é inacabable monserga de, *no es posible vivir fuera de la ciudad; la vida de los pueblos es inaguantable; que no es posible hacerse á sus usos y costumbres*, con que algunos médicos se lamentan día y noche delante de quien quiere y puede oírles, es más que inconveniente, constituye una majadería, que pone á un hombre de cuerpo entero, mostrando la hilacha de su chirumen; ofende con esto al pueblo en que reside, ofende á los vecinos con los que forzosamente tiene que alternar, y se da patente de pedante y de tonto, porque todo el mundo puede acomodarse al medio por difíciles que sean sus condiciones de acomodamiento, y así otras personas con más necesidades sociales que él, no solamente se han acomodado, sino que se encuentran muy á gusto en el pueblo en que residen, y disfrutan y aquilatan los encantos que una buena voluntad encuentra por todas partes.

Si sentimos desgraciadamente el vacío de la ciudad, si el pueblo nos causa tedio ó enojo, sino podemos abandonarlo, hay que usar de prudencia y discreción, y no dejar transparentar lo que sentimos, y si por el contrario, acordándonos de que en todas partes en que estemos, no dejamos de ser comediantes y de desempeñar nuestro papel, tenemos que mostrar satisfacción para no herir la susceptibilidad de nadie, y no sufrir las consecuencias del desvío y de la malquerencia, porque ningún pueblo, como ningún lugareño perdonan á quien desdeña ó ultraja á su pueblo, por feo y raquítico que sea.

Con esta tontería podíamos dar en la manía que tenía el andaluz aquel, que acordándose de su Sevilla, echando de menos aquel ambiente encantador y poético, con sus cigarrerías, de las que era ferviente adorador, no teniendo á mano ni la pescadilla, ni las aliñaas, ni las cañitas de manzanilla, el pobre hombre no se avenía, ni se conformaba con tener que estar en un pueblo chico y feo, alejado de sus afecciones, y así todo lo que le sucedía se lo cargaba en cuenta al pobre pueblo; iba por ejemplo de la casa en que trabajaba á un extremo del pueblo, y en lugar de tener el cuidado

indispensable con el pavimento desigual y malo de las calles, iba pensando en la musaraña, ó en alguna cigarrera de las que le hicieron más tilín; como no podía ver los obstáculos tropezaba sin remedio, y el hombre se detenía indignado y exclamaba: *pero ha visto osté que pijotero pueblo este*; como siempre tenía puesta en su mollera la imagen de algo sevillano, no podía por menos de dar frecuentes encontronazos á quien se interponía en su camino, y en lugar de pedir disculpa, no podía por menos de decir con todo convencimiento: *vaya un pijotero pueblo...*; por ser en extremo descuidado y por estar siempre en babia, rompía cuanto tenía en las manos, todo se le caía, y en el acto de hacer el desaguisado, salía á relucir aquello de, *pero ha visto osté que pijotero pueblo*.

Y el tío Pijotero le pusieron los lugareños de mote, que no se lo pudo sacar de encima en toda su vida.

Conque, ojo con el cuento.

CAPÍTULO VI

ANTE EL ENFERMO.—SUGESTIÓN QUE TIENE QUE PRODUCIR EL MÉDICO.—HAY QUE SABER ESCUCHAR.—NADA DE CHOCARRERÍAS NI CHIRIGOTAS, SINO AFABILIDAD Y DISCRECIÓN.—EL PAPEL EN LA COMEDIA HUMANA.—MENTIRA CARITATIVA.—POR LA PEANA SE ADORA AL SANTO.—ÚLTIMOS AUXILIOS Y CONSUELOS.

Ante el enfermo es donde el médico tiene que desplegar todas las dotes, y sacar á relucir los trapitos de acristianar; *aquí te quiero ver, escopeta*, porque no solamente tiene que poner á prueba sus conocimientos médicos, sino su perspicacia y su previsión, su tacto y astucia, que valen tanto ó más para el público, que los conocimientos científicos, y ante el enfermo, como éste no puede apreciar nuestra poca ó mucha competencia, se

atiene á lo que buenamente puede pescar en el momento de la visita, y por eso *aquí fué troya*.

El enfermo por su parte, como todo sér que sufre, es un egoísta de marca mayor, que quiere para sí toda la atención y todos los cuidados, y no puede consentir que el médico distraiga el tiempo en otra cosa que no sea única y exclusivamente su enfermedad, sus dolores, su estado; no puede tolerar el formulismo social con los demás de la casa, todo esto le parece al enfermo grosería y poca atención; quiere y desea ser el primero en recibir nuestro saludo, y como tiene prisa en comunicarnos sus impresiones, sus quejas y sus observaciones, que ha estado rumiando toda la noche y toda la mañana, no puede transigir con que el médico se distraiga en largos saludos y vanalidades con los de casa, cuando él se encuentra impaciente por manifestarle aquello que le causa temor ó sobresalto.

Las impresiones que lo agitan se traducen fielmente en su semblante como si fuera un espejo, y así el efecto que al paciente produzca la presencia del médico será tomado en cuenta, para obrar en consonancia, sabiendo que á todo trance debe obtener su simpatía y sumisión, y que es preciso su-

gestionarlo con nuestras maneras, con nuestro trato y con nuestra astucia.

La sugestión es uno de las más poderosos elementos curativos de que dispone la ciencia, el factor más importante para cumplir la misión que se le encomienda, y que sin esta sugestión se haría, sino imposible, en extremo dificultosa la práctica médica; no es solamente en el tratamiento de las afecciones nerviosas ó histéricas donde ejerce tan colosal influencia, y de cuya eficacia nadie puede dudar, no es solamente en las neuropáticas donde tanto se consigue con ella, es en todos los estados en que nuestro organismo decae, en que el ánimo se abate, en que el espíritu se postra, donde la sugestión que el médico ejerce sobre el enfermo es en extremo visible y benefactora; es el médico que ordena, y á quien la organización responde en seguida al mandato; es el médico que anima el ardor de la lucha que los elementos de nuestra defensa orgánica sostienen con los gérmenes de la enfermedad, y sin esta sugestión, sin esta poderosa ayuda, las energías por decirlo así acobardadas, se acurrucarían en un rincón, dejando al germen mortífero despacharse á su gusto, y hacer su santísima voluntad; merced al estado su-

gestivo, la organización reacciona y estimula nuestras energías, las despierta, las aviva, y con el nuevo estímulo, con el nuevo empuje entablan otra vez la lucha, en la que pueden salir victoriosas, como sucede en muchos casos; fenómeno que todos los días presenciamos con el enfermo; el paciente, efecto del incesante sufrimiento, del continuo penar, de la prosecución de la enfermedad, que tenaz y porfiada sigue un curso fatal, se encuentra á nuestra llegada en extremo abatido y descorazonado, está persuadido del fin que le espera, y por eso se muestra acongojado, y en su prostración no espera ya alivio ni tregua á su padecer; le examina el médico con atención y esmero, y caritativamente le dice que lo encuentra mejor, hay señales evidentes de mejoría, y el pobre enfermo se anima en el acto, su mirada es más viva, su expresión confiada, sus movimientos más ágiles, el sufrimiento ha cedido, respira con más amplitud, y en realidad se encuentra mejorado, pues recobra el sueño y descansa el pobrecillo, debido al estado sugestivo que le ha producido la visita del médico y la afirmación de que hay mejoría, cuando por el contrario existe una agravación en su enfermedad.

De la eficacia medicamentosa hay algo y aun algos que decir y que hablar, y sin poner en tela de juicio ni negar la virtud, eficacia y acción de algunos medicamentos preciosísimos de la terapéutica, la mayor parte, al ejercer su acción benefactora, no lo hacen más que por la sugestión que en sí llevan por la ordenación del médico, y sino, recuérdese los casos que se nos citan de inofensivas píldoras de miga de pan que han ocasionado tantos trastornos, desarrollando unas propiedades que no llevaban en sí.

Por eso el médico, á todo trance, debe tratar por todos los medios de ejercer esta sugestión, que tan provechosa é indispensable ha de serle con sus enfermos.

El paciente, egoísta como es, quiere que se le escuche, y el médico debe cargarse de paciencia para escuchar sin pestañear, ni interrumpir esos largos rosarios de quejas y quebrantos, esos relatos de su enfermedad cien veces repetidos y comentados, sin que pueda hacer más que encarrillar la relación, para que no divague tanto el desgraciado.

Al observar que se le escucha con paciencia y con atención, nota el contraste, con el desvío fre-

cuenta que produce en los que lo rodean, la acomodación con el que sufre, acomodación muy parecida á la que presentan los sacristanes con las imágenes y cosas sagradas, que á fuerza de tratarlas se connaturalizan con ellas, sin que experimenten el efecto de respeto y temor que los demás sienten, y esto hace que el enfermo se sienta satisfecho y agradecido, y ya es el médico santo de su devoción, que con un poco más de esfuerzo lo hará completamente suyo y lo tendrá propicio siempre, pudiendo contar con su adhesión y confianza.

El médico debe presentarse delante del enfermo correcto y afable, sin que vaya á caer, bajo ningún concepto, en la chavacanería, *por dar confianza* de chascarrillero ó gracioso, que ninguna gracia puede producir al sér que sufre.

Afable siempre, debe huir de esa severidad pedantesca de que hacen gala algunos señores del margen, olvidando que no hay ni puede haber atracción donde reside la severidad; santo y bueno es el ser formal, y que la formalidad sea la que presida todos nuestros hechos y todas nuestras acciones, pero media un abismo de la formalidad á la chavacanería.

Cuatro chirigotas, vengan ó no vengan á cuento, creen algunos que es liga segura para cazar pájaros, y se equivocan lastimosamente, pues con esa liga no se cazan ni moscas siquiera; lo que sí se caza ó se pesca es una patente de tonto ó de estúpido, que maldita de Dios la gracia que puede hacernos; dejémonos de cuchufletas, cuentos, chascarrillos, frases y chirigotas, y usando frases corteses y finos conceptos podemos cautivar la atención del que nos escucha, sin que rebajemos la profesión hasta convertirnos en graciosos de circo.

Aquí no se trata de aparecer agudo ni chispeante, ocurrente ó festivo; de lo que se trata, única y exclusivamente, es de captarse la atención y simpatía del enfermo con quien tenemos que habérmolas, y todo lo demás sobra; ésta es la fija, compañero, y todo lo demás son cuentos y coplas de Calainos.

Como de todo tiene que haber en la viña del Señor, hay médicos que les da por el defecto contrario; en lugar de divertidos y jocosos se presentan serios y cejijuntos, más solemnes que un tedeum, hablando hueco y campanudo, y que ni por un queso se apean del rígido continente que

han adoptado por modelo; *ni tanto ni tan calvo que se les vean los sesos*; santo y bueno que pequemos más por seriedad que por jocosos, pero en manera alguna podemos adoptar ademanes trágicos, que están fuera de tiesto, y que sólo servirían de acción contraproducente, pues el enfermo no puede resistir un ceño adusto ni severo ademán, en el que, sin escuchar sus quejas, le interrumpe á cada paso, cortando el relato con un *ya sé, ya sé lo que es eso; basta, no diga más; bueno, bueno, todo eso es inútil*; esto no lo tolera el que sufre, y el médico no será de su agrado, no obtendrá su confianza, no le será propicio, no podrá contar con los efectos sugestivos que tan importante papel desempeñan en la misión del médico.

Con benedictina paciencia, con maneras suaves y gesto dulce y atrayente, aunque lleve una procesión por dentro, debe actuar delante de sus enfermos, que al fin y al cabo no es más que repetir la escena, al recibir en su casa una visita, á quien hay que aparentar satisfacción y contento con sonrisitas y carantoñas, por más que nos moleste ó disguste; no podemos olvidar que para andar por este mundo de miserias y farándulas, sem-

brado de mentiras y de farsas, de fingimientos y de engaños, formamos parte de la compañía de titiriteros ó de histriones que lo componen, y tenemos que aceptar el papel que nos corresponde en la comedia humana, y, por consecuencia, que no somos más que unos comediantes más ó menos aprovechados, y desdichado el que olvida esta circunstancia. El médico, por ser médico, no está desligado de esta obligación, ni deja de pertenecer á la compañía, no señor; tiene que actuar de cómico lo mejor que pueda, y ponerse la careta clásica como todos sin excepción alguna se la ponen, y tan guapamente que nos va con ella.

Si después de escuchar el interminable relato del curso de la enfermedad, examinamos muy detenidamente al paciente, como es nuestro deber, analizando escrupulosamente los órganos y funciones, entonces satisfacemos los deseos del enfermo, y no solamente tendremos su confianza, sino que también la de la familia y curiosos, que estando pendientes de nuestra inspección, les complace nuestra maniobra y quedan prendados de nuestro proceder, con lo que habremos completado nuestra obra, pues, por lo general, la falta de observación y revisión del enfermo, la indis-

culpable manía de tomar el pulso y hacerle sacar la lengua al paciente, con que muchos se contentan, prescindiendo del examen minucioso é ineludible, hace que pasen desapercibidas muchas complicaciones, y acostumbradas las familias á la visita relámpago, al ver á un médico que se preocupa y que examina con detenimiento y escurpulosidad, en el acto establecen la comparación, y quedamos dueños del campo con sólo hacer aquello que debemos hacer, y que no podemos por menos de hacerlo en conciencia y ley de Dios.

Todo sér humano quiere ser engañado, y mucho más el enfermo aunque aparente lo contrario; él quiere saber lo que tiene, lo que padece, lo que puede temer y lo que puede esperar, todo liso y llano, sin reticencias ni atenuaciones, pues le sobra valor para mirar á la muerte cara á cara y frente á frente, y el pobrecillo lo que tiene es temor, es miedo, y con bravatas trata de ocultarlo, como el chico que de noche, al tener que subir la oscura escalera de su casa, que le causa miedo y pavor, trata de ocultarlo con cantar ó silbar con frecuencia mientras sube de dos en dos los peldaños, sintiendo intenso frío en el espinazo.

Teniendo esto en consideración, y haciendo ex-

cepción de aquellos casos, en que para seguir el tratamiento que debe implantarse, para salvar al enfermo, y cuando éste se resiste ó no se somete, es de todo punto indispensable comunicarle al enfermo su enfermedad, y los temores de que el descuido y el abandono puedan producir fatales consecuencias; fuera de estos casos tan especiales, como, por ejemplo, al tratarse de una tuberculosis incipiente ó poco avanzada, con reducido foco, en que podemos no solamente detener el progreso, sino curarla, debemos ocultarle la verdad de un peligro real y próximo, tenemos que disipar sus dudas y desvanecer sus temores, y bajo ningún pretexto ni motivo, ni por nada del mundo emplear esas brutales y traidoras franquezas, de decirle á un enfermo que se muere sin remedio, y que haga aquello que quiera y pueda, que no llevan más objeto que probar la falta de nuestros afectos caritativos y el robarle al desdichado las pocas energías de que pueda disponer.

Animos y esperanzas es lo que tenemos que infundirle, aunque sea mintiéndole caritativamente, y esta fuente excitadora de energías inicia una nueva lucha, que en algunas circunstancias opera verdaderos milagros.

Como el enfermo no estará solo como un hongo, como estará rodeado, por lo común, por su familia, aquí hay que desplegar un doble juego, pues hay que caerle en gracia á la familia, y así ir ganando el terreno. Como no es posible afinar á todas las gaitas, aquí del ojo escrutador para descubrir quién cobra el barato ó corta el bacalao en la casa, y con un poco de atención y observando gestos y actitudes, descubre el pastel, siendo, por lo general, la señora de la casa, no siendo raros los casos en que domina y manda y actúa de tirano, un chicarrón gandul, pendenciero y sin vergüenza á quien todos temen, y á quien todos obedecen; ó ya la marisabidilla de la hija, nerviosa y autoritaria, que tiene á todos los de la casa bajo la suela de su zapato; ó ya la tía, vieja, solterona, gruñona y desabrida, que por aquello de que tiene el bolsón y que puede dejarlo á quien buenamente le dé la santísima y regalada gana, todos se inclinan ante ella, y todo se lo sufren y todo se lo aguantan, y por eso es la reina y señora de la casa, quien manda despóticamente, y á quien todos obedecen sin réplica alguna.

Pues á estas entidades es á quienes tenemos que rendir parias y pleito homenaje, y hacer con-

cesiones, y así nos evitamos el hacerlo con todos los de la casa. Las impresiones del mando se irradian que es un contento á los demás con mandato imperativo, y así podemos prescindir del resto de la familia, como por consejo del cura que lo confesaba, podía prescindir aquel militar del cuento de marras de la figura de Jesucristo, con quien no se avenía, teniendo de su parte á la madre á quien había rezado algunas salves.

Del trato en general nada hay que decir que no supla en seguida la más elemental prudencia y discreción, teniendo siempre presente, como dice y repite el maestro Ciruela, que es necesario saber vivir dónde se está, y saber estar dónde se vive, y esto, por sí solo, ya tiene su migajón.

Hay otro punto que no podemos descuidar, y que aunque parezca trivial tiene á mi juicio una grande importancia á la cabecera del enfermo; al examinar al paciente, nos olvidamos de que se nos oye y se nos ve, que se nos observa, y que se siguen nuestros movimientos con verdadera ansiedad, y por eso mismo delante del enfermo debemos ocultar nuestras impresiones con cautela, porque desconfiado como es siempre, creyendo que se le engaña como á un niño, busca y trata

de indagar en nuestro semblante, en nuestros gestos, ademanes y actitudes, aquello que se le oculta, y que aunque tema en conocer la verdad, si su vida está en peligro quiere convencerse de que no es grave, ni en nada le compromete aquello que lo retiene postrado en cama.

Empleando la astucia consigue el enfermo lo contrario de lo que busca, como el curioso que sabe que se están ocupando de él, pega la oreja detrás de la puerta ó tabique para mejor oír lo que de él se dice y habla, y encuentra que lo ponen de oro y azul como no digan dueñas, en lugar de las alabanzas que con seguridad creía escuchar; y así le pasa á todo curioso impertinente, pues tal es nuestra condición; así el enfermo curioso y astuto que quiere sorprender las impresiones del médico, sólo encuentra señales de alarma y de sobresalto que le causan gran zozobra.

Es muy frecuente observar á un médico que palpa aquí, palpa allí, adobando ó amasando el vientre, ó el estómago, tan pronto frunce el ceño como se muerde los labios, fruncimientos y mordiscos que lo mismo pueden expresar la impaciencia por no encontrarse lo que se busca, ó porque no se contaba con la huésped que se nos ha metido

en casa, y que el paciente traduce por la existencia de algo grave que lo compromete seriamente, y el infeliz pasa un rato cruel sin causa ni motivo.

Otro martillea con insistencia con sus dedos haciendo sonar el tambor de caja torácica, golpe aquí, golpe allí, linternazo allá, más arriba, más abajo, unas veces suena á hueco, otras á macizo, y el médico frunce el ceño, aplica más el oído para oír mejor el ruido, contrae fuertemente la boca, larga dos ó tres hum hum... y lo que en realidad viene á demostrar, que nada saca en limpio con tanto martilleo y tanto hacer sonar el tambor; el pobre enfermo que sigue con el alma en un hilo el golpeteo y los sonidos diversos, lo traduce por que está muy dañado, y porque la cosa anda mal, pero que muy mal, y ya entra en cavilaciones y no duerme ni sosiega por creerse en peligro.

Todas nuestras impresiones al exteriorizarse son causa de alarma y de pena para el enfermo, lo que nos obliga á tenerlo muy presente para saber ocultarlas, para permanecer tranquilos é indiferentes, sin que nuestro rostro ni nuestros ademanes dejen traslucir el menor indicio que pueda hacer sospechar al enfermo agravaciones ni cosa parecida.

Cuando ya estemos connaturalizados con esta especie de gimnasia ocultista, podremos con facilidad, en el caso de sorprender algo grave é impensado que venga á agravar la situación, mostrar en lugar de la alarma y el recelo, una calma y hasta unas muestras de satisfacción que despisten al paciente, y sean para él la prueba de que todo va bien como se esperaba, y así de esta manera el pobre enfermo se le ahorran momentos de tortura y de sobresalto, y puede salvarse la situación sin que él se haya enterado del peligro que ha corrido, para que no le faltaran las energías, que tan necesarias le eran en medio de la inesperada complicación que lo puso en grave aprieto.

Esto es humano y caritativo, y ésta es la línea de conducta que debemos seguir, y que tan de acuerdo está con nuestra misión.

No escatime las visitas cuando dada la gravedad del caso son de temer complicaciones y accidentes, que tienen que ser corregidos en el acto, aquí producirán escelente efecto, y no hay el peligro de pensar maliciosamente de que se hacen y menudean para sacar bonitamente los cuartos cuando se cobra por visita; cuando tal sucede *hay puntos* que sortean la suerte, y después de

prodigar las visitas ordinarias y extraordinarias que es una bendición, mientras hay bobalicones que les quedan muy agradecidos por el manifiesto interés que han demostrado, que no es posible pagar con todo el oro del mundo, hay personas algo más avisadas que, ó les paran los pies, ó los ponen en la picota, y fama de explotadores les quedará mientras vivan.

En los partidos médicos de los pueblos, dado el ajuste previo no cabe esto, y sí sólo se desea la presencia del médico mañana y tarde, teniendo en un alto concepto al que dejando tresillos y paseos acude solícito á donde se requieren sus servicios.

Obligación del médico es y obligación sagrada, la de advertir á la familia la gravedad del caso, y el peligro de muerte que corre el enfermo, para que éste pueda disponer él arreglo de sus asuntos particulares, y si es cristiano recibir los sacramentos de la Iglesia.

A un enfermo á quien se le insinúa la oportunidad de otorgar testamento por aquello que el vulgo saca siempre á relucir de *que de muertos venimos, y que más vale un por si acaso que no un quien pensara*, no le hace maldita la gracia, porque supone que está en peligro de muerte, y que

debe disponerse para esa fatal contingencia; si después de esta admonición se le recuerda la obligación que tiene como cristiano de confesar y comulgar, que puede hacerle mucho bien, por aquello que reza la doctrina cristiana, de *que da salud al alma y al cuerpo si le conviene*, el enfermo ya sabe que esto equivale al arreglo de la maleta para el próximo viaje, y por muy entero y corajudo que sea, ha de sufrir las consecuencias del rato amargo que acaban de proporcionarle, y se abate y se entristece, y las ideas tétricas lo invaden por aquel natural temor á la muerte, á lo desconocido, y como no encuentra salida practicable, requiere médicos y consultas, y cuando la repetición de éstas no producen el resultado apetecido dentro de lo humano, cierra los ojos, y pone su esperanza en lo divino, y á la religión se entrega, confiando en ella como creyente, con lo que en parte recobra la tranquilidad que había perdido, y la calma necesaria en los momentos difíciles porque atraviesa, luchando entre la duda y la esperanza, el temor y la valentía, hasta que la inconsciencia y la insensibilidad vayan borrando poco á poco la noción del ser y del sentir.

Es lo más frecuente encomendar al médico la

misión de preparar al enfermo para que se confiese y comulgue, y hasta que otorgue testamento, por no haber en la familia quien pueda hacerlo debidamente, y por temor de que salga á relucir algún tío Tribucio, que al recomendarle que no le dijera nada al enfermo de su gravedad, ya que tanto se empeñaba en verlo antes de que muriera, y después de volvérselo á recomendar de que no le dijera nada, entra el hombre en la habitación, se acerca á la cama del pobre enfermo, y le larga el consabido... *Carape, carape con Celipe... ¿conque agonizando, eh, agonizando?*

A mi juicio no es, ni debe ser de la competencia del médico tal misión, porque originaría la alarma del enfermo, y en muchas ocasiones produciría acelerar la muerte; cuando no sea la familia, que sea el amigo, el allegado ó el vecino, pero en ningún caso el médico, por los males que podría ocasionar.

Cuando se espera un fatal desenlace, por así exigirlo la enfermedad y la falta de resistencias del enfermo, es cuando el médico tiene que extremar sus cuidados y sus atenciones, no solamente porque así debe hacerlo en conciencia y ley de Dios, sino porque de esta manera se le tolerará ó dis-

culpará en parte la defunción, que difícilmente se le tolera por una ú otra razón.

Los últimos consuelos, los últimos cuidados prodigados con paciencia y con serenidad infunden confianza al pobre moribundo, y son muy sugestivos para quien los está presenciando.

No podemos olvidar que en estos momentos se nos vigilan los gestos y los ademanes, para traducirlos cada cual á su manera, y es por eso que todos siguen con atención sin quitarle el ojo al médico, que tiene que aparecer sereno y afable, sin que caiga en la debilidad de mostrar aflicción ó descorazonamiento, pues estas exterioridades producen la alarma y la confusión, que es lo que debemos evitar en esos momentos.

En todos los casos en que personalmente debemos actuar, como disponer algo que en el momento sea necesario, ó se nos ocurra, ó ya para hacer una inyección estimulante, tenemos que proceder con reposo, con verdadero aplomo, pues nuestra precipitación y nuestra impaciencia se irradiaría á los demás, y todo resultaría confuso y embarullado, lo que está en contradicción con la misión que estamos desempeñando; el infeliz enfermo ante las lágrimas de sus más allegados, que sorprende

á cada paso, entre los sollozos que aunque lejanos oye en los momentos de atención, con las admoniciones y rezos que la religión le prodiga, el pobre enfermo por muy sereno y bragado que sea, por mucho coraje que quiera tener, se acoquina y se extremece sin poderlo remediar, lo que no quita para que por muchos que sean sus temores de muerte próxima, conserve siempre una esperanza que no le abandona, mientras vea en la cara del médico la serenidad y la tranquilidad del que nada teme, por eso que mide y calcula su estado por el que presenta el médico, y si nota atropellamientos y vacilaciones, el infeliz se ve atormentado, y no tarda en sucumbir en el mayor desconsuelo; no así en el caso contrario, que exhala su último aliento con la esperanza del alivio casi sonriente, al tener al médico á su lado que le infunde ánimo con su porte y sus maneras, que no revelan la menor inquietud.

Hay deberes de humanidad á los que ni debe ni puede el médico sustraerse, y el auxilio del médico en los últimos instantes de la vida, y su presencia hasta que el infeliz paciente haya exhalado su último suspiro, es uno de ellos y de los más importantes.

Aquí resplandece la noble misión del médico, y aquí es preciso mostrar todo lo elevado de nuestra profesión, y no debemos prescindir bajo ningún concepto ni en manera alguna de esta sagrada obligación de acompañar al moribundo en los últimos momentos que le quedan de vida.

Hay que saber traducir y comprender en todo su valor la elocuencia de esas miradas que nos dirige el infeliz, cuando ante el temor de la muerte, y sin habla ya para expresarlo, recibe la palabra cariñosa que le alienta en aquel momento; hay que apreciar aquel gesto y aquel apretón de manos que nos prodiga el desgraciado al recibir el consuelo que con la sonrisa en los labios le damos, ó el alivio á sus dolores y padecimientos que en la hora postrera podemos proporcionarle; es esto tan elocuente, tan patético, tan sublime, tan hermosamente cristiano, que un corazón sensible no puede por menos de inundarse de íntima satisfacción en poder cumplir tan sagrada, tan elevada misión, como es la que desempeña á la cabecera de un moribundo, cuando sus deudos y allegados con lágrimas en los ojos, y reprimiendo los sollozos á duras penas, ni saben ni aciertan á hacer nada, como no sea acobardarlo, y robarle las pocas

energías que le restan; sólo el médico está en su verdadero puesto, sólo él prosigue su obra humanitaria, su cristiana tarea al lado del sacerdote, que también cumple la suya, y cuando piadosamente cierra sus ojos, y al confirmar resignadamente la muerte, su figura se agiganta en esos momentos, en esas circunstancias tan solemnes.

Aquí de los Molieres habidos y por haber; aquí de esos graciosos detractores de la clase, para que aprecien en todo su valor la injusticia de sus diatribas; aquí de los estúpidos que toman al médico como muletilla de sus vaciedades; inclínense ante la augusta magestad del hombre que vela por sus semejantes, que lo atiende y cuida en sus enfermedades y dolencias, que alivia sus dolores y tormentos, que prodiga esperanzas y consuelos, y que acompaña al sér con solicitud y cariño hasta que deja de respirar, cerrando piadosamente sus ojos.

CAPÍTULO VII

EL MÉDICO ANTE LA AUTORIDAD.—REQUERIMIENTOS Y COMPROMISOS.—CERTIFICACIONES.—SECRETO MÉDICO.—CASOS DE IMPOSIBILIDAD DE HACERLO EFECTIVO.—INTERVENCIONES CRIMINALES.—EXENCIONES.—INCAPACIDAD LEGAL.—CERTIFICADOS DE DEFUNCIÓN.

Aquí te quiero ver, escopeta, puedo yo decir al iniciar este punto, aunque no haga sino pasarlo como por ascuas, porque quema. Todos van á recurrir al médico, no para que cumpla con su deber y obre en justicia, sino pidiendo todo lo contrario como la cosa más corriente del mundo.

Para estas gentes nada significa el mentir, el certificar y hasta el jurar en falso, éstas son para ellos cosas demasiado triviales, para que merezcan tomarse en serio; para éstos el médico debe

suponer muy poco, cuando se le cree capaz de mentir, certificar y jurar en falso como en un barbecho, ó lo que es lo mismo, un individuo que carece de conciencia, honor y estimación de sí mismo, que, como se ve, *no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano.*

El médico que tenga que intervenir ante la autoridad, ya sea como perito ó por medio de informaciones y certificados, en el acto ha de verse asediado por los interesados en el asunto, solicitando que tuerza su conciencia y les favorezca en esto ó aquello, prevalidos, ya de la amistad, ya queriendo cobrar con réditos el servicio ó la atención de mayor ó menor cuantía de que hayamos sido objeto.

El que quiere hacer constar una imposibilidad sin razón alguna; el que pretende eludir citaciones y comparencias; el que tiene precisión de justificar una inasistencia y quiere pasar por enfermo; el que pide un juicio y pronóstico grave en casos simples; el que á toda costa quiere que se prolongue un tratamiento para que recaiga más pena y responsabilidad; todos acuden al médico en demanda de una injusticia, de una mentira, de una infamia, con la más grande desvergüenza; y como

no es posible que el médico se doblegue á tanta y tanta maldad, no solamente porque la justicia, la rectitud y su honra así lo exigen y así lo mandan, sino porque el médico no puede ser tan inocente y tan cándido como pajarito caído del nido, que por hacerle el gusto á un amigo, deudo ó conocido, quede él prendido entre las redes de la justicia, y aquí sería Troya en poder del papel sellado.

Para la inmensa mayoría de los mortales, el sentimiento de delicadeza, de honradez y de justicia, es una preocupación tonta y falta de sentido; y por esta razón, ante la negativa del médico, pronto viene el enojo y el rencor, y aparece el enemigo dispuesto á tomar venganza del que sólo con una plumada, que nada significa, podía haberlo salvado.

En casos de esta naturaleza, que son graves realmente, hay que parar el golpe que se nos viene encima con nuestra negativa, y así no nos queda otro remedio que atemorizar al postulante con hacer una denuncia ante la autoridad, para que, en vista de esta amenaza, lo tengamos á raya en lo posible.

El médico principiante que, por lo general, no

tiene malicia, ni la supone en los demás, puede caer muy fácilmente en la sensiblería de extender una certificación sencilla de complacencia al amigo, ó al protector, ó al pariente, ó al diablo que nos la pida, ya sea dándolo por enfermo y así poder burlar una citación ó disculpar una inasistencia; y como esto, al parecer, carece de importancia, y se pide como quien pide fuego para encender un cigarro, el médico no titubea en certificar que don fulano de tal está padeciendo de una *itis* cualquiera, que le impide salir de su cama por el riesgo que pudiera correr en pleno estado febril.

Los testigos, ó la parte contraria, ó uno de tantos perversos que no faltan por todas partes, aseguran haber visto al supuesto enfermo á tal hora, en tal sitio, y demás del caso, y al probarse, lo que no cuesta gran esfuerzo, queda mi joven amigo y compañero en poder del Juez, que no son rosquillas lo que ha de darle, no señor, sino muy malos ratos, y gracias que pare en eso, en atención á la sorpresa de que ha sido víctima, ó á impremeditación al dispensar el gratuito servicio que de él se solicitó.

Mucho ojo compañero, no se deje usted sor-

prender por nadie ni por nada, porque donde menos se piensa salta no la liebre, sino un disgusto de órdago.

La marrullería de algunos vecinos suele encubrirse con el manto de la candidez y de la simpleza, y como quien nada dice ni nada hace, y al soslayo siempre, largan un anzuelo para pescar del médico desprevenido lo que padece fulano ó zutano, ó la fulana ó la perangana, en tono de interés y conmiseración y como pariente, porque en los pueblos todos están emparentados, ó ya como amigos de la mayor confianza, que todos lo aparentan, aunque no lo sean; pues este tío Marrulla tiene el encargo de averiguar lo cierto que haya en lo que se dice, de si el mozo tiene ó ha tenido, ó si padece, ó si ha quedado algo de aquello, ó de lo otro, ó de lo de más allá, porque hay de por medio asuntos casamenteros, y antes de cerrar tratos quieren estar al tanto, por si conviene ó no conviene.

De la otra parte necesitan estar seguros de si es ó no es cierto lo que se decía por el pueblo, de si la chica padecía ó no padecía, de si tenía ó no tenía una fuente abierta ó cerrada.

Otro tío Maula, con una beatitud que encanta

y con el ademán más seráfico que un san Francisco, se conduele de la enfermedad que viene de padres á hijos, y que se transmite hasta los más robustos y rozagantes, y que es una verdadera lástima, y que como pariente ó amigo, como el otro de marras, se interesaría de que en el caso de estar ya dañado, y sin que los interesados lo sospecharan en lo más mínimo, deseaba saber lo que podía y debía hacerse con el pobrecito ó pobrecita.

¡Ojo, compañero! ¡mucho ojo con morder el anzuelo!... Estos tíos ladinos harán los imposibles para descubrir lo que está oculto, ó para esclarecer la verdad por escondida que se encuentre. Hay que desconfiar de condolencias, y no dejarse sorprender, porque el recato profesional nos impide manifestar á Perico de los Palotes lo que padece ó tiene cualquiera de nuestros enfermos; entra, ya que no en el secreto médico, en la más elemental prudencia y discreción el no manifestarlo, sea lo que fuere y pídale quien lo pida, pues así es como tenemos que corresponder á la confianza que de nosotros se hace, y así es como se conquista la estimación y el respeto.

El secreto médico es uno de los puntos que en

muchas ocasiones choca con nuestra honradez y con la justicia; el médico se encuentra metido en un brete del que no acierta á salir por muchas vueltas que dé; el secreto médico le manda y le obliga á ocultar una enfermedad, porque de hacerse pública se pueden perjudicar los intereses y la honra tal vez; la dignidad y la honradez no le permiten que ocultando el caso como se le exige, sea un cómplice de una infamia que se trata de cometer, ó de un crimen, y como encubridor puede y debe caer en la acción de la justicia.

Aquí de Dios que me matan... ¿A quién atiendo, á mi conciencia ó al secreto profesional? Yo creo que por encima de todo y á pesar de todos los secretos profesionales del mundo, que en puridad no son, en muchas ocasiones, más que utopía pura, antes que ser encubridor y cómplice, está la honradez y la justicia, y á lo honrado y justo debemos atenernos.

Veamos un caso supuesto:

Se requieren con todo sigilo nuestros auxilios á las altas horas de la noche, y asistimos á un parto, exigiéndonos el secreto profesional para que nadie llegue á sospechar del caso.

Al día siguiente la autoridad recoge un niño

recién nacido encontrado en un pozo, y se dirige al médico para que declare si ha asistido á algún parto, y que bajo juramento descubra á la parturienta supuesta de infanticidio.

Si guarda el secreto médico, burla la acción de la justicia y es cómplice y encubridor de un crimen abominable; si, apurado por la autoridad, no tiene más remedio que declarar, bajo juramento, su actuación y descubre el secreto, falta á su deber profesional.

El principio más elemental de moralidad resuelve este conflicto de una manera terminante; el médico que no puede hacerse cómplice del crimen y lo descubre á requerimiento de la autoridad, no falta á sus deberes, y sí cumple un deber altísimo de conciencia y de honradez; para ocultar una falta de ese calibre, no se necesita recurrir al crimen y hacer cómplice de él á una persona honrada y digna, y si no es posible el ocultarlo, la maternidad redime cristianamente á la desgraciada, sin que tenga que manchar su conciencia con el mayor crimen que un sér puede cometer, matando á sus propios hijos.

El médico no puede encubrir crímenes, y sí ayudar á la justicia, como todo ciudadano tiene la

obligación de ayudarla; á esto debemos atenernos, según mi opinión, en casos semejantes, porque hay circunstancias en que es más difícil poder salir del paso sin quebranto alguno, como en este otro caso:

El médico tiene una estrecha vinculación con la familia A, á la que le unen de antiguo estrechos lazos de amistad, que cultiva en un afectuoso y continuo trato social; esta familia le comunica las recientes aproximaciones del joven B con la señorita A, y se le pide opinión y consejo como íntimo de la casa.

El médico asiste secretamente al joven de una enfermedad rebelde y tenaz, que podría no curarse, con el aditamento de ser de fácil transmisibilidad; se le ha exigido al médico el silencio bajo secreto profesional. ¿Qué hace mi hombre, descubre ó no descubre el pastel?

Si guarda el secreto, falta al amigo y se hace cómplice de una infamia; y si lo descubre, cumpliendo un deber de conciencia, de humanidad y de amistad, el secreto profesional cae por los suelos.

En este caso y otros similares, lo primero no acepto el secreto tan decantado, y al interesado

le participo la necesidad en que me veo de descubrirlo á la familia si no desiste de sus pretensiones, y ante la insistencia, cumplo con mi conciencia y con la amistad, y por si van ó no van bien dadas, me pongo el revólver en el bolsillo, y espero los acontecimientos.

Este caso concreto no disculpa á mi juicio los frecuentes oficiosos entrometimientos de algunos médicos, que con un interés amistoso ó una dudosa solicitud, sin que nadie se lo pida, sin que nadie se lo exiga, y sin tener vela en el entierro, descubren á la familia de uno de los novios la presencia de una enfermedad oculta, como tuberculosis ó lesión cardíaca, en vista de la cual, y por la gravedad ó peligro de muerte que entrañan, desbarata un matrimonio, destroza ilusiones y proyectos, y sume en la desesperación á dos seres que merecerían ser dichosos.

¿No hay la posibilidad de que el médico pueda equivocarse, y de que no sea exacto el diagnóstico que haya formulado? En casos de certeza, de estar plenamente confirmado, ¿puede y debe el médico manifestarlo, sin que nadie solicite ni su consejo, ni le pidan datos que vengan á rectificar dudas?

La conciencia es tan elástica y tan acomodati-

cia, y las entendederas tan diversas, que aquí puede tener cabida la más fina y sutil delicadeza, y hasta la prescindencia más absoluta; yo por mi parte como no me creo ejercer de desfacedor de entuertos, me atendería al refrán *donde no me llaman ¿qué me querrán?* y dejaría navegar al mundo por el piélago inmenso del vacío.

Hay en el mundo (no una España y en España un Aragón, como reza el cantar), sino cada tío que no tiene desperdicio, y con más agallas que un besugo, y con la mayor lisura y la desfachatez más escandalosa propia del perverso ó mentecato, se acerca al médico, y en tono misterioso, y con los más solemnes preámbulos, y validos de la confianza que inspira un señor tan ilustrado y tan bondadoso (malo cuando abre marcha la lisonja), pide que se libre de la muerte y la deshonra á la familia tal ó cual, pues de llegarse á saber, y ya no podría ocultarse por mucho tiempo, sería la muerte de la pobrecita, que está resuelta á suicidarse, antes de aparecer deshonrada; un medicamento que podría sigilosamente buscarse en la ciudad salvaría el conflicto, y se pide vida y honra al que puede sacarles de un apuro tan grave, y de una situación insostenible.

Compañero, alerta... no olvide que con píldoras de inofensiva miga de pan se ha producido el aborto, ejerciendo una sugestión típica, y con estas pildoritas salir el médico á relucir en los tribunales, ante los que no le valieron las excusas de haber salido del paso y evitar el compromiso, administrando como remedio heroico la inofensiva miga de pan.

Mírese en ese espejo y aténgase á lo que dice el proverbio: *A quien Dios se la de, san Pedro se la bendiga*, y esto es lo correcto, porque la maternidad lava la culpa, y el médico no puede actuar de asesino ó de matarife bajo ningún pretexto ni motivo alguno.

Yo ya sé que existe un criterio amplio sobre esta cuestión, y que hasta constituye escuela en ciertos pueblos; piensan que no constituido ni formado el sér todavía en los primeros meses de la vida, sin actuar de asesinos se puede intervenir, para evitar la muerte, la deshonra, y la perturbación á los seres hechos y derechos, y como esto es para ellos más importante que la conservación de lo que está por venir, no titubean en intervenir directamente, y con todo desparpajo y sin importarles un ardite, libran de la pesadilla á una familia,

como quien interviene para aliviar un dolor de muelas, ó cosa parecida.

Por estas tierras no las gastamos tan anchas las alpargatas, nuestro calzado es más estrechito, gracias á Dios, y por eso rechazamos con indignación, como un insulto la más leve indicación de una acción semejante; nuestra misión es más elevada que todo eso, y no aceptamos ni siquiera la posibilidad de que exista entre nosotros médico alguno que tenga la convicción de tales ideas, reñidas con las más elementales nociones de honradez y delicadeza.

La actuación del médico en las exenciones del servicio militar ha de proporcionarle ocasión y motivo, para conocer á fondo á los bueyes con quien ara; se verá asediado, se verá perseguido por todo el mundo, lloverán ruegos y recomendaciones, visitas y conferencias, para ver si consiguen lo que pretenden, á pesar de la ley y de la razón; no se darán por vencidos, llegarán muchos á querer comprar por cuatro perras, ó dos celemines de alubias, ó garbanzos, al médico, y aquí para no cargar con la odiosidad y romper amistades y vinculaciones, precisa un tino y tacto especiales, haciéndoles comprender la imposibilidad de compla-

cerles, y por todos los medios imaginables eludir cuestión tan enojosa, que puede comprometerlo gravemente, si sale á escena un perjudicado, que nunca falta; cuando ya haya conquistado fama de recto y de probo, podrá orillar estos asuntos como la cosa más fácil del mundo.

Así como es lo más frecuente ver en los pueblos por calles, plazas y vericuetos á unos desgraciados seres, que haciendo visages y escentricidades ostentan en sus manías la ausencia de la razón, y así perseguidos é impulsivos, extraviados ó neuróticos, todos, en vez de buscar para ellos en la reclusión el alivio y la curación de su vesania, campan por sus respetos, y nadie trata de auxiliar á estos pobres desgraciados, de igual manera, no es raro encontrar también en los pueblos casos en los cuales se trata de hacer pasar por loco al que no lo es, para los fines utilitarios diversos que pueden presentarse.

Irascibilidades de carácter, concentraciones de espíritus por causas secretas, pesares ó estigmas histéricos más ó menos acentuados, sirven de pretexto á los interesados en la faena; el médico que no ha cultivado especialmente esta materia, que no ha tenido clínica en que poder estudiar ni apre-

ciar estos estados intermedios entre la razón y la locura, puede caer en el lazo que le han de tender, para obtener el certificado de incapacidad, ó la declaración de tal, ó la exposición de hechos confirmatorios, y ante eventualidades de esta índole, lo mejor que podemos hacer, y para no caer tampoco en responsabilidades, es á mi juicio no afirmar nada, sino ponerse en la posibilidad, no hacer declaración alguna terminante, que nuestra carencia de conocimientos no nos permite formular, pues sólo los especialistas, los que han hecho clínica en los manicomios, después de escrupuloso y continuado examen pueden opinar, y dar por resuelto el caso con la autoridad de su competencia, limitándonos nosotros á pensar en esto como el vulgo, *de que no son todos los que están, ni están todos los que son.*

La sabiduría popular nos enseña que *en la confianza está el peligro, y que hombre prevenido vale por dos*, y por algo ha llegado hasta nosotros el refrán, porque debe ser la desconfianza una de las características del médico titular, sobre todo, pues esta misma desconfianza nos salvará de muchos tropiezos, y nos evitará muchas dificultades.

En los partidos que están constituidos por la

agrupación de varios pueblos, es lo frecuente el que el médico sin que vaya á comprobar una defunción por su largo y penoso camino, ó por otras causas, ó por no molestarse, certifica como en un barbecho, dando por causa de la muerte el padecimiento A ó B, por el que dispensó sus servicios profesionales en fecha más ó menos reciente.

¿Sabe ó le consta que no ha habido intervención extraña?

¿Sabe si la muerte ha sido ocasionada por el curso de la enfermedad ó por una causa accidental criminal ó no?

No serán pocas las ocasiones en las que una certificación médica expedida en esos pueblos con todo candor, y fiados en la veracidad y honradez de quien la solicita, no haya encubierto algún crimen, fruto de la codicia, de la impaciencia en adquirir los bienes, ó de alguna venganza, que todo cabe en corazones perversos.

Ya que no sea fácil y hacedero el practicar autopsias, en casos en que el médico no tiene pruebas inequívocas, debemos hacer una inspección minuciosa del cadáver, para en parte aportar las mayores probabilidades de una muerte natural.

A parte de esto, que es tan delicado y tan es-

cabroso, y que afecta á lo íntimo de nuestra conciencia, tenemos con los certificados de defunción una gran causa de desprestigio, que nos pone, ó puede poner en la picota del ridículo; seguimos el curso de una enfermedad y aparte de las comunes donde claramente podemos evidenciar y prever la muerte, y verla venir, como vulgarmente se dice, hay otras en cambio, donde suspendidas aparentemente las funciones, damos por muerto al que sólo se encuentra en un colapso, ó estado parecido; se alborota la familia, el sacerdote reza y administra los auxilios del caso, doblan las campanas, rezan los vecinos por el alma del fulano de tal, y el médico extiende el certificado de defunción para que pueda ser enterrado.

A las pocas horas cambia de decoración; el presunto muerto levanta la cabeza, y después del pánico y espanto consiguiente, como un resucitado es recibido con más ó menos alegrías, que de todo puede haber y hay en la viña del Señor, quedando el médico en una situación humillante y triste.

Si en lugar de extender certificados, fuésemos á la casa para hacer la constatación de la muerte, con todos los medios que tenemos á nuestra disposición, no nos encontraríamos en estos casos,

que no por ser excepcionales dejan de presentarse, para castigar ó nuestra impremeditación, ó nuestra ignorancia, ó nuestra pereza; así pues, debemos atenernos al refrán *más vale un por si acaso que un quien pensara, porque de precavidos es el mundo, y de hombres prudentes el dudar de todo y de sí mismo.*

CAPÍTULO VIII

ANTE LA CIENCIA.—DIFICULTADES PARA SEGUIR EL DESARROLLO DE LA CIENCIA MÉDICA.—LIBROS Y REVISTAS, NECESIDAD DE UNA GACETA GRATUÍTA.—LABORATORIOS DE ANÁLISIS.—NECESIDAD DE PUBLICACIONES PROFESIONALES GRATUÍTAS.—SECRETOS CURATIVOS.—DIGNIFICACIÓN DE LA CIENCIA.

Todo aquel profesional que cultiva una ciencia, para sacar de ella el provecho que se proponga más ó menos especulativo, pues no hay que creer en conjunciones platónicas de puro y desinteresado amor, ni aun en la época del romanticismo, tiene que estar en constante comunicación con ella como es natural.

De igual manera el que se dedica á la ciencia para de ella sacar el pan nuestro de cada día, como

el enamorado que ya lo tiene asegurado, y sólo busca nombre y satisfacciones, todos por cuenta propia, por lo que puede interesarles, tratan de estar al día, y de ponerse como quien dice al habla con ella, pues no se concibe, ni es posible concebir otra conducta y otro modo de ser; así, el abogado se apropia leyes y jurisprudencias, estudia fallos y sentencias, y en la Gaceta y en las revistas de tribunales, y en las obras de sociología, encuentra sus materiales, y sigue el desarrollo de la ciencia jurídica, al igual de otras ciencias, que en periódicos, revistas y especiales publicaciones se encuentra todo lo que interesar puede á los profesionales.

En medicina no faltan revistas ni publicaciones, numerosas son en verdad, aunque no todas llenen las necesidades profesionales ni mucho menos, pues circulan por esos mundos cada historia clínica y cada considerando... unas elucubraciones y unos resoplidos pseudo-literarios, que merecen pasar á la historia, ya que tan fácilmente pasaron por las redacciones, que sin verlas siquiera ni menos corregirlas, les pusieron el visto bueno y allá de los autores, sin tener en cuenta que hay que ayudar al principiante y estimularle debidamente;

de todas maneras ante los periódicos profesionales queda el médico turulado y suspenso, al encontrar novedades que le sorprenden, hechos que no acierta á comprender, y estudios para él tan extraños que se queda después de su lectura, si es que ha tenido la paciencia de leerlo, como el negro en el sermón, con los pies fríos y la cabeza caliente; y es que el progreso médico, el adelanto de la ciencia, la rápida evolución que en ella se opera es tan sorprendente, que sólo limitando su esfera de acción á una especialidad, es como puede el médico aprovechar los conocimientos, y seguir el movimiento científico de la materia á que se dedique, ó le sea predilecta.

El llamado médico general que tiene que servir lo mismo para un barrido que para un fregado, que á más de un buen clínico tiene que ser operador, comadrón, oculista, dermatólogo, práctico en análisis y operaciones de laboratorio, prescindiendo de tanta y tanta especialidad que creo ocioso el mencionar, este buen señor tiene sobre sí una tarea abrumadora, con sólo enterarse por las revistas del desarrollo de estas materias; hay que concederle un cerebro excepcional y una resistencia inverosímil, si ha de quedar enterado; pero como

el buen señor, sobre todo en los pueblos rurales, se ve y se desea para llenar cumplidamente sus obligaciones profesionales, ni tiempo le sobra, ni ganas le quedan para leer, sino sólo deseos y necesidad de descansar su cuerpo, molido y zaran-deado de tanto subir y bajar, entrar y salir á todas horas, traído y llevado de Ceca en Meca sin descanso ni sosiego.

Pues si á pesar de estos molimientos es tanto su afán por saber y adquirir conocimientos que le faltan, ¿de dónde va á sacar este buen hombre para revistas y libros? ¿De dónde? ¿Cómo es posible que del poco trigo averiado que le dan, como si fuera una limosna, pueda quedarle lo suficiente para periódicos profesionales y obras, que aunque no fueran de elevado precio como lo son, exigen dispendios que no tiene?

Gracias con que el médico esté suscrito á un periódico profesional baratito, y por él pueda medir el atraso en que se encuentra, y lo mucho que tiene que aprender; sólo le queda de sus relaciones con la ciencia médica, lo que á esos enamorados platónicos, el ricito y las cartas amorosas, que se guardan cuidadosamente en el cofrecito de los secretos, y que de vez en cuando se les

contempla con pasión y con deleite, trasportándose á la edad feliz de sus amores; así de igual manera, el médico tiene que conservar los conocimientos que sacó de la facultad, y contentarse con ellos repasando sus libros y sus apuntes, único tesoro de que puede disponer.

Exigirle otra cosa es un colmo, y una atrocidad, dados los elementos de que dispone para su vida, y para el sustento de su familia; y así es preciso contemplar y tolerar á esos desgraciados médicos ya pasados de moda, que cristalizados en un miserable pueblo inspiran lástima y conmiseración.

¿Por qué no hay una Gaceta médica oficial, que con acopio de datos, noticias y extractos de lo más culminante de la ciencia del día, se reparta gratuitamente á los médicos, y sobre todo á los médicos titulares? ¿Por qué no se difunden de la misma manera, y en ediciones económicas las obras más salientes de la ciencia que sean indispensables para el médico en ejercicio?

Esto está llamando á voces el sentido práctico, y la necesidad, como medida ineludible para impedir el lastimoso atraso profesional en nuestra patria; medida oportuna y de justicia que reclama el interés general, y que en último caso no sería muy

onerosa para el Estado, y sí en extremo beneficiosa para todos, como fácilmente puede comprenderse.

Aparejado á esta medida se hace indispensable, para que el ejercicio profesional sea cual debe ser, en bien del médico, y más todavía en bien del pueblo y de la humanidad, que el Municipio disponga de un laboratorio de análisis, modesto y práctico como es de absoluta é imprescindible necesidad en la actualidad.

Esto no es divagar, ni andar por los cerros de Ubeda, ó por las montañas de la luna, no señor; no es esto pedir cotufas al golfo, ni solicitar gollerías, es aquello de lo más elemental y sencillo que debe haber en todo pueblo; es tal el progreso médico en la actualidad, que hay que acomodarse á él de todas maneras, y no permanecer estacionados, cuando las ciencias auxiliares nos prestan su ayuda poderosa, y con ellas tenemos que actuar, para practicar el ejercicio corriente y usual de la profesión con conciencia y eficacia.

Un análisis de orina, hecho cual debe hacerse, cualitativa y cuantitativamente, es no solamente el que encarrila ó corrobora el juicio médico, sino que sirve de guía en el curso de las enfermedades

para poder intervenir con provecho y con conciencia.

Un análisis de esputos, de sangre, de una falsa membrana, de pus, de un producto cualquiera, tiene una importancia tal, es de tal transcendencia, que no se concibe el ejercicio actual de la medicina sin su concurso; no es posible seguir científicamente un tratamiento, ni corroborar, ni aclarar un diagnóstico sin su ayuda, y por esto en bien de todos, los Municipios están en la ineludible obligación de tener un modesto laboratorio de análisis, de igual manera que en las pequeñas localidades donde no hay farmacia, se dispone de un botiquín puesto al servicio del médico.

Dado caso de que á los Municipios se les obligase, como debiera hacerse por un decreto, ó por una ley especial, el planteamiento; y dado el supuesto remoto de que fuera un hecho esta tan sentida necesidad, ¿quién cargaría con el mochuelo? ¿Quién sería el encargado de él para hacer los análisis necesarios?

No hay que apurarse por tan pocas cosas; supongo que no se les ocurriría endosarlo al médico para que no dé el resultado apetecido; si este pobre señor no puede con su alma, dejémosle tran-

quilo y que ejerza funciones de inspección solamente, pues nadie mejor que el farmacéutico, dados sus conocimientos y dada su competencia en los análisis químicos, podría desempeñar esta misión honrosa, y nadie mejor que él corresponder dignamente á esta sentida necesidad, y seguro estoy de que la clase farmacéutica prestaría gustosa estos servicios, en bien del pueblo y en bien de la humanidad.

Para la ayuda que el laboratorio precisa, puede encontrarla y muy acertada y competente en los ministrantes de los pueblos, que con los conocimientos que se les exige y los que especialmente tendrían que adquirir para este puesto, dignificarían más la clase, y no se reducirían á sangrar y poner sanguijuelas, que poco ó nada se usa en la actualidad, ni menos á limitarse á hacerle la barba al *sursum corda*, como hacen actualmente.

Hágaseles idóneos en prácticas de laboratorio y auménteseles la dotación, y así se completaría la marcha regular del servicio, que tantos beneficios había de reportar; el progreso y el adelanto de la ciencia así lo exigen, y la clase médica debiera emprender la cruzada, y no cejar hasta que

fuese una realidad lo que tanto interesa al médico, al pueblo, á la humanidad y á la ciencia.

El médico que no ejerce su profesión á la buena de Dios ó al tum tum, lleva, como es consiguiente, su registro de observaciones y resultados, los que si se estudiaran con atención y minuciosidad, muchas dudas podrían resolverse, y muchos juicios afirmarse ó rectificarse, por la suma de resultados que son inapreciables para muchos puntos no bien definidos en la actualidad, y en los que tan directamente tiene que intervenir la estadística.

Las revistas y periódicos profesionales admiten paternal y cariñosamente las comunicaciones, notas é historias clínicas que se le envían, y así, sin dispendio alguno, puede hacerlo el médico cómoda y económicamente, puesto que nada se cobra por su publicación.

Cuando el tío Perico ó la tía Sinforosa llegan á entender que el médico de su pueblo anda en letras de molde, se santiguan asombrados; si los profesionales y la gente granadita ven que el médico escribe artículos y publica observaciones médicas, abren mucho los ojos, porque eso de andar por los periódicos, y codearse con los hombres de ciencia, significa mucho, piensan ellos, y

las acciones del médico suben que es un contenido, y se cotizan en plaza siempre que salgan al mercado.

Por eso mismo muchas veces he oído decir al maestro Ciruela, que el escribir en los periódicos profesionales y hasta en los políticos equivale á elevarse tres codos del resto de sus convecinos; no importa que los primeros trabajos nos salgan algo tuertos ó cojos; eso es *pecata minuta*, pues con el uso, con la costumbre escribiremos *tal-cualejamente*; lo principal es cumplir con el deber y cortesía para con la ciencia, y porque en el cumplimiento de este deber encontramos una compensación, que no podemos en manera alguna despreciar *de bóbilis bóbilis*.

Si en este teje y maneje con las cuartillas y con las letras de molde puede el médico hacer un pinito, y escribe algo que tenga páginas, capítulos é índice, bien encuadernadito, entonces el delirio; sin que nadie pueda estorbárselo, entra de rondón en la categoría de los médicos ilustrados, de los eminentes, como seguramente le dirá algún suelto ó atado de la prensa política, y ¡guay si repite! que entonces es posible que le cuelguen el título de sabio, así como suena, ó *mocosuena mocosuene*.

Un libro supone erudición, ciencia propia, ideas originales, capacidad científica, y todo esto *tiene que salir de la cabeza del sabio*, ó poco menos, como supone el vulgo ignorante, que es el que más abunda; cuando, en puridad, un libro puede enjaretarlo el atrevimiento y la audacia, sin que contenga más que cuatro vulgaridades (como el presente, pongo por caso), ó sea la copia ó la transcripción de lo que otros han dicho, ó sea lo que quiera, la cuestión es que sea libro.

Los convecinos del médico se hacen cruces, lo miran con un respeto y con un asombro, que bien claramente dan á entender que tienen en casa á un sér superior y privilegiado, á quien hay que conservar á todo trance, cueste lo que cueste.

El día en que con oportuna y zalamera dedicación envía un librejo al alcalde, al cacique, al cura párroco y demás entidades del pueblo, forma época, y á buen seguro que hemos de tapar con él muchas bocas, que no se abren en alabanza nuestra, por cierto, y se acallan los malos conceptos que se tendrán para nosotros con razón ó sin ella.

Un libro viste mucho y hace elevar el concepto que de nosotros se tenía formado, aunque sólo digamos cuatro tonterías, ó repitamos los socorri-

dos lugares comunes de algún punto trasnochado, el asunto principal, si nos falta ciencia, es estar encuadrado, y hay que procurar de que á uno le encuadernen de cualquier manera para los efectos consiguientes.

En el ejercicio corriente de la profesión, ya sea debido al esfuerzo intelectual, á una observación persistente y atenta, ó que haya podido sonar la flauta por casualidad, se encuentra el médico con un tratamiento ó medio terapéutico con el que obtiene felices resultados en el tratamiento de una enfermedad ó dolencia determinada; con él obtiene con seguridad más curaciones que sus compañeros, y debido á esto se le llama y busca para viajes y consultas; el hombre se ha creado un nombre, y como llovido del cielo le llegan recursos, que en algo alivian su situación y que tal vez puedan constituir un ahorro.

Como se trata de un medio ó procedimiento con el que se obtiene, en bien de la humanidad, un feliz resultado, parece que debemos llamar á consejo ó junta de rabadanes, para allí comunicar el resultado, modo y manera de obtener la curación, á fin de que los compañeros queden enterados, y puedan emplearlo en bien de la humanidad.

Esto es lo que parece natural, y así creo yo que debe procederse en conciencia, comunicando el resultado obtenido y facilitando todos los datos que puedan ser necesarios, para que la clase médica pueda ponerlo en práctica; debe ser éste un deber ineludible, imprescindible en decoro y en delicadeza, pues su ocultación supone una ruindad y un egoísmo que no se avienen con lo elevado de nuestra misión genuinamente altruista y cristiana.

Ésta, según parece, debiera ser nuestra línea de conducta, pero á pesar de esto, el maestro Ciruela en la última edición de su Gramática dice de una manera terminante, que si el médico se encuentra necesitado, y si con el procedimiento encuentra los elementos que reclama su prole, si en él estriba su renombre, tiene que tener presente aquello de primero yo, después yo y siempre yo, y al prójimo contra una esquina.

Déjese de quijotadas, y sea el primero y único en aprovechar el descubrimiento, como hacen y han hecho la mayor parte de las celebridades modernas, y cuando ya esté exprimido el limón, sea entonces generoso y dé á conocer á todos su secreto; esto dice el célebre maestro, verdadera au-

toridad en la materia, pues si los grandes hombres se aprovechan de descubrimientos, debidos á su ciencia, á su observación é inducción científica, al azar, ó colaboración de algún ayudante, que de todo hay, no debemos exigirle á un pobre hombre, que en el momento de dar con un gazapo, eche las campanas á vuelo, y entregue, al primero que llegue, el fruto de su trabajo intelectual, sin que le quede el recurso que tiene el literato, músico ó dramaturgo de cobrar propiedad literaria, por hacer gustar á los demás aquello que le pertenece.

Mire compañero, no sé cuál será su modo de ser y pensar sobre este punto; por mí sé decirle, que si me encontrase en un caso análogo, seguiría los impulsos de mi conciencia, y así saldría del paso; cree el harto y ahito que debe condenarse á pena de azotes al que roba un pan para matar el hambre que lo acosa, y otra cosa sería con guitarra, no pensaría seguramente de igual manera, si sintiese esta imperiosa necesidad que se llama hambre.

Seamos justos, y disculpemos á un pobre médico que oculta por algún tiempo algo provechoso que debe utilizar, y no seamos tan severos en nuestros juicios y apreciaciones, con los monopo-

lizadores de secretos científicos, que para los puritanos siempre han sido, son y serán la significación de un mercantilismo, en absoluto reñido con la serenidad de la ciencia médica, de un industrialismo en contradicción con nuestra misión augusta, y noble, cristiana y desinteresada, aunque muchos y con ellos el maestro Ciruela, opinen que debemos prescindir de *augusterías*, y *noblezas* y demás zarandajas, porque al fin y al cabo hemos adoptado la profesión para con ella llenar nuestras necesidades, y todo lo que sea apartarse de este punto de mira, es salirse de la realidad y andar por los cerros de Ubeda ó estar en Babia.

Buen provecho les haga á los que opinan de esta manera; el que es digno, honrado y decente, todos sus actos han de corresponder á estas cualidades dentro y fuera de la profesión, sin que queramos sacar las cosas de quicio; seamos dignos en toda la extensión de la palabra, y todo lo demás es pura palabrería, y ganas de hinchar el globo sin objeto ni fundamento, pues la glorificación del egoísmo, es la consagración de nuestra nulidad y de nuestra impotencia.

Todas las ciencias tienden al progreso y al bien de la humanidad, y todos los individuos que á ella

se dedican tienen que ser meritorios por este sólo concepto, aunque sin perder de vista que necesitan atender también á su provecho propio, porque tienen necesidades, así como se hace necesario por solidaridad aportar el mayor contingente posible á la humanidad, cultivando la ciencia y ejerciéndola con altruísmo y dignidad. La dignidad y la honradez profesional son un negocio tan pingüe, que no se saben explotar debidamente en todo lo que valen y significan, porque á la corta, ó á la larga, siempre que el medio ambiente sea adecuado, ha de encontrar la remuneración con réditos y todo; así que, no ya por estimación propia solamente, tenemos que ser honrados y dignos en toda la extensión de la palabra, sino que también por no despreciar las ventajas que traen consigo.

La ciencia médica creo yo que debiera ser cultivada y ejercida por individuos que de la dignidad hicieran un culto religioso, por los que de la estimación propia no pudieran jamás prescindir, y entonces la figura del médico irradiaría prestigio y veneración, y las gentes sabrían respetar al que destacándose de la multitud brilla por sus cualidades y por la misión que le está encomendada, de atender y cuidar, y consolar á sus semejantes

cuando lo han menester; misión cristiana, que sólo una ciencia augusta puede proporcionar, en medio del desvío y del abandono que reina en la morada del hombre, todo miseria y todo egoísmo, todo indiferencia y todo maldad, sin tener para nada en cuenta las sublimes palabras del divino maestro: *Amaos los unos á los otros.*

CAPÍTULO IX

TRATO PROFESIONAL ENTRE COMPAÑEROS.—CONCORDIA GATUNA ENTRE LOS HUMANOS.—HAY QUE OPINAR DE LA MISMA MANERA.—EL AMOR PROPIO.—CAUSAS DE LAS DISCORDIAS ENTRE LOS MÉDICOS.—CONSULTAS MÉDICAS.—NUEVA FORMA QUE SE IMPONE.—UNIÓN Y COMPAÑERISMO INDISPENSABLES.—LA CUCAÑA SIMBÓLICA.—ENVIDIA INDIVIDUAL Y COLECTIVA.—AYUDA Y BENEVOLENCIA.

Como en el mundo hay que vivir de realidades y no de deseos ni fantasmagorías, hay que ponerse en la realidad de las cosas, y ver de una manera clara y evidente, que no admite duda alguna, que el trato engendra la enemistad, así en seco, á no ser que este trato sea, por así decirlo, telepático ó telescópico, en cuyo caso no es posible chocar con las asperezas que todas las cosas

y todos nuestros actos presentan; no tropezamos entonces con los defectos ajenos, que á medida de irlos apreciando, van agrandándose sus diámetros; pasan desapercibidas muchas trivialidades, que con el acercamiento se nos parecen cosas de mayor bulto y tamaño, y entre recelos y exageraciones, escrúpulos y dudas, los seres humanos nos tiramos los trastos á la cabeza, y no podemos vivir en paz unos con otros.

Si esto es cierto, como lo es desgraciadamente, pese á la cultura y á la educación, á la tolerancia y al progreso universal de fraternidad humana, ¿cómo es posible que reine la paz y concordia entre la familia médica?

Las relaciones á distancia que parece debieran sostenerse con facilidad, supuesto que evitado el continuo roce no pueden notarse asperezas, si bien estas relaciones se conservan largo tiempo en estado neutro ó platónico, en el momento en que con alejamiento y todo se cambien ideas y no haya uniformidad en ellas, pronto ó tarde ha de resultar más ó menos lastimado nuestro amor propio, y las relaciones entibiadas primero, frías después, no tardarán en darse al olvido, porque no hay que darle vueltas al torno, nuestra petulancia

no consiente opinión contraria á la nuestra, y como muchas veces, forzosamente tenemos que estar equivocados, sin que queramos confesarlo, y sosteniendo el absurdo no aceptamos lo que diga ó proponga otro, pues no será amigo nuestro el que no opine igual que nosotros opinamos y crea y vea lo que nosotros vemos y creemos.

Por eso el maestro Ciruela no se cansaba nunca de aconsejar que para captarse simpatías y conseguir algo en el mundo, hay que ser de la misma opinión del individuo con quien se habla y á quien se trata, y en esto tiene muchísima razón, como el Don Sebastián de *La Verbena de la Paloma*, porque nada allana más el camino que una afirmación y una aquiescencia; nada más oportuno y preciso para conseguir lo que se desea, que estar de perfecto acuerdo, opinar de la misma manera y enfocar todos los asuntos desde el mismo punto de vista que aquel de quien algo esperamos.

La contradicción mortifica siempre el amor propio, estimula y excita el sistema nervioso, y cuando persiste la disparidad, no tarda en aparecer la antipatía, la malquerencia y el odio, que no creo yo sean los auxiliares oportunos para conseguir el logro de nuestros propósitos. Ponga usted frente

á frente á dos galenos, tratando de la cosa más baladí, y por si quiere ó no quiere ejercer de autoridad uno de ellos, el otro no tarda en amosarse, y adiós compañerismo; haga usted que traten algún punto profesional ó científico, y *adiós mi dinero*, aquí sí que es difícil que se entiendan, porque cada uno sostiene su opinión, porque los dos no han de opinar lo mismo, hay que asegurarlo, y después de no ponerse de acuerdo, quedan disgustados, porque es de ley que uno á otro se atribuyan la condición de tercos y de ignorantes.

Pocos serán los tolerantes, y pocos ó ninguno los que se dejen convencer con persuasiones y razones evidentes; el amor propio cierra las puertas y ventanas del entendimiento, y no puede penetrar en su mollera ni siquiera un rayo de luz.

La poca concordia que reina entre la clase médica, tiene este origen; darle la razón al compañero y declararse vencido y equivocado es, al entender de muchos, una desautorización, que anula el prestigio y atenta á la reputación, y para evitarlo, hay que sostener con puños y razones su opinión, cueste lo que cueste, desconociendo que de humanos es el equivocarse, y que de pru-

dentes y de doctos el confesar paladinamente un error.

Casi siempre los intereses de los médicos son antagónicos; tantos enfermos como van de un pueblo para otro para consultar, son otros tantos prestigios como uno alcanza y el otro compañero pierde; y así, en este teje y maneje de minuciosidades y pequeñeces, se teje una red tan tupida, que en ella andan enredados y á vueltas casi todos los compañeros, y así andarán hasta que la profesión sufra una revolucionaria transformación, ó penetre la cultura entre nosotros, que equivale á la tolerancia y respeto á la opinión ajena, debiendo estar convencidos de que nos equivocamos con mucha frecuencia, y así trataremos de escuchar la opinión contraria, no para rebatirla á todo trance, sino para ver si en ella encontramos la verdad, que es lo que busca todo sér sensato y prudente.

Las consultas entre compañeros creo yo que son el principal punto de partida de las disensiones y guerra constante entre la clase médica; en lugar de constituir una controversia campanuda y agitada, una serie de discursos peripatéticos, réplicas y contra réplicas sobre si el enfermo tiene ó no tiene, sobre si debe ó no debe ser, sobre si

es necesario hacer esto ó lo otro, ó lo de más allá, todo á ciencia y paciencia de extraños y de miembros de la familia del paciente que presencia la defensa y el ataque, y son testigos de la virulencia y enojo con que se tratan, todo quedaría, á mi juicio, eliminado si las consultas sólo tuvieran por objeto ilustrar el juicio del compañero con la exposición clara de su opinión, emitida sólo entre médicos, para que el de cabecera forme con ella su composición de lugar, ó rectifique ó ratifique sus juicios, reservándose su juicio ulterior, y bajo ningún pretexto ni motivo entablar discusión ni altercado, ni comunicar lo que entre los compañeros se haya tratado.

A la familia que no esté satisfecha de su médico, le queda el recurso legítimo de buscar otro que le agrade, pero, como es consiguiente, sin ser el consultor el elegido.

Las consultas que hasta la actualidad han sido celebradas, muy contadas serán las que no hayan causado profundas heridas del amor propio, y no hayan producido el descrédito y perjuicio de algún médico, ya por maldad ó envidia de algún compañero, ó por intrigas ó falsedades de alguno de los mirones y *escuchones*.

Se debe aceptar y se debe pedir consulta siempre que así lo desee la familia, y siempre que el caso nos ofrezca dudas sobre su apreciación y modo de obrar, no perdiendo nunca de vista, como es natural, que no debe tener por finalidad la socorrida salida de salvar responsabilidades, sino el bien del enfermo única y exclusivamente.

La opinión del compañero se respeta siempre, y se toma ó no se toma en consideración según nuestra conciencia y leal saber y entender, pero sin dejar traslucir nada que en lo más mínimo pueda servir de mortificación ó perjuicio de nadie; debiera de entrar en el dominio del secreto médico con toda su severidad, y en este concepto sobran y estorban, como es natural, los mirones y los entrometidos, que sólo acuden á estos actos, no en bien del enfermo, pues ningún pito tienen que tocar allí, sino atraídos por la picaresca malicia, que les hace presentir disputas y peloterías entre médicos, que no es cosa de dejar pasar, y por tener datos que le sirvan para la intriga y el chismorreo, y para fines *non santos*.

Estas consultas á la antigua usanza, verdaderos pugilatos que regocijan al público mirón, en nada aprovechan al paciente; en la gran mayoría de

casos ponen de manifiesto la miseria humana y redundan en desprestigio de la clase, que debiera mostrarse más celosa y avara de su decoro y reputación; quien más grita y más puñetazos da sobre la mesa, parece que debe tener razón; y como el compañero no es manco tampoco, ni le falta resuello, allá van puñetazos, y á grito pelado defiende su terreno, lo que hace comprender á los extraños, aunque carezcan de malicia, que por lo menos uno de ellos no tiene razón, y lo más probable que ninguno de los dos la tenga.

Esto, por decoro, no debiera prolongarse por más tiempo; se hace necesaria una nueva forma, una evolución que satisfaga la necesidad de corroborar un juicio ó aclarar una duda con la ayuda de un compañero; pero de ninguna manera seguir practicándose las consultas como se practican en la actualidad, que sólo sirven para odiosidades y para desprestigio de la clase médica muchas veces; creo que todo se podría obviar con la adopción de lo que propongo ú otra forma que pareciera más á propósito para el caso.

...Y qué decir de las consultas entre varios compañeros, especie de congreso en miniatura, donde todos tienen que exponer su opinión, todos tienen

que apreciar el caso, y, como es consiguiente, tratando de decir algo nuevo que no haya dicho el compañero; hay que proponer algo que no se haya hecho, algo que no se haya practicado; y como esto parece que lleva una censura para el médico encargado ó consultores anteriores, ya está armada la *marimorena*, sobre si se debiera ó no debiera haber recurrido á este medio ó seguido tal ó cual procedimiento; el más autorizado trata de evitar el choque, y si no lo consigue haciendo un equilibrio gimnástico en que se da la razón á unos y otros y se opina y se adopta el tratamiento que propone, cuando esto no sucede, se arma el gran escándalo, cada uno quiere que prevalezca su opinión, *tan respetable como la que más*, y casos se han dado de terminar como el célebre rosario de la aurora, á farolazo limpio; y á todo esto, el enfermo en poder de sus energías, que tal vez basten y sobren para que recobre la salud sin ingerencias extrañas.

En las profesiones es muy difícil el encontrar la paz y la armonía que reclaman sus intereses, como sucede en la profesión médica; andando como perros y gatos, su prestigio decrece día á día, sin unión de miras é intereses tienen que ser víctimas

de palurdos y de gente lista, que sabe aprovecharse de ese mar revuelto de pasiones y de intrigas.

La clase médica para su bienestar precisa mucha unión, mucho compañerismo, mucha altura y delicadeza, y así, y solamente así, podrá adquirir la fuerza necesaria que precisa para abordar cuestiones importantes, y tomar medidas y resoluciones que cambien por completo el actual estado de la profesión; sólo la unión, sólo la unidad de miras y la mancomunidad de intereses pueden traer la bienandanza que tan necesaria es, y mientras esto no se consiga, hay que resignarse á seguir en la fase depresiva y humillante que se encuentra en la actualidad, á ciencia y paciencia de la razón y de la justicia.

Tenemos que respetar los intereses del compañero, porque así quedan á salvo los nuestros; no podemos ni debemos extralimitarnos, ni invadir atribuciones que no sean de nuestra absoluta competencia y medio de acción; tenemos que evitar el lesionar al compañero en su reputación, y así, y sólo así en el respeto mutuo, en este celo por el prestigio, hemos de encontrar la consideración que nos falta, la que no quieren concedernos con ruin-

dad é injusticia la masa de los pueblos rurales en particular.

Mientras no esté más difundida entre la clase la cultura y la educación (porque no decirlo), encuentro peligroso la reunión ó junta de compañeros, que á la semana ó al mes podrían congregarse para cambiar impresiones, cangear datos y observaciones científicas, que podrían ser de grandísimo provecho y de gran trascendencia, así como también para cultivar el trato social, y evitar los efectos del aislamiento que consigo trae la vida de las pequeñas poblaciones; estas reuniones periódicas las considero de suma importancia, porque ellas podrían ser una especie de coparticipación de observación científica, verdadero crisol al que se someterían las nuevas nociones, y las indicaciones propias que llevaran un perfeccionamiento ó adelanto, y con esta suma de observaciones y de datos precisos, ir adquiriendo un gran acópio de conocimientos, que constituirían un hermoso bagaje científico; pero dado el actual estado de la profesión no me atrevería á recomendarlo, temiendo que esas reuniones sólo sirvieran para rencillas y disensiones, que es lo primero que tenemos que evitar á todo trance.

Cuando yo era todavía estudiante, en aquella época memorable de la gloriosa, con su Alcolea y todo, después de tocar y oír incesantemente el *chin chin* del Himno de Riego, y de desgañitarnos dando vivas á la libertad, mientras se quemaban los retratos de reinas y de reyes; viendo bailar el can-can con una desvergüenza inverosímil, de jugar á los soldados con la guardia nacional, mientras enronquecíamos vitoreando á Prim, Serrano, Topete, Sagasta y demás héroes de la memorable revolución, se nos colaron por las fronteras un aluvión de publicaciones más ó menos libres ó pornográficas, que metían miedo, y que hizo salir de madre á las de casa que no le iban después en zaga, y un diluvio de grabados y fotografías que ponen los pelos de punta al recordarlos; entre el aluvión de revistas y periódicos ilustrados que inundaron á España más ó menos procaces y atrevidos, había uno cuyo nombre no recuerdo, que con un tino y ática gracia nos ponía á los españoles en solfa, sacándonos á relucir todos los trapos sucios que necesitaban colada.

Entre las intencionadas caricaturas de actualidad, se publicó una que ponía de manifiesto de una manera gráfica y original el carácter que nos

es peculiar y distintivo en nuestra tierra; se trataba de alcanzar el premio de una cucaña por Inglaterra, Alemania, Francia y España, y entre el que subía y bajaba resbalando, y el que animoso ascendía con seguridad, y los que se disponían á ascender, mediaban los aplausos y las excitaciones en el numeroso pueblo que presenciaba la faena; en algunos, como el que representaba á Francia, no solamente aplaudían y animaban al que ascendía, sino que con largos sostenes impedían que resbalando se viniesen á tierra, con gran contento y alborozo de la multitud dispuesta á la ayuda, hasta que consiguieran alcanzar el premio que destacaba en la cúspide de la elevada cucaña.

El grupo que representaba á España, en vez de las caras plácidas y sonrientes que indicaban benevolencia y simpatía, aquí sólo se veían ademanes oscos y adustos, gestos amenazadores, actitudes impulsivas, y un marcado aire de hostilidad y de presión, para que ninguno de los escasos del grupo que intentaban ascender pudieran efectuarlo, y así en aquella tesitura, uno les amenazaba con los puños, otro acudía en ademán hostil con un tremendo garrote, mientras á uno que animoso ascendía á pesar de los peligros que lo rodeaban, á

ese uno le tiraba hacia abajo de los pies, otro lo hacía de los faldones de la levita, y otro, más ejecutivo, ya estaba dispuesto con un largo palo, para abrirle la cabeza si ascendía un palmo más.

Esta gráfica representación de nuestro sér real puede ser en el día de igual actualidad que lo fué entonces, porque no hemos cambiado, permanecemos estacionarios, y seguimos aferrados á nuestras manías y defectos, sin que ni rey ni Roque consigan quitárnoslos de encima.

Triste verdad, pero al fin verdad, es la envidia individual y colectiva la que nos ahoga y constriñe, impidiendo la elevación y preponderancia del que con ánimos y condiciones puede llegar á la meta, se lo estorbamos á penas se sospecha la intención, y así hemos procedido, y así seguiremos procediendo hasta que Dios disponga otra cosa.

La clase médica como rama del mismo tronco social, nutrida con igual sabia, no ha podido desprenderse de esas condiciones, porque no le han injertado la cultura que sería necesaria para poder reaccionar en este sentido, por el bien propio y el del compañero.

Todo compañero que se eleva y destaca cons-

tituye un prestigio, de cuyo bien todos salimos beneficiados, y esto sólo es de por sí tan importante, para que en todas circunstancias y en todas ocasiones prestemos ayuda y toda la cooperación necesaria, para que el compañero consiga su ideal y alcance aquello que se propone; aquí de todos para aportar citas, datos y hechos, que confirmen y corroboren la opinión que se ponga en duda, ó el hecho que no se admita, todo para facilitarle el camino, y no para llenarlo de obstáculos.

Aquí de la ayuda de todos, para procurar el adelanto y el progreso que tanto precisamos, para no ir á la cola de las demás naciones.

Hay que ser sinceros y dejarnos de botarate-rías, porque aunque nosotros no lo confesemos, los demás lo conocen perfectamente, vamos á la cola de todos los demás, no somos más que el reflejo del esplendor de otros, sin que podamos irradiar luz alguna, excepción hecha de algunos escasos astros, que del extranjero nos lo dan á conocer, y á donde tienen más importancia que entre nosotros.

Pues este atraso evidente y palmario, es en su inmensa mayoría debido á la cucaña; la falta de ayuda y la sobra de envidia nos tienen posterga-

dos, pues no es superior al cerebro alemán, ni el francés al cerebro español; no tenemos una estructura diferente á la que ellos tienen, no; seremos iguales, nuestra inteligencia y nuestra cerebración no desmerece en nada de la que ellos poseen; lo que no tenemos es ayuda, es sostén, de lo que carecemos es de ese ambiente benévolo y alentador, que los pueblos prácticos y adelantados tienen; eso es todo.

Por eso si nosotros por nuestra parte queremos mejorar de condición, prestemos ayuda al compañero, para que á su vez nosotros no carezcamos de ella, acudamos en su auxilio, animémoslo en lugar de criticarlo, aceptemos todo lo que signifique adelanto, y no le pongamos obstáculos, porque esto equivale á un suicidio. Seamos nobles y honrados como españoles y como médicos, y cuando no, siquiera por egoísmo, por la cuenta que nos tiene, por el tanto que nos corresponda de la gloria y del prestigio del compañero.

Sólo con la ayuda mutua, sólo con la tolerancia y sólo con la unión podemos elevar nuestro nivel profesional; sólo de esta manera podemos alcanzar el grado de bienestar de que tanto necesitamos; sólo de esta manera podremos hacer ciencia de

verdad, ciencia propia, y así, y sólo así conseguiremos mejorar nuestra condición profesional; sin tolerancia no es posible cultivar las relaciones amistosas; sin el respeto y la ayuda no es posible que haya compañerismo médico, y sin estas condiciones no es posible tener ciencia propia, ciencia debida á nuestra labor, á nuestro esfuerzo, ciencia que se irradie al resto del mundo, y sea nuestra patria uno de los más potentes y luminosos focos, como lo fué en otra época, y como podría serlo nuevamente, si todos unidos y animados por patriótico celo rindiéramos culto á la laboriosidad, al trabajo; al trabajo, sobre todo, que, á más de dignificar al sér, proporciona el bienestar y la gloria; al trabajo, que es la religión de la prosperidad y del poder en las sociedades modernas.

. Trabajemos, que es ley de Dios el trabajo, con el que se alcanza nuestro bienestar, la grandeza de la patria y de la humanidad.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	5
ACLARACIÓN Á MANERA DE PRÓLOGO	7
CAPÍTULO I: Clase escolar.—Vida del estudiante.—Limitación de edad.—Internados necesarios.—Rectores y Ministros.—Autonomía universitaria.—Catedráticos.—Unión universitaria escolar.—Eliminación de profesores y de textos.—Clínicas laboratorios é Institutos de investigación.—Revolución en la enseñanza.—Supresión de los exámenes	15
CAPÍTULO II: Iniciación en la profesión médica.—Diferencias entre el enfermo de la asistencia privada y el del hospital.—Falta de alteraciones comunes en los hospitales.—Necesidad de un curso de sociología médica.	

	Págs.
—Supresión de oposiciones.—Nombramiento por indicación de la opinión pública.—Un médico experimentado en partidos titulares para dirigir las prácticas médicas de iniciación.	45
CAPÍTULO III: El apostolado pasado ya de moda.	
—Profesión que debe proporcionar los elementos de vida.—No es tan socorrida como se cree.—Rutina y miseria.—La profesión médica debe ser del Estado, á quien compete formar un escalafón como en la militar.—En busca de una personalidad que levante el banderín de enganche para hacer desaparecer los partidos médicos.—Ultimo recurso de una acción colectiva.—Advertencia por lo que pueda suceder.	59
CAPÍTULO IV: ¿Quién es el público? —Público rural.—Médicos arrogantes y desmedrados.—El hábito hace al monje.—El monismo como rodillo de nivelación.—Formalidad del médico.—O puritano ó charlatán.—Pronósticos salvadores.—No es posible desahuciar á un enfermo.—Diagnósticos.—Medicina casera.—Cooperación curativa.	85
CAPÍTULO V: Los pueblos. —Tipos y paisajes.—	

	<u>Págs.</u>
Los pajarracos de la jaula dorada. —El médico ante un contrato.—A dónde debe arrimarse.—Adulación. —Caciques y fierecillas.—Al són que me tocan, bailo	109
CAPÍTULO VI: Ante el enfermo.—Sugestión que tiene que producir el médico.—Hay que saber escuchar.—Nada de cho- carrerías ni chirigotas, sino afabi- lidad y discreción.—El papel en la comedia humana.—Mentira carita- tiva.—Por la peana se adora al santo.—Ultimos auxilios y consue- los	137
CAPÍTULO VII: El médico ante la autoridad.— Requerimientos y compromisos.— Certificaciones.—Secreto médico. —Casos de imposibilidad de ha- cerlo efectivo. — Intervenciones criminales.—Exenciones.—Incapa- cidad legal.—Certificados de de- función.	161
CAPÍTULO VIII: Ante la ciencia.—Dificultades para seguir el desarrollo de la cien- cia médica.—Libros y revistas, ne- cesidad de una Gaceta gratuita.— Laboratorios de análisis.—Necesi- dad de publicaciones profesionales gratuitas. — Secretos curativos.— Dignificación de la ciencia	179

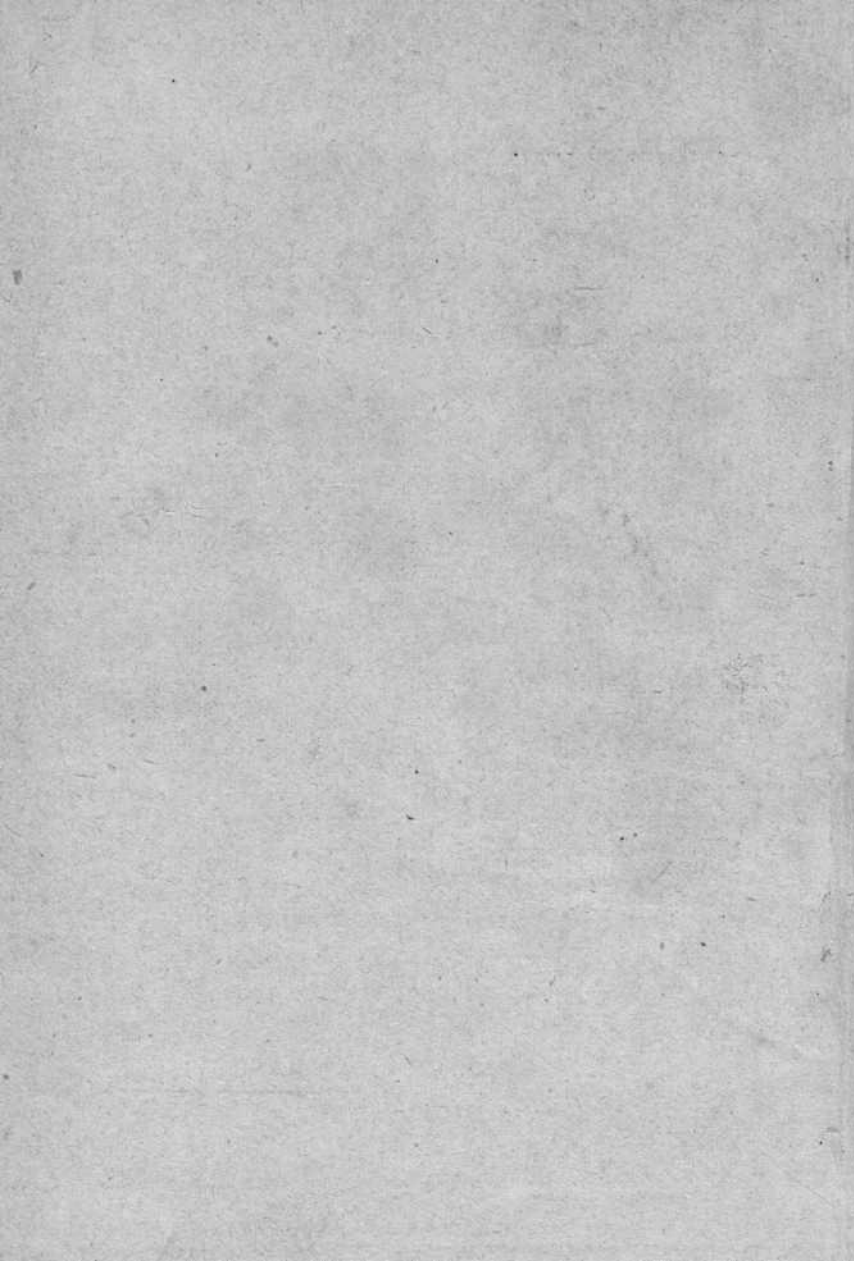
	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO IX: Trato profesional entre compañeros.— Concordia gatuna entre los humanos.— Hay que opinar de la misma manera.— El amor propio.— Causas de las discordias entre los médicos.— Consultas médicas.— Nueva forma que se impone.— Unión y compañerismo indispensables.— La cucaña simbólica.— Envidia individual y colectiva.— Ayuda y benevolencia	197

FIN DEL ÍNDICE





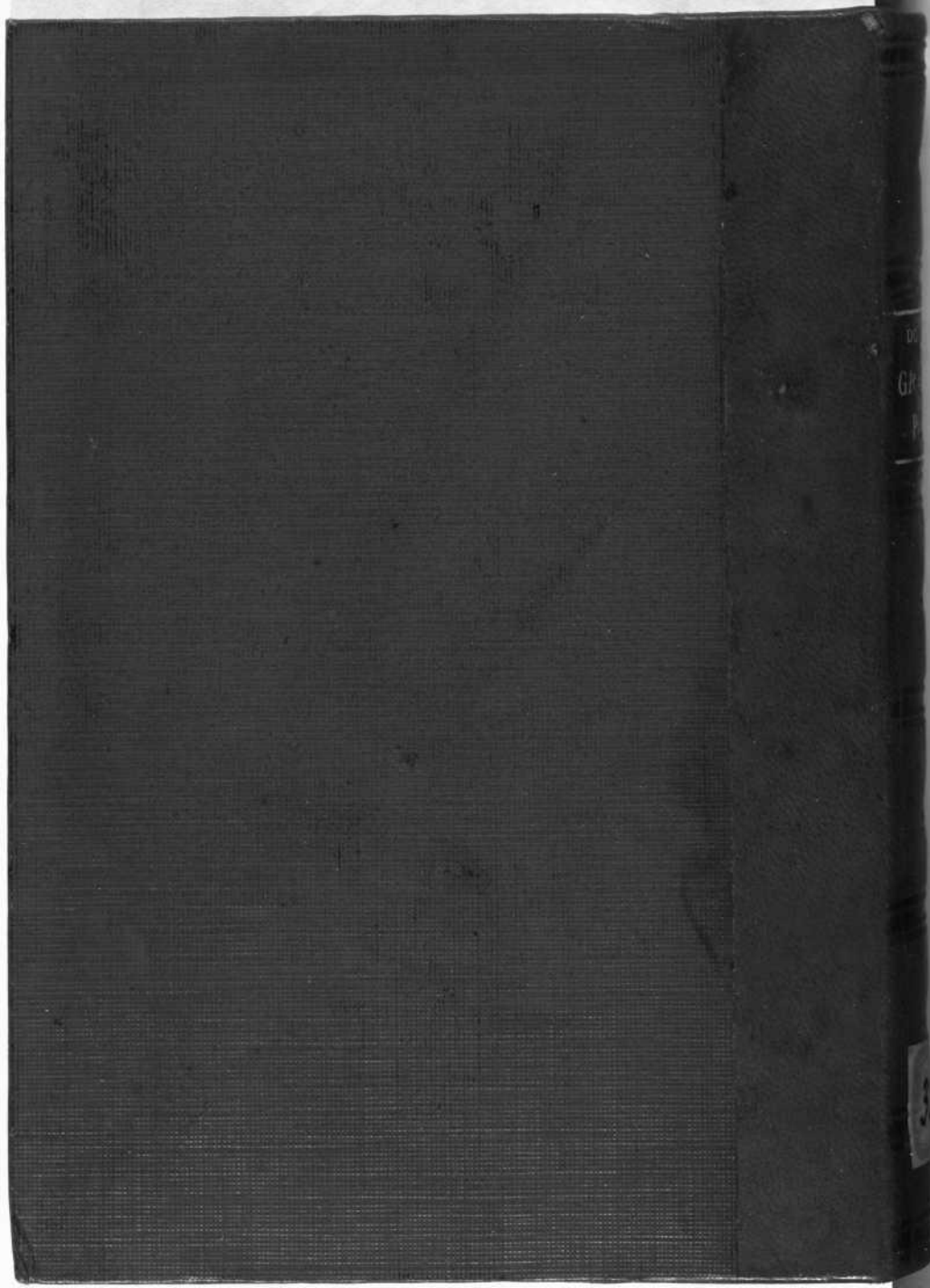




MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	3937	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante .	68	Precio de adquisición..	
Tabla... 3		Valoración actual.....	
Número de tomos.			



DOMÍNGUEZ

GRAMÁTICA
PARDA

3937.